

NEW ADULT

El
GUARDAESPALDAS
Kylie Scott

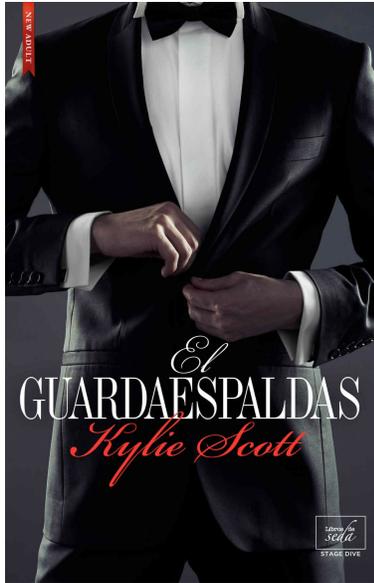
Libros de
seda

STAGE DIVE



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.



¿Qué pasa cuando la chica de tus sueños es una especie de pesadilla?

Como jefe de seguridad de Stage Dive, una de las bandas de rock más famosas del mundo, Sam Knowles tiene sobrada experiencia en lidiar con problemas. Pero Martha Nicholson, una mocosa malcriada, quizá sea el peor con el que jamás haya tenido que enfrentarse. Bonita y alborotadora, dice haberse reformado. Él sabe que tiene que pensar con la cabeza y no con lo que hay bajo sus pantalones. Por desgracia, eso es más fácil de decir que de hacer...

Martha lleva años con la vista puesta en el ceñudo guardaespaldas. Tranquilo y conservador, no es su tipo, ni mucho menos. Y, sin embargo, ¿por qué no puede quitárselo de la cabeza? Hace tiempo que dejó de ser la chica que iba de fiesta en fiesta y calzaba Louboutin. Quizá sea hora de dejar que él se dé cuenta y lidiar con sus propios sentimientos, ¿no?

El guardaespaldas

Título original: *Strong, Stage Dive 4.5*

© Kylie Scott, 2018.

© de la traducción: Miguel Trujillo

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Conversión en epub: Books and Chips

Imágenes de cubierta: © Mayer George/Shutterstock

Primera edición digital: febrero de 2019

ISBN: 978-84-16973-48-4

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

EL GUARDAESPALDAS

Libros de
scda

Mil y una noches oscuras

Érase una vez, en el futuro...

Yo era una estudiante fascinada con las historias y el conocimiento. Estudié filosofía, poesía, historia, ocultismo y el arte y la ciencia del amor y la magia. Tenía una enorme biblioteca en casa de mi padre y coleccionaba miles de volúmenes de historias fantásticas.

Lo aprendí todo sobre razas antiguas y tiempos pasados. Sobre mitos y leyendas y los sueños de la gente a lo largo del milenio. Y cuanto más leía, más crecía mi imaginación, hasta que descubrí que era capaz de viajar dentro de esas historias..., de convertirme realmente en parte de ellas.

Me gustaría poder decir que escuché a mi maestro y respeté mi don, como debería haber hecho. Si hubiera sido así, no estaría contando esta historia ahora. Pero era imprudente y estaba confusa, presumiendo de mi valentía.

Una tarde, curiosa por el mito de las Noches Árabes, viajé al pasado, a la antigua Persia, para ver por mí misma si era cierto que cada noche Shahryar (en persa, شهریار «rey») se casaba con una nueva virgen y después enviaba a la novia del día anterior a que le cortaran la cabeza. Estaba escrito, y yo había leído, que cuando conoció a Sherezade, la hija del visir, había matado ya a un millar de mujeres.

Algo salió mal en mis intentos. Llegué en mitad de la historia y de algún modo cambié de lugar con Sherezade, un fenómeno que jamás había ocurrido

y hasta este día soy incapaz de explicar.

Ahora estoy atrapada en ese pasado antiguo. He tomado la vida de Sherezade, y la única forma que tengo de protegerme y seguir con vida es hacer lo que ella hizo para protegerse y seguir con vida.

Cada noche el rey me llama y escucha mientras yo le cuento historias. Y cuando la noche termina y llega el amanecer, me detengo en un punto que lo deja sin aliento y deseoso de más. Y así el rey me perdona la vida durante otro día para poder oír el resto de mi oscura historia.

Y en cuanto termino una historia... comienzo con una nueva... Como la que tú, querido lector, tienes ahora ante ti.

CAPÍTULO 1

—No me lo puedo creer —me quejé—. Mis botas de Valentino se pegan al suelo. Este sitio es asqueroso.

Lizzy se limitó a sonreír.

—Te dije que te vistieras en plan informal.

—Eso he hecho. —Su sonrisa se ensanchó—. Unos *jeans* y una camiseta es vestir informal.

—¿Una camiseta? ¡Pero si es de terciopelo, Martha! —Se llevó una botella de cerveza a la boca para dar un sorbo—. Te dije que íbamos a venir a un bar. Tú eres la única culpable de haber metido la pata con la ropa.

—¡Pero si el terciopelo está de moda!

—¿Podríais dejar de hablar? Estoy intentando escuchar —dijo mi hermano, Ben. Ese enorme idiota peludo estaba despatarrado en una silla sacudiendo la cabeza al ritmo de la música.

Lizzy se acercó más a mí con aspecto conspiratorio.

—Sé por qué te has arreglado tanto.

No le dije nada. No había nada que decir.

A continuación miró al hombre que estaba de pie en un extremo de la barra, frente a nosotros. No, no, no iba a volver la cabeza. No iba a caer presa de sus tonterías. Después de todo, me las había ingeniado para evitarlo durante las cuarenta y ocho horas o así que habían transcurrido desde mi regreso sorpresa no tan triunfal a la costa oeste. Incluso estando los dos en la

misma casa. Era una casa enorme, pero aun así...

Por otro lado, probablemente debería mencionar que estaba increíblemente bien con sus *jeans*, una camiseta blanca y una cazadora de cuero. Samuel Rhodes, más conocido como Sam. No era un hombre guapo con esas facciones afiladas y ese cuello de toro, pero había algo en él que me atraía. Como siempre, tenía la cabeza afeitada, su cuerpo estaba bien formado y mis estúpidos dedos se morían por explorarlo.

De acuerdo. Supongo que en algún momento debí volver la cabeza. Y, mierda, me descubrió mirándolo.

La comisura de sus labios apenas se elevó, solo lo suficiente como para meterse conmigo antes de continuar con su trabajo, inspeccionando minuciosamente el espacio abarrotado. Mi corazón se aceleró, pero no por nada que tuviera que ver con él. Estaba claro que todavía no había recuperado el aliento desde que habíamos entrado, hacía una media hora o así. Eso era todo. Me pareció interesante que no me recorriera con la mirada como habría hecho cualquier hombre heterosexual que se hubiese sentido atraído por mí. De hecho, nunca me había dado ninguna señal. Jamás.

¿Qué significaba ese extraño amago de sonrisa? Ni por asomo significaba nada. En cualquier caso, no era como si estuviera corriendo de un lado a otro todo el tiempo. Sam daba un poco de miedo, tal como requería su trabajo. No, Lizzy tenía que estar equivocada: ese hombre no tenía ningún interés por mí. Un poco de química no significaba gran cosa, de eso nada. No si él no estaba dispuesto a actuar en consecuencia. Porque desde luego yo no pensaba hacerlo, no con mi complicado historial amoroso.

—Vaya, te han descubierto —dijo Lizzy—. El guardaespaldas te ha visto mirándolo.

—Cállate. —Levanté la barbilla un poco tratando de no fruncir el ceño, porque eso hacía que te salieran arrugas—. Sam y yo nos conocemos hace años y nunca ha ocurrido nada. Estás totalmente equivocada.

—¿Tú crees?

—Pues sí, no hay nada entre nosotros.

—¿Por eso lo estabas mirando tanto?

Preferí no responder a esa pregunta.

—Y ya sabes que prefiere que lo llamen «oficial ejecutivo de protección» en vez de «guardaespaldas».

Ante mis palabras, Lizzy rompió a reír con un brillo malicioso en los ojos. No me extrañaba que me cayera tan bien mi cuñada últimamente.

Ben nos lanzó a las dos una mirada de enojo, pero ninguna le hicimos caso.

Por supuesto, yo ya sabía que lo más probable era que Sam estuviera allí. Que las estrellas del *rock* salieran en público podía ser delicado. La gente solía emocionarse en exceso. Que una persona quisiera un autógrafo no suponía ningún problema, pero cuando había veinte o treinta revoloteando por allí desde luego podía haberlo. Tras haber formado una vez parte del equipo, había visto qué les ocurría a Ben y a sus compañeros del grupo Stage Dive las veces suficientes como para ser cautelosa. Y las medidas normales de seguridad no eran suficiente. Las estrellas del *rock* necesitaban protegerse de los admiradores demasiado entusiastas, pero, por otro lado, tampoco querían que estos acabaran heridos o dañados de alguna forma. Hacía falta un delicado equilibrio: control, experiencia y toda una gama de habilidades físicas que dieran miedo. Y ahí entraba Sam.

En cualquier caso, Portland en general parecía menos demencial que aquellos días de gloria en Los Ángeles. Todos los chicos estaban más tranquilos y estables lejos de la constante locura del ambiente fiestero. Por no mencionar el efecto de sus mujeres, novias y diversos hijos. El grupo de *rock* más importante del mundo había sido oficialmente domesticado.

Casi me resultaba entrañable. O triste. No lo sé.

—Lo siento, no pretendía alterarte —mintió—. ¿Qué opinas del nuevo descubrimiento musical de tu hermano?

En el pequeño escenario montado en un rincón de la sala un joven se dejaba el corazón cantando mientras tocaba una guitarra acústica. Mucha angustia sobre una chica que solo lo llamaba después de medianoche. Era típico de un roquero convertir una llamada para algo esporádico en una balada desgarradora, aunque la canción era buena de narices. El joven tenía talento. Si no hubiera estado con unos cuantos de su estilo cuando era más joven... El chico parecía tener veintipocos años. Era desgarbado y tenía

muchos tatuajes. El típico príncipe azul del rocanrol. Pero últimamente mi tipo era algo más... La verdad es que lo que necesitaba o quería de un hombre era un misterio absoluto.

Y no volví a mirar a Sam. Eso no ocurrió.

—No es malo —contesté, continuando con el asunto—. Y tiene buena presencia en el escenario, que es lo que da dinero hoy en día. Así que al menos tiene algo.

—¿Que no es malo? —Ben resopló—. Es una maldito genio. —Con una sonrisa, Lizzy levantó las manos y formó un corazón con los dedos—. Lo he visto —gruñó su marido.

—Adam es el nuevo genio de la música —dijo ella. Se acercó la cerveza otra vez a los labios y dio un trago—. Se va a mudar a nuestra casa de la piscina porque su novia, mala y cruel, lo ha echado de casa por interesarle más la música que pasar tiempo con ella. El pobre chico ha estado durmiendo en los sofás de sus amigos desde entonces.

Negué con la cabeza, burlona.

—Mujeres...

—Lo estropeamos todo, ¿verdad? ¿Se puede saber qué nos pasa?

—No sé ni por dónde empezar... Podríamos estar aquí un buen rato...

Ben contuvo una sonrisa.

—No os paséis. Es joven; tendrá mucho tiempo para salir con chicas y esas mierdas después.

—«Esas mierdas» —repitió Lizzy—. Es tan romántico que me duele el alma.

—Yo sí que te voy a dar romance.

Aprovechándose de su tamaño, mi hermano levantó a su mujer de la silla y la colocó sobre su regazo. Le llevó las manos al pelo y sus bocas se encontraron. Empezó a besarla como si le fuera la vida en ello. Madre mía, qué cantidad de lengua, y encima en público. La gente casada. Las parejas en general. Lo cierto es que no me importaría no tener que ver esa clase de cosas. Solo cuando aparté la mirada me di cuenta de que Sam me estaba observando con algo que casi podría ser interés. ¿Qué significaba aquella expresión en sus ojos? Ojalá lo supiera. Pero algo en el teléfono móvil que

llevaba en la mano lo distrajo y nuestra breve pugna de miradas terminó.

Sobre el escenario, Adam, el torturado genio musical, terminó su canción y la sala rompió en aplausos, silbidos, aullidos y gritos. Estaba claro que tenía al público en la palma de la mano. Con una orientación adecuada, llegaría lejos.

Al fin, después de mucha saliva, mi hermano y mi cuñada se separaron para tomar aire. Era bonito ver que su matrimonio seguía siendo sólido. Yo no había creído en ellos, pero estaba bien que me demostraran que estaba equivocada. Los dos seguían siendo estúpidamente románticos y felices. Debe de ser bonito para algunos.

—Lo adoran —dije.

Ben asintió con la cabeza.

—Adrián está interesado en firmar con él.

—Mierda de humano. Estupendo representante.

—No lo usamos por su encantadora personalidad.

—Eso es cierto. —Asentí con la cabeza—. ¿Vais a dejar que ese tipo se mude con vosotros? ¿No es un poco arriesgado? De hecho, ¿qué sabéis de él?

—Sam lo ha investigado. No pasa nada. Y la casa es bastante grande.

—Cierto.

La música llenó la habitación una vez más, el rasgueo de las cuerdas de la guitarra y los toques distantes del pie del chico sobre el suelo. Sin embargo, cuando Adam abrió la boca fue cuando de veras comenzó la magia. Aquel chico sabía cantar.

—Hola —dijo otra voz... una que conocía demasiado bien, para mi gusto. David Ferris, guitarrista principal, compositor principal y mi exnovio, se sentó en el asiento que Lizzy acababa de dejar vacío a mi lado. Como el que estaba en el escenario, era alto y delgado. Guapo a su manera. Nos quedamos como paralizados al mismo tiempo, intercambiando miradas de dolor. Había mucha historia fea y desagradable entre nosotros. Un amor de juventud que salió mal, con engaños de por medio. Culpa mía, no suya. Me gustaba creer que desde entonces yo ya había vivido, aprendido, crecido, etcétera, teniendo en cuenta que había ocurrido hacía un decenio. Pero sobre todo tan solo había vivido. En concreto había vivido sin permitirme jamás ni siquiera empezar a

enamorarme de alguien otra vez. Estaba claro que el amor y yo no nos llevábamos bien si me hacía perder la cabeza y hacer estupideces. Tal vez eso cuenta como aprendizaje. Dos de tres no está mal.

—Martha —me saludó.

—Hola, David. —Noté mi sonrisa tan frágil que casi dolía—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

Me limité a asentir con la cabeza.

Una vez intercambiados los saludos de rigor, apartó la silla un poco de mí y se centró en mi hermano.

—Benny, ¿este es el que querías que escuchara? Es bueno.

—Sí, estuve hablando con él antes. Voy a producirle el disco y ayudarle a empezar.

—Magnífico.

—Tengo el equipo aquí, así que pensé que bien podríamos usarlo —dijo mi hermano—. Así me mantengo ocupado mientras tú te tomas un descanso y trabajas en el siguiente álbum.

—Me parece una idea estupenda.

—Lizzy me lanzó una mirada a medio camino entre la preocupación y la lástima. Madre mía, no había necesidad de eso. David y yo habíamos terminado hacía mucho, mucho tiempo. Aunque mi corazón ya no se rompía al pensar en él, verlo no me hacía mucha gracia precisamente. O sea, ¿por qué querría alguien tener que revivir algunos de sus peores momentos? Por supuesto, también los había habido buenos, pero aun así... Al menos no había sacado el tema de su mujer.

Y lo que yo necesitaba en ese instante era un poco de espacio.

—Se me ha derretido el hielo de la copa. Voy a por otra.

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó Lizzy.

—No, tranquila.

Me abrí camino entre toda aquella gente moviéndome de forma rígida e incómoda. Algunos desconocidos me recorrieron con mirada interesada, pero yo no hice caso a ninguna. Coquetear y lo que pudiera ocurrir después no era algo que estuviera al principio de mi lista de intereses en ese momento. Por

suerte, la barra no estaba muy lejos. Puede que el lugar estuviera abarrotado, pero el aire acondicionado estaba a tope, así que el maquillaje no se me había estropeado. Por suerte. Solo llevaba esperando en la barra cosa de medio segundo cuando Sam apareció junto a mí. La primera pista de que él no necesitaba una copa fue que estaba mirando adonde no era, con los ojos todavía sobre Ben, David y la multitud. La segunda pista fue cuando abrió la boca y me preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. —Él levantó la barbilla y yo le respondí frunciendo el ceño—. ¿Necesitas algo?

—No.

—Entonces, ¿no deberías estar trabajando?

Esa especie de curva maliciosa de su boca volvió a aparecer.

—No hace falta activar el modo zorra solo porque alguien exprese su preocupación por ti, Martha.

—¿Quién ha dicho que lo haya desactivado alguna vez?

Su sonrisa se ensanchó de forma casi imperceptible. Observé cómo ocurría por el rabillo del ojo.

—Es bueno ver que los años que has pasado en Nueva York no te han cambiado nada —respondió. Yo no estaba tan segura de ello—. Me sorprendió enterarme de que habías regresado.

—Fue un arrebato.

Él solo asintió con la cabeza, mirándome con los ojos entreabiertos. Como si pudiera leerme la mente o algo por el estilo. Que el cielo me ayudara si así era.

Dando golpecitos con la bota de Valentino contra el horrible suelo pegajoso y manchado de cerveza fruncí el ceño un poco más. Había algo en ese hombre que me ponía hecha una furia. Como si no pudiera permitirme bajar la guardia. Jamás. Sabía demasiado.

—Sam, este lugar es asqueroso.

—No está tan mal.

—¿No odias tener que quedarte esperando todo el rato?

—No estoy esperando, estoy trabajando —replicó él—. Es un plus que sea

bueno.

Señaló con la cabeza al joven del escenario.

—Estamos desarrollando oído para el talento, ¿eh?

—Eso se lo dejo a Ben y a Dave. Y a ti. —Se apoyó en la barra—. Todavía recuerdo esa vez que encontraste a Jimmy Page tocando en ese álbum *punk* de Texas. Hizo volar a todos por los aires. Davie no sabía si estar orgulloso de ti o celoso como el demonio porque su novia lo hubiera encontrado antes que él.

Traté de contener una sonrisa.

—La verdad es que no fue nada.

—¿Que no fue nada? Durante el mes siguiente, Mal pensó que tenías extraños poderes musicales y se quedaba callado, asombrado cada vez que abrías la boca. Cualquier cosa capaz de silenciar a ese hombre es digna de contar.

Era bonito que Sam lo recordara, aunque solo fuera un pequeño detalle de hacía mucho tiempo. Poco tiempo después del primer álbum de Stage Dive. Mal se había estado interesando por el *punk* de Texas por encima de cualquier otra cosa. Con su habitual entusiasmo irreprimible, tocaba la batería en el aire al ritmo de la música que ponía sin parar en el autobús de la gira. Jimmy siempre había odiado el *punk* y no tenía problema para expresar sus opiniones, cosa que, por supuesto, hacía que Mal se interesara el doble. El *punk* de Texas se convirtió en lo único que escuchábamos siempre.

A decir verdad, la música era bastante buena. Pero ni de broma iba a reconocer eso ante Mal. «No hay que dar de comer a los animales»: ese es mi lema a la hora de tratar con bateristas chiflados.

Entonces, de la nada, aquella pista de guitarra apareció en mitad de una de las canciones. Era hipnótica y melódica, pero estaba entretejida de forma impecable en la cacofonía frenética y vertiginosa. Era impresionante. Y yo, para no variar, dije algo inapropiado, del estilo «no puede ser que alguien toque así la guitarra estando en un grupo de garaje». Mad me había buscado la caja del disco y, efectivamente, resultó que el cantante principal le había enviado la canción a un amigo de un grupo para el que había hecho de telonero, y le había gustado tanto como para tocar la pista de guitarra y

mandársela.

El amigo era Jimmy Page. Un año o dos antes de formar Led Zeppelin.
¿Verdad que el rocanrol es una locura?

Sam sonrió al recordarlo mientras negaba con la cabeza. Yo me ruboricé un poco deseando que su cariño por mí no importara tanto. Era el momento de conducir la conversación hacia terreno más seguro.

—Entonces, ¿por qué dices que es bueno?

Él se encogió de hombros con modestia.

—Se puede oír el talento. Yo puedo leer una habitación. El noventa por ciento de este trabajo consiste en ser consciente de la situación y evaluar las posibles amenazas. Los tiene comiendo de la palma de la mano. Eso me hace la vida muy fácil.

Tenía su lógica.

—Pero ¿y si alguien reconoce a Ben y a Dave?

—Un par de personas ya los han visto, pero van a dejarlos tranquilos. Ayuda que el chico del escenario tenga ocupado al público. Pero si la atmósfera cambia, los sacaré por la parte de atrás y Ziggy tendrá el automóvil esperando.

—¿Para eso es el móvil? —pregunté, señalando con la cabeza el teléfono que tenía en la mano.

—Estamos en contacto.

—Estás muy preparado.

—Para eso me pagan.

—Y yo que pensaba que solo eras músculo que contrataban para parecer importantes.

—¿Crees que Dave me necesita para parecer importante?

Vaya. Yo ataco el trabajo de Sam y él retuerce mis palabras para abrirme una vieja herida. A veces me pregunto hasta qué punto verá el mundo como una pelea de boxeo perpetua. Siempre está analizando la situación, buscando vulnerabilidades, convirtiendo la defensa en ataque. Y siempre tiene el control.

Miró hacia un lado.

—La camarera está esperando para tomarte el pedido.

—¿Eh? Ah. —Me di la vuelta, poniendo en orden mis pensamientos—.
Vodka con gaseosa.

Sam chasqueó la lengua.

—Esos modales.

—Por favor —dije con una sonrisa tímida. La camarera, con las manos ya ocupadas con mi pedido, tan solo alzó una ceja.

—No te mataría ser agradable con la gente, Martha.

—¿Por qué arriesgarme?

Le tendí a la mujer un billete de diez dólares, el precio de la copa y una buena propina, muchas gracias. Prueba de que podía ser agradable para lo que importaba. Pero Sam ya había regresado a su puesto en un extremo de la barra, más cerca de donde se encontraban los chicos.

Era el momento de regresar a la mesa. Que alguien me matara.

Meforcé a sonreír y me abrí camino entre la multitud. Si algún cabrón me derramaba bebida sobre las botas, pensaba mutilarlo. No tenía ahora precisamente dinero como para comprarme otras.

Lizzy seguía sentada en el regazo de Ben, con lo que la silla de al lado de David estaba libre. Yupi. En cuanto me senté, él movió la mandíbula de cierta forma. Mierda. Iba a intentar darme conversación. La verdad es que no tenía ganas.

—Bueno, Martha, ¿cuánto tiempo vas a quedarte por aquí?

—Todavía no lo he decidido.

Di un buen trago a mi vodka. Sin duda, necesitaba un poco de zumo mágico.

—Va a ayudarnos a cuidar de Gib mientras Lizzy vuelve a las clases —intervino Ben—. Todavía no hemos encontrado a una niñera que nos guste, así que...

—Estaré encantada de ocupar el puesto.

David arrugó la frente, preocupado.

—¿Vas a cuidar de un niño de dos años? ¿Tú?

—¡Va a ser estupendo! —Lizzy no podría haber sonreído de forma más luminosa ni menos convincente ni aunque lo hubiera intentado—. Va a ser estupendo para que la tita y el sobrino estrechen lazos.

—Exacto —asentí—. Además, tampoco va a ser tan difícil.

—¿Qué sabes tú de niños? —preguntó David—. Si ni siquiera eres capaz de mantener con vida a un ratón.

—No fue culpa mía. —Ese era el problema de relacionarte con gente que te conocía desde la infancia—. Se puso enfermo.

—¿Mataste a un ratón? —preguntó Lizzy, y puso cara de desconfianza.

Ben se rascó la barba.

—Me había olvidado de eso.

—La única razón por la que le ponías comida y agua era porque yo te lo recordaba todos los días —añadió David, que la verdad era que debería irse ya a la mierda. No estaba ayudando en absoluto. Aunque tampoco esperaba que lo hiciera.

—Me habría acabado acordando. —Noté que me empezaba a doler la cabeza—. Tenía dieciséis años. Todo el mundo es un inútil a los dieciséis años.

—Entonces, ¿cuál es la explicación para los siguientes diez años? —preguntó Ben, y soltó una risita ante su propio ingenio.

Como haría una hermana, le di un puñetazo en el brazo, pero sirvió más que nada para hacerme daño en la mano... Cabrón musculoso. La familia y los exnovios eran un asco. Tal vez debería volverme a Nueva York y ya está. De repente, un escalofrío descendió por mi columna vertebral. No. Nueva York no entraba en las opciones.

—Estoy seguro de que lo harás bien —dijo mi hermano dándome unas palmaditas en la cabeza. Con el trabajo que me había costado hacerme bien la coleta. Menudo idiota—. Lo siento, Martha. Confío en que no vas a dejar que mi hijo muera como hiciste con ese pobre ratón inocente. Que en paz descanse.

Mientras tanto, una clara expresión de alarma apareció en los ojos de la madre del niño ante la broma.

—No le va a pasar nada a Gibby, te lo prometo —le aseguré, agarrándole la mano—. Confías en mí, ¿verdad?

—Claro. Por supuesto.

Pero aquello no pareció convencerla. Que le dedicara una mirada

preocupada a mi hermano tampoco cambió las cosas. Tal vez no era buena idea. Yo no me parecía en nada a Mary Poppins. Incluso aunque quisiera al niño en cuestión.

—Cariño, no va a pasar nada. —Ben le dio un beso en la mejilla y la abrazó con más fuerza—. De verdad, tranquilízate. Tan solo nos estamos metiendo con Martha. Pero es una adulta madura y responsable, y yo estaré en casa por si surge algún problema. Sam también va a estar. Habrá mucha gente por ahí para ayudar si hace falta.

—De acuerdo.

Al menos, esa vez su sonrisa no pareció de pánico. Deseé que no hubiera hecho falta nombrar a Sam para tranquilizarla sobre mi incapacidad para cuidar a su hijo. Pero así era la vida.

Cuadrando los hombros y sacando pecho, puse cara de seguridad en mí misma.

—Puedo hacerlo.

CAPÍTULO 2

—Tienes yogur en el pelo.

—Me lo ha tirado él. —Con los hombros caídos, me senté en la alfombra mientras alguna horrible serie infantil atronaba en el televisor—. No puedo hacer esto. Ese crío me odia.

—Martha. —Sam soltó un suspiro—. Tiene dos años y medio y ni siquiera te conoce. Dale una oportunidad.

El niño en cuestión, Gibson Thunderbird Rollins-Nicholson, estaba mirando embelesado en la pantalla a unos perros animados que hacían un atrevido rescate. Era una locura de nombre para un niño pequeño. Nacer como progenie de un músico claramente conllevaba el riesgo de que te pusieran el nombre de su instrumento favorito. Mientras tanto, el agente ejecutivo de protección estaba apoyado en una pared cercana con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Tenía una toalla pequeña sobre uno de sus musculosos hombros y llevaba ropa de deporte. Supuse que habría estado usando el gimnasio privado.

Ben y Lizzy no habían escatimado en gastos con la casa. Era enorme, de estilo colonial georgiano, en una de las zonas más lujosas de Portland. Por supuesto, habían convertido la antigua sala de baile y la cancha de baloncesto cubierta en un estudio de grabación y una sala para que el grupo ensayara. A mi hermano en realidad solo le importaban dos cosas: la música y la familia, así que la reestructuración no supuso ninguna sorpresa. Tampoco es que yo

contara con que fueran a organizar grandes fiestas para mantenerme entretenida. Aquellos días salvajes de grupis, modelos y estrellas de cine pasando el rato por ahí y colgándose de las lámparas de araña habían acabado hacía mucho. Probablemente fuera lo mejor.

—David tenía razón, no tengo ni idea de niños —dije, con profunda lástima hacia mí misma—. Creí que por haberme pasado años detrás de unas estrellas del *rock* ocupándome de todos sus caprichos esto no iba a ser muy diferente. De acuerdo con que sea más bajito y no sepa expresarse muy bien, pero lo único que Mal hacía siempre era balbucir cosas de forma incoherente. Algunos días tenía que limpiarle la baba de la barbilla a ese maníaco. Después de eso, Gibson debería ser como un sueño, ¿verdad?

—En absoluto, ¿eh?

—En absoluto.

—¿Qué te pasa en el ojo? Lo tienes rojo —me preguntó, acercándose más a mí.

—¿Eh? Ah, también me ha caído yogur ahí —mentí, dándome la vuelta—. Me lo he estado frotando.

—Ah.

Por suerte, mi espesa capa de maquillaje cubría el resto del desastre. Sam sacó un pañuelo de una caja que había cerca y se acercó para inspeccionar mi pelo manchado de yogur. El olor embriagador a puro sudor masculino llenó el aire al inclinarse hacia mí. Su camiseta gris sin mangas estaba desteñida y vieja, pero madre mía, era increíble cómo le marcaba los brazos. Le relucía toda la piel, y mi estómago dio un vuelco y se sentó. Casi parecían nervios. Aunque yo no estaba colgada de ese hombre. Porque ¿acaso no sería absurdo?

Acercó una mano y yo me encogí. Maldita sea.

Detuvo un segundo la mano, e incluso de reojo notaba su mirada taladrándome, buscando en mi cara. «Lo ve». Por supuesto que lo veía. Una capa de maquillaje no podía esconder a Sam esa clase de cosas. Independientemente de sus virtudes y defectos, aquel hombre era bueno en su trabajo. Y su trabajo se basaba en la violencia. Reconocerla y saber cómo prevenirla. Sin embargo, me irritaba mostrar cualquier señal de debilidad.

Prefería ser una zorra abiertamente orgullosa que una cosita débil y herida, sin duda alguna.

Entonces la pausa terminó y su mano continuó avanzando.

—Solo voy a limpiarte —dijo, con una voz más profunda que el océano.

—Sí, eh... —Mierda—. Gracias.

Con mucho cuidado, tomó un grueso mechón de mi pelo, oscuro, y me lo limpió. Sus movimientos eran cautelosos y más lentos de lo habitual. No hice caso a cómo su ceño se había fruncido ligeramente.

—A lo mejor debería comenzar a afeitarme la cabeza como tú —bromeé, incómoda con el silencio demasiado cargado que había entre nosotros—. Si va a acostumbrarse a lanzarme comida —soltó un gruñido varonil—, seguro que pierdo mucho menos tiempo arreglándome el pelo y me ahorraría un dineral en champú.

—¡Sam-Sam-Sam-Sam-Sam!

Gib se tiró a la espalda del hombretón y se agarró a su ancho cuello. Por supuesto, el niño lo adoraba. Solo me odiaba a mí, a la que era sangre de su sangre. Qué encanto.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Te estás portando bien? —Gib movió la cabeza de arriba abajo con entusiasmo, el muy mentirosillo—. Entonces, ¿por qué la pobre Martha tiene yogur en el pelo?

El niño se encogió de hombros.

—Quiero a mamá.

—Mamá está en la universidad. Volverá más tarde.

—¿Y papá?

—Está trabajando ahora mismo —respondió Sam para calmarlo—. Tienes que quedarte con la tita Martha un rato. Tus padres volverán pronto, ¿de acuerdo?

—¡No!

—Gibby...

—¡No, no, no!

—Le encanta repetir las cosas —dije, haciendo una mueca entre tanto ruido. Para tener unos pulmones tan pequeños, el niño era muy ruidoso.

—Puedes pasarlo bien con la tita Martha. —La sonrisa de Sam era de

esperanza—. Estar con la tita Martha es estupendo, ¿verdad, amigo?

—¡No, no, no!

—¿Quién se iba a imaginar que diría algo así? —susurré—. Aunque, para ser justa, en parte coincido con él.

—Sam arqueó una ceja y puso mirada inquisitiva.

—Pasar el rato contigo podría estar bien... en ciertas situaciones. —Cerré la boca con fuerza antes de que tuviera la oportunidad de quedarme boquiabierto—. Si tú quisieras.

—Ah, ¿sí? —Incliné la cabeza hacia un lado—. ¿Si quisiera estar en la situación o si quisiera que estuviera bien?

—Cualquiera. Ambas cosas.

—Vaya.

Gib le dio unas palmadas a los anchos hombros de Sam en plan afectuoso. Caray. Los brazos de ese hombre eran puro músculo. ¿Cuánto tiempo se pasaría entrenando en el gimnasio? Y eso que no era presumido ni arrogante. Nunca había conocido a alguien menos preocupado por su aspecto. Para ese hombre todo era trabajar, trabajar y trabajar.

—¿Qué están haciendo hoy los perros? —le preguntó a Gib.

De inmediato, el niño levantó la barbilla y aulló a todo pulmón. Como aullido fue bastante espectacular. Tras completar la tarea, se bajó del hombretón y volvió corriendo a donde estaba antes, de pie delante del televisor.

Sam sonrió.

—Los niños se obsesionan mucho con las series. Esta es su favorita desde hace tiempo.

—Los perros que hablan molan mucho, supongo. —Durante un momento, él se limitó a mirarme fijamente—. ¿Todavía tengo yogur en el pelo?

—No, te lo he quitado todo.

Asentí con la cabeza y me miré las manos con atención. Era más fácil que mirarlo a él u ocuparme de lo confundida que me sentía en su presencia. Ya tocaba hacerse una nueva manicura. Incluso tenía rota la uña de un pulgar. A decir verdad, lo cierto es que encajaba con el asunto de las peleas de comida con un niño. Los estilistas y los influencers estarían muy celosos.

—Antes nunca te ponías nerviosa conmigo —dijo Sam en voz baja.

—¿Nerviosa contigo? ¿En serio? —Resoplé—. A lo mejor si no me estuvieras acorralando...

El tipo no se movió ni un centímetro. Idiota.

—No tuvimos mucha ocasión de hablar anoche. ¿Qué te ha traído de nuevo a la costa oeste?

—Quería ver a mi familia.

—¿Y ya está?

—¿De verdad te parece tan extraño?

—Si lo añadimos a lo de ofrecerte voluntaria para cuidar a Gib, pues sí, un poco.

Me tragué la palabra «gilipollas». Por los pelos.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? ¿Te preocupa que sea una amenaza para la seguridad o algo así?

—Pues claro que no. Mi trabajo es asegurarme de que todo el mundo esté a salvo —dijo—. Que estén bien. Y eso te incluye a ti. Tú también eres parte de la familia.

—Bueno, gracias por tu preocupación profesional, pero no hace falta, gracias. Estoy bien. —Se limitó a mirarme—. ¿Alguna vez desconectas de tu trabajo? —le pregunté.

—Me desconectaré cuando el mundo sea un lugar seguro y ya no haya nadie que me necesite. Pero los dos sabemos que el mundo no es seguro.

—Eso es muy de superhéroe por tu parte, Sam. De todos modos, no creo que me quede mucho tiempo.

—Supongo que ya lo veremos.

Se puso de pie y, sin decir nada más, se dirigió al pasillo. Por suerte, Gib estaba demasiado absorto en su serie como para prestar atención a aquella conversación algo incómoda. No es que me sintiera intimidada por un niño pequeño ni lo que pensara de mí. Ni por la opinión de un agente ejecutivo de protección, ya que estamos.

Estaba bien. Todo estaba bien. Respirando hondo para calmarme, giré la muñeca de modo que no se viera mi uña rota. Ya me la arreglaría más tarde.

Me quedé mirando, ausente, el contenido de mi maleta. El siguiente trabajo en mi lista de cosas no particularmente necesarias que hacer a solas en mi habitación. Primero habían sido la pedicura, la mascarilla y un largo baño en la bañera mientras me ponía al día de las noticias de la industria del entretenimiento con mi *smartphone*. A continuación, mantenimiento de las cejas, responder unos cuantos correos electrónicos y mi rutina de hidratación. Y ahora, aquello... la cuestión era saber cuánto sacar de las maletas exactamente. Los conjuntos para las fiestas de Nueva York eran menos apropiados para lidiar con niños pequeños, y mi antiguo vestuario de trabajo entraba en esencia dentro de la misma categoría. Ninguno de ellos aguantaría el uso que requeriría cuidar de un niño: peleas con la comida, arrastrarme para recoger juguetes y esas cosas, perseguir a niños malvados y bajitos que huían de la verdura y del baño.

Era justo decir que ya no me reconocía a mí misma ni a mi vida, pero necesitaba un trabajo. Y, más importante todavía, necesitaba volver a casa.

—Hola —dijo Lizzy, que entró sin llamar a la puerta. Supongo que por ser su casa—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada, organizando las cosas.

Me había sorprendido sin maquillaje, así que mantuve la cabeza agachada. Con suerte, gracias a la tenue luz, Lizzy no vería nada.

—No has venido a cenar.

—No tengo hambre.

—Ya sabes dónde está la cocina si cambias de idea —dijo—. Íbamos a ver un poco la tele. ¿Quieres venir con nosotros?

—Estoy un poco ocupada ahora mismo —respondí con evasivas. Porque, aunque puede que me hubiera dado cuenta a regañadientes de que necesitaba estar con mi familia, eso y ceder en serio a la necesidad eran dos cosas completamente distintas—. Pero gracias por preguntar.

—De acuerdo. Siempre que sepas que no tienes por qué esconderte en tu habitación.

—No me estoy escondiendo. —Agarré el escucha bebés que llevaba mi cuñada a la cintura y solté un suspiro—. ¿Debería llevar yo esto?

Ella resopló.

—No esperamos que estés de servicio las veinticuatro horas del día siete días a la semana, Martha. Madre mía. —Yo tan solo me encogí de hombros—. ¿Así es como van normalmente las cosas en tu línea de trabajo?

Lizzy se sentó en el borde de la cama y se puso cómoda.

—Sobre todo hago una mezcla de las funciones de relaciones públicas y secretaria ejecutiva. Normalmente, para gente con ego delicado, mucho dinero y agenda apretada. Sobre todo del mundo del espectáculo —respondí—. No es raro que tenga que ir a algún sitio a las cuatro de la mañana.

—Mi niño puede ser difícil de cuidar, sí. Pero de las tonterías a las cuatro de la mañana podemos ocuparnos su padre o yo. —Sonrió—. ¿Está bien la habitación?

—Sí, es estupenda. Es más grande que mi apartamento de Nueva York.

—De acuerdo. Me alegra que te guste. Queremos que te sientas cómoda aquí. —Me recliné contra el armario antiguo, con los brazos cruzados por encima del pecho—. A lo mejor hasta podrías sentirte lo bastante cómoda como para contarme alguna vez lo de ese moratón que tienes en la cara.

—Lizzy...

—No te preocupes —dijo—. Aunque pueda estar sorprendida por dentro, no voy a presionarte para que respondas sin que estés preparada para ello. Y es verdad que estoy sorprendida por dentro, que lo sepas.

—Gracias por no presionarme.

—Todavía. —Levantó los hombros mientras respiraba hondo y se tomaba su tiempo, evidentemente, pensando en qué decir a continuación. Era incómodo de veras—. Martha, tu hermano te ha echado de menos, ¿lo sabías? Eres la única familia que tiene.

—Tiene a los chicos.

Ella negó con la cabeza.

—No es lo mismo. Tú eres su hermana, te quiere, y apenas te hemos visto desde que nació Gibby. Además, mi hijo debería tener una tía a la que pueda reconocer cuando la vea. Eso sería maravilloso.

—Bueno, pues ahora estoy aquí.

—Sí, pero ¿hasta cuándo? —Eché un vistazo a las maletas casi llenas todavía que había abiertas en el suelo. Era un caos. Una descripción muy acertada de mi vida en ese momento—. Venga, cuelga la ropa, Martha. Instálate y danos una oportunidad.

Mi risa sonó frágil y falsa a mis propios oídos. Dudé de que Lizzy se la tragara. Eso de estar haciendo la carrera de Psicología tenía que notarse. Aunque no me estuviera atosigando por lo de mi ojo morado, no apartaba la mirada de la mancha igualmente. Al menos no estaba sintiendo lástima ni nada extraño e indeseado.

—Lo digo en serio.

—A pesar de lo que pueda parecer, no necesito protección. No podéis querer que viva aquí para siempre —dije—. La casa es grande, pero no tanto. Créeme, nos acabará pasando factura.

—¿Estás de broma? Desde que Jimmy y Lena se mudaron y el estudio pasó a estar en nuestra casa, se convirtió en el cuartel general del grupo. Hay gente por aquí a todas horas. Es gran parte de la razón por la que compramos esta casa. —Cruzó las piernas y dio unos golpecitos perezosos con el pie—. A menos que lo que te preocupe es encontrarte con los chicos todo el tiempo. —No dije nada—. Y después está Sam, claro. —Seguí sin decir nada. Era como si me hubieran cosido la boca—. Y las mujeres de cada uno.

—¿En serio estás tratando de psicoanalizarme? —le pregunté. Su sonrisa repentina fue angelical, lo cual hizo que me resultara difícil enfadarme. Por suerte, tenía mucha experiencia en estar de mal humor—. No lo hagas, por favor.

—Solo porque tengas un historial complicado con la gente no significa que no puedas interaccionar en el futuro con ella. —Tras mi pregunta, claramente había decidido pasar al modo psicóloga completo—. Las disculpas y un poco de cambio de actitud pueden hacer mucho.

—Por favor, niño Jesús, mátame —le dije al sencillo techo blanco—. Llévame ya.

—Eso es mucho pedir para un niño, ¿no te parece?

—Después de haber estado todo el día persiguiendo a tu niño, creo que

estaría listo para la misión.

Me dedicó una sonrisita.

—Verás, Martha, tengo la sensación de que no somos solo cuñadas, sino de que tenemos potencial para ser buenas amigas. Sería una pena desperdiciarlo.

—Ah, ¿tú crees?

—Pues sí. Y, si no, imagina cuánto le molestaría a tu hermano que nos aliáramos contra él.

Ante esa ocurrencia, soltó una risita malvada. La habilidad de esa mujer de no tolerar mierda y aun así pasárselo bien era impresionante.

—Es un argumento válido.

Con gracia, Lizzy se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Dímelo cuando pienses en ello. —No dije una palabra—. Mierda, qué tozuda eres. Igual que tu hermano. —Abrió del todo la puerta de la habitación, como si estuviera invitando a entrar a todo el mundo—. Vas a pensar en ello y después vas a decidir quedarte. Imagínatelo, Martha, ya no vas a tener que estar sola.

Fruncí el ceño, descontenta con la elección de palabras.

—No estoy sola exactamente. Había gente con la que pasaba el rato. Conocidos, supongo que podríamos decir... y estuve saliendo con alguien de forma esporádica durante un tiempcito.

Con la boca cerrada, simplemente se quedó mirándome. Había mucho juicio en su mirada. Qué ridiculez. No tenía forma de saber que nadie se había molestado en tratar de llamarme siquiera desde que me había marchado de la costa este.

—Que sepas que aparecía en numerosas páginas de sociedad y blogs de influencers de estilo casi todas las semanas. Mi vida estaba muy llena hasta este pequeño vuelco.

—Vaya —dijo con voz plana, nada impresionada—. Así que básicamente tenías algunos amigos falsos, un tipo con el que lo hiciste una o dos veces y un trabajo que te pedía exigencias demenciales que te volvieron loca. Qué vida tan llena, rica y compleja, sí.

—Antes no eras tan sarcástica.

—Y tú antes no tenías un moratón.

Solté una maldición en voz muy baja, entre dientes. Supongo que pasar el tiempo con un niño finalmente había comenzado a dejar huella en mí.

—Llévate a otra parte tus habilidades de loquera. No necesito una terapeuta, Lizzy.

—¿No? ¿Y qué hay de una amiga?

Y sin decir más, se marchó.

CAPÍTULO 3

Un momento, eso había tardado. Tardé un momentito en borrar todos mis contactos de Nueva York del teléfono y el niño había desaparecido. Por supuesto, el problema radicaba en que el gran salón donde normalmente nos quedábamos viendo una vez tras otra los dibujos animados de perros y en el que él esparcía su enorme colección de juguetes por todas partes no tenía puerta, sino que daba a un pasillo que recorría toda la casa. El mismo pasillo por el que yo ahora estaba buscando a ese demonio bajito. Y todos sabíamos de dónde había sacado el lado demoníaco. Eso es: de su madre. No de mi rama de la familia. Ni de broma.

—¿Gib? —lo fui llamando al asomarme por todas las habitaciones por las que pasaba—. Gibby, ¿dónde estás?

Durante dos días y medio, mi sobrino y yo nos habíamos llevado bien. Sobre todo porque le llevaba sus comidas favoritas. Galletas con trocitos de chocolate (hechas por la limpiadora que iba durante el día, Greta), *nuggets* de pollo y uvas. Una dieta que no era del todo poco saludable. Después de todo, los cinco grupos de alimentos estaban más o menos representados. Sin embargo, ese día no había funcionado ningún soborno. Gib estaba de mal humor por alguna razón y se había empeñado en descargarlo conmigo. Me recordaba a lo que me había pasado unos años antes, cuando estaba trabajando para una importante modelo de pasarela y me había tirado un Louboutin de última moda a la cabeza. Por suerte para mí, teníamos la misma

talla de zapatos. Así que le estuvo bien empleado que yo me llevara el zapato y su compañero como disculpa no verbal por el incidente.

Pero volvamos a la discusión con el niño.

A no mucha distancia se oían unas voces, el rasgueo de una guitarra y una batería. Era como el canto de una sirena en versión rocanrol. Sobre todo para un niño de dos años y medio que prefería estar con cualquiera que no fuera yo.

—Oh, no.

Como el lado izquierdo de la casa tenía su propia entrada y allí estaban el estudio, la zona de ensayos del grupo, la sala de juegos, el cine en casa, la bodega, el gimnasio, la sauna y la segunda cocina (porque ¿acaso no necesita todo el mundo una segunda cocina?), me había perdido alegremente todas las idas y venidas de los miembros de Stage Dive. Incluso Sam vivía en la casa de dos habitaciones con piscina que había fuera con Adam, el genio musical. Aparte de mi pesada cuñada loquera y del idiota de mi hermano, me había quedado sola. Porque no había nada de malo en estar sola, daba igual lo que dijera Lizzy. La soledad estaba perfectamente bien, y la verdad es que era bastante seguro. Sobre todo teniendo en cuenta el tipo de gente que solía visitar la casa.

Y ahí estaban todos.

Jimmy se había despatarrado en uno de los sofás de cuero observando a su hermano David, que estaba sentado sobre un amplificador grande enfrente de él afinando una guitarra. Mal, el maníaco de pelo rubio, estaba sentado detrás de una batería tocando a ritmo tranquilo, pero constante. Y Gib estaba en brazos de su padre, sano y salvo. Gracias a Dios.

Me ajusté la coleta, algo desarreglada, y me erguí un poco. Los *jeans* y una camiseta no eran mi ropa profesional habitual, pero al menos no había ningún grupo alimentario representado en mi pelo en esos momentos.

—Pero se supone que tienes que quedarte con la tita Martha. Ya hemos hablado de esto —decía Ben con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa si se pierde? No lleva mucho tiempo por aquí. Ella no conoce la casa como tú.

—Tita Martha ahí.

Con expresión de no estar convencido en absoluto por el argumento, Gib

me señaló en el umbral de la puerta. Yo levanté la mano a modo de saludo.

—Se me ha escapado.

Mal resopló, el muy imbécil. Pero Ben solo asintió con la cabeza.

—Sí, me he dado cuenta. Es como Houdini cuando se le mete la idea en la cabeza de que quiere estar en otra parte. La verdad es que me impresiona que lo hayas tenido ocupado tanto tiempo.

Uf... Menos mal.

—Cuidar de los niños no es tan fácil como parece —añadió Jimmy con una pequeña sonrisa. Y no era una sonrisita de suficiencia, lo cual resultaba interesante. Casi podría haber sido amable. El matrimonio y la paternidad debían de haberlo suavizado bastante.

—Me estoy dando cuenta —dije.

David tan solo me hizo un gesto con la barbilla. Nada extraño.

Con una guitarra eléctrica en la mano, el chico nuevo, Adam, estaba esperando cerca. Tenía los ojos muy abiertos ante la compañía con la que estaba. No era de extrañar. Cualquier bebé roquero sin nombre como él probablemente daría partes valiosas de su anatomía a cambio de estar con Stage Dive.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Ben con la mirada esperanzada, pero preparado para lo peor.

Mal se aclaró la garganta.

—Se podría etiquetar como una mezcla estándar de rock, pop, soul con una pizca de sonido estilo americano, ¿no?

Adam pestañeó.

—Ah, bueno...

—No me malinterpretes. Aunque no haya nada particularmente fresco ni interesante en lo que haces, tampoco eres un asco del todo. No del todo —dijo Mal, muy serio—. Espero que puedas encontrar algo a lo que agarrarte en eso, hijo.

—No le hagas caso —gruñó David—. A menos que quieras darle un golpe con algo. Eso también está bien.

—¡Eh! —Mal levantó las baquetas y formó el símbolo de la cruz—. Atrás, demonios. Soy un maestro ninja con palos en las manos. Podría derribaros a

todos sin sudar siquiera.

Frotándose la cara con una mano como muestra de cansancio, Ben asintió con la cabeza.

—Sí, tú ni caso. Dios sabe que ninguno se lo hacemos. Tu sonido está bien, Adam. De hecho, es la hostia de bueno. Por eso estás aquí.

Con el ceño fruncido, Adam miró a su alrededor.

—De acuerdo.

Mal sonrió. Ese hombre realmente era el Puck o el Loki del rocanrol. Pura travesura, con un toque de molesto de narices.

—La verdad es que eres la leche. Pero odiamos cualquier tipo de competencia real, y la única forma que se nos ocurrió de cargarse tu talento fue que Ben produjera tu próximo álbum. —Ben maldijo en voz baja sin tener en cuenta las orejitas que sin duda estarían escuchando—. Así que he decidido tocar en tu álbum, Adam. Pero con un pseudónimo o algo así —explicó Mal—. Va a ser estupendo. Podría utilizar un nombre inventado molón, como Capitán P. Ne. ¿Lo captas?

—Eres un idiota —dijo Jimmy, inexpresivo.

Sorprendentemente, el baterista parecía algo herido.

—A Anne le pareció muy gracioso.

—Tu mujer es una persona increíblemente amable y gentil.

—Basta. Puedes tocar sin crédito —dijo Ben para acabar con la discusión.

—No se puede ocultar el talento con tanta facilidad. Los verdaderos amantes de la música reconocerán mi estilo. Se pondrán en plan «es imposible que el batería no sea Malcolm Ericson». Díselo, Marty.

—Ben, estáis trabajando. Deja que me lo lleve.

Sin hacer caso de Mal, me acerqué a mi hermano y abrí los brazos para acoger el terror de dos años. Por supuesto, Gib frunció el ceño, se dio la vuelta y escondió la cara en el ancho hombro de su padre. Como si yo fuera lo peor. Suspiré. Y pensar que de verdad había creído que habíamos estado estrechando lazos los últimos días. De acuerdo, se basaba en un ilícito sistema de sobornos a base de galletas de chocolate, pero había que empezar por alguna parte.

Las puertas que daban a la piscina y jardín estaban abiertas, y Sam entró

por ahí. De inmediato, me tensé todavía más. Estaba claro que no era mi día.

—¿Ya has hecho un barrido completo de la zona, Sam? —le preguntó Mal—. ¿Volvemos a tener un ataque de adolescentes histéricas o qué?

Mi ojo derecho ya no estaba tan rojo, pero mantuve la cara hacia abajo de todos modos. Con la cantidad de corrector que había estado utilizando nadie podría ver mi moretón. Sin embargo, el guardaespaldas se fijaba en cosas que los demás no veían.

Sam nunca cambiaba su expresión profesional habitual, a pesar de las provocaciones del baterista. Solo Dios sabía de dónde sacaba la paciencia. Aunque ya llevaba años trabajando con la banda, así que supongo que estaría acostumbrado.

—Hay unos cuantos seguidores y algunos paparazis en la entrada principal, pero Ziggy los está vigilando. Por lo demás, estáis todo lo a salvo que puedo ponerlos, Malcolm.

—¿Esto pasa a menudo? —preguntó Adam—. ¿Lo de las adolescentes histéricas?

Sam negó con la cabeza.

—No. Sus admiradores han crecido con ellas. Ahora lo más probable es que solo quieran charlar y sacarse una foto. Tan solo hay que tener cuidado con alguna que está desequilibrada.

—Como la mujer que se coló en la casa de Jimmy y Lena el año pasado. La tipa usó su ducha y después se echó una siesta en su cama —dijo Mal—. Qué locura de ciudad. —Adam abrió los ojos todavía más—. Si fuera mi cama lo habría entendido, pero ¿la de Jimmy? Esa mujer necesita ayuda. —Mal hizo una pausa, recordando—. Y también estaba ese tipo que me estuvo siguiendo el año pasado y mandándome poemas. La verdad es que no era malo.

—¿Cómo era ese sobre tus ojos? —se burló Jimmy.

—No empieces —gruñó David.

Dando un fuerte suspiro, Mal sonrió.

—Sí, todo era muy gracioso y divertido hasta que trató de arrancarme pelo de la cabeza. A ver, que puedo entender por qué lo hizo, siendo yo un dios sexual y todo eso. Pero Anne se quedó acojonada. La empujó para apartarla

de su camino y acercarse a mí. Podría haberle hecho daño de verdad.

Jimmy se fijó en la expresión alarmada de Adam.

—Fue entonces cuando contratamos a Ziggy y a Luke para ayudar a Sam —dijo, tranquilo y despreocupado—. De gira siempre teníamos un equipo, pero con mujeres y niños de por medio... mejor no correr riesgos. Rotan entre nosotros para echarle un ojo a todo. —Jimmy se rascó la mandíbula, con barba incipiente—. Además, Lena y yo nos compramos una casa con mejor sistema de seguridad. Nuestras hijas necesitan más espacio, de todos modos, un jardín más grande donde jugar y esas cosas.

—Por favor, si tu antigua casa parecía un maldito mausoleo.

—No lo era. Esa casa ganó un premio de arquitectura.

—Es fría y fea —dijo Mal—. Lena te obligó a mudarte, reconócelo. Tu mujer lleva las riendas y ya se ha hartado de todos los culos feos monocromáticos y de mármol. Esa es la verdad.

Tras comprobar que Gib no estuviera mirando, Jimmy le enseñó el dedo corazón al idiota del baterista.

El niño pequeño, sin embargo, ya había encontrado algo inapropiado a lo que aferrarse.

—¡Culo! ¡Culo, culo, culo!

—Buen trabajo —gruñó Ben.

Mal se rio espoleando al niño. Qué sorpresa. Los dos debían de tener más o menos el mismo nivel de madurez.

—¿Estás seguro de que no quieres que me lo lleve? —pregunté, con una ceja arqueada.

Ben negó con la cabeza y dejó a Gibby en el suelo en cuanto comenzó a agitarse con ganas de explorar. Con más gritos de «¡culo!», fue corriendo hasta su tío Mal, que de inmediato se lo subió al regazo. Le puso unas orejeras de tamaño niño en la cabeza, que sin duda colgaban de la batería por esa misma razón, y pronto Mal lo ayudó a blandir las baquetas. El ruido resultante no tenía ritmo y era increíblemente fuerte. Me hizo desear que Mal tuviera orejeras también para los demás. Pero, al menos, Gibby estaba distraído y no siguió gritando lenguaje malsonante.

—¿Te estás pensando mejor lo de la fama? —le pregunté a Adam,

acercándome más a él.

El joven se encogió de hombros.

—Yo solo quiero tocar mi música. Que pase lo que tenga que pasar, ¿sabes?

Sam estaba de pie en una esquina haciendo de centinela silencioso. De vez en cuando miraba hacia la piscina y comprobaba que no había nadie que no debiera estar. Con todos los chicos reunidos en el mismo sitio, la seguridad era más intensa de lo habitual. Ese día llevaba unas gruesas botas negras, *jeans* y camiseta a juego. Le sentaba bien todo ese rollito oscuro y peligroso que tenía.

Puede que estuviera algo distraída y hubiera perdido el hilo de la conversación cuando algo me llamó la atención.

—¿Qué has dicho?

Ben levantó la mirada.

—He dicho que Adrián está hablando de conseguirle a Adam un puesto en el festival Mackee.

—Esa idea es terrible.

—¿Por qué?

—El festival está dirigido por gente nueva, y al parecer no tienen ni pu... ni puñetera idea. Lo más probable es que vaya a ser un desastre. ¿En qué demonios está pensando Adrián? —Jimmy inclinó la cabeza y me observó con interés por alguna razón—. Que haya estado en la otra punta del país no significa que no esté al día de las noticias del sector.

—Entonces, ¿qué recomendarías? —preguntó Ben.

Pareció que todos los ojos de la habitación se dirigieron hacia mí. Me crucé de brazos, tal vez sintiéndome un poquito a la defensiva.

—Los festivales son buena idea, le doy la razón a Adrián. Ayudaría a ampliar los horizontes de Adam y darle un público. Sin duda hablaría con Tyra para darle un puesto en el Newport, y tal vez en el End of Summer and Rock 'n Waves. De momento solo estáis interesados en hacer cosas por el país, ¿verdad?

Adam tragó saliva.

—Eh... supongo.

—Es tan ingenuo que me encanta —dijo Mal entre risas. Era increíble que fuera capaz de seguir la conversación mientras ayudaba a Gib a crear confusión con los pedantes.

Y Jimmy seguía observándome, cosa que no me hubiera importado en absoluto que no ocurriera.

—¿Qué? —pregunté con el ceño fruncido.

—Nada, solo estaba pensando... —respondió él.

—¿Pensando en qué?

Sam también me observaba desde donde estaba, junto a las ventanas, y su inexpresiva cara profesional se convirtió en una interrogación por un momento. Ese ambiente tan raro de la sala estaba comenzando a alterarme de verdad.

—Seguro que te has puesto al día con tus contactos, ¿verdad? —preguntó Jimmy—. O no costaría mucho hacerlo. Siempre has sido buena a la hora de codearte con gente y conseguir que hicieran lo que quisieras. Tenías un talento impresionante para eso, si no recuerdo mal.

Ahora hasta mi hermano intervino, levantando las cejas de la sorpresa.

—Vaya. Seguramente nunca se me habría ocurrido, pero tienes razón, Jim. No es mala idea en absoluto. Es lista, organizada, y tiene experiencia o al menos conocimiento práctico de casi todas las partes del negocio.

—¿De qué demonios estáis hablando? —ladré.

—¡Demonios! —gritó Gib, haciendo que me encogiera. Evidentemente, había levantado la voz lo suficiente como para atravesar sus orejas. Aunque en realidad, en una escala de palabras inapropiadas, aquella no era peor que «culo».

—Siempre lo ha tenido todo muy controlado. O sea, era buena en su trabajo —dijo David, continuando con la conversación, aunque su tono era reticente al repartir cumplidos—. ¿Estás segura de que esto de hacer de niñera es para ti, Martha?

—No es una solución a largo plazo, pero está bien por el momento. ¿Por qué?

Sam se aclaró la garganta.

—Están pensando que serías una representante estupenda para Adam. Y

resulta que estoy de acuerdo.

—¿Representante? ¿Yo?

—Claro, ¿por qué no? —Ben se dirigió a mí con la boca formando una línea muy recta y seria—. Das miedo a tu manera, al igual que Adrián. Pero tienes mucha más labia para hablar con la gente de la que él tendrá jamás. Adam podría tenerlo muchísimo peor.

—¿Que doy miedo a mi manera? —pregunté, alzando una ceja.

—Sabes que sí —dijo Jimmy desde el sofá—. Eres una tía dura de cojones desde siempre.

—Todos estos halagos se me van a subir a la cabeza —bromeé.

—¡Cojones! —gritó Gib.

Esa vez fue Ben quien se encogió.

—Liz me va a matar. Mira, Martha, tú piénsatelo, ¿de acuerdo?

—¿No debería tener Adam algo que decir al respecto?

El bebé roquero miró a su alrededor, a la habitación, con sus grandes ojos inocentes y apabullados. Otra cosa no, pero aquel chico estaría estupendo en las portadas de las revistas. Aunque su ropa y su pelo necesitaban un repaso.

—Supongo que parece más agradable que Adrián.

—¿Martha agradable? Eres la monda —dijo Mal, dejando a Gibby en el suelo.

El niño salió corriendo de inmediato hacia el sofá para subirse entre David y Jimmy. Los dos levantaron las manos y comenzó un complicado juego en el que Gibby se turnaba para chocarles los cinco a los dos hombres. Casi me parecía agradable verlos interactuar con él. Lo naturales y relajados que estaban con un niño pequeño entre ellos.

—En cualquier caso —continuó Mal—, tampoco buscamos a alguien demasiado agradable. Es un negocio que te traga y luego te escupe si no tienes cuidado. Buscamos a alguien como Martha, que te cubra las espaldas y tus intereses.

—¿De verdad estabas elogiándome? —pregunté aturdida.

Un lado de su boca de maníaco se elevó.

—Marty, cariño... pasar al mundillo de los representantes tiene todo el sentido del mundo. Puede que seas preciosa como una princesa, pero eres una

matona natural y una bestia. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

La habitación se llenó de risitas y sonrisitas. Incluso Sam trató de disimular un ladrido de risa con la peor tos falsa del mundo. Qué cabrones. Pero yo no me enfadé. En lugar de eso, me tomé un momento para pensar en las palabras del imbécil del baterista.

—En realidad, Malcolm, me voy a tomar eso como un cumplido.

—Creo que deberías. —Ben me rodeó los hombros con los brazos, y su afecto fraternal le hizo incluso darme un beso en la mejilla—. ¿Martha?

—¿Mmm?

—Tienes un ojo morado —dijo, tenso.

Maldita sea. Me había distraído y lo había dejado acercarse demasiado. Se hizo un extraño silencio y de inmediato me alejé un paso de él y me tapé el lado derecho de la cara con la mano.

—No pasa nada. Dios, Ben, vaya forma de exagerarlo todo y avergonzarme. Tan solo me he dado un golpe con...

—No. No me mientas. —Se cernió sobre mí, lleno de ira—. ¿Cómo ha ocurrido?

Cerré la boca con fuerza y un estúpido pánico innecesario me corrió por las venas. Caray, que aquel era mi hermano. Daba igual lo mucho que se enfadara, no iba a hacerme daño. Pero la necesidad de luchar o huir me presionó.

—Ben, hombre, para un poco. Dale espacio. —La voz tranquila y firme de Sam llegó desde un lateral. No tenía ni idea de cuándo se había movido, pero era evidente que había sido rápido—. La estás asustando. Mírale la cara.

—No estoy asustada. —Mi voz sonaba una octava más alta de lo habitual—. Yo no tengo miedo de nada.

—Pues claro que no —dijo Sam con voz tranquilizadora, y agradecí sus facciones toscas y familiares. No sé por qué su sonrisa me tranquilizaba, pero así era. Bajé los hombros y me resultó más fácil respirar—. Tú eres una luchadora, ¿verdad, Martha? Ahora, ¿por qué no nos cuentas a todos lo que te ha pasado en la cara? Y, como te ha dicho tu hermano, que sea la verdad, por favor.

Solté un suspiro y aparté la cara.

—Me atracaron.

A mi lado, mi hermano pareció hincharse de ira.

—Y no pensaste que deberías decírnoslo...

—Ben —intervino Sam con su enorme paciencia.

—¡Voz interior! —gritó Gib, de forma un tanto irónica, antes de meterse el pulgar en la boca.

—Eso es, Gibby. —Sam asintió con la cabeza, sonriendo—. Vamos a quedarnos tranquilos y a usar nuestra voz interior mientras la tita Martha cuenta su historia, ¿verdad?

El niño asintió de forma enfática con la cabeza y se subió al regazo de Jimmy, evidentemente, en busca de consuelo. Toda la tensión de la habitación debía de haberlo preocupado. Sin decir palabra, el cantante lo acercó más a él, lo abrazó y le frotó la espalda.

—Lo siento. —Ben se desplomó contra la pared, con la cara llena de preocupación—. Voy a tratar de calmarme.

Sam se volvió hacia mí, expectante.

—Jo... jolines. De verdad, es humillante, estúpido, y no merece la pena todo este drama. —Primero me metí las manos en los bolsillos de los *jeans*, pero como no me sentía bien así, me las metí por detrás, por la espalda—. ¿No podemos olvidarlo y ya está? Estamos preocupando al niño.

Nadie dijo nada, pero se quedaron esperando a que hablara. No iba a librarme de aquello, por mucho que lo intentara. Maldita sea. Haciendo un movimiento lento pero firme, Sam me quitó los brazos de detrás de la espalda y me tomó las manos con las suyas, grandes y cálidas. No me presionó más. Tan solo me tomó las manos esperando a que hablara.

—Volvía a casa tarde al salir del trabajo la semana pasada, y un tipo vino corriendo y me agarró el bolso. Me lo... me lo arrancó del hombro —dije, haciendo lo posible por mantener la voz tranquila y firme. Sin embargo, tenía el ceño fruncido otra vez—. Pero me aferré a él.

Sam pestañeó.

—¿Que te aferraste a él?

—Era de Gucci. Ni de broma iba a dejar que se lo llevara sin más. —La mandíbula del guardaespaldas se movió un poco, pero no dijo nada—. En

cualquier caso, me dio un puñetazo. Entonces un par de tipos llegaron para ayudarme y yo seguía teniendo el bolso bien sujeto. Supongo que decidió que daba más problemas de lo que valía y se largó —dije, soltando una bocanada de aire—. Para que luego digan que en Nueva York la gente es maleducada y nadie te ayuda. Para que veáis.

—De acuerdo. —Sam se lamió los labios de una forma que distraía mucho. Supongo que me encontraba en un estado de ánimo muy fácil de distraer. Cualquier cosa tenía que ser mejor que volver a pensar en ello—. ¿Eso es todo? —Asentí con la cabeza—. Desde luego, explica por qué has estado tan nerviosa.

—Supongo que me quedé un poco aturdida. Nunca me habían pegado.

Mis dedos se tensaron alrededor de los suyos y me acercó más a él para abrazarme con suavidad. Su corazón latía con fuerza junto a mi oreja. Qué extraño. Antes yo tampoco había sido muy de arrumacos. Pero supongo que todo el mundo tiene sus momentos de... no debilidad exactamente. Algo más.

—Y no te volverán a pegar si yo puedo evitarlo —dijo, y sus palabras retumbaron desde el fondo de su sólido pecho.

—¿En serio? —preguntó Mal—. ¿Nadie va a decir lo más evidente aquí?

En el sofá, Dave levantó un hombro.

—Es un poco extraño que Martha y Sam se estén abrazando, pero supongo que ha sido un día lleno de emociones.

—Eso no. Vaya, y luego dices que yo soy el idiota del grupo.

Me liberé de los brazos de Sam, demasiado agradables, y cuadré los hombros.

—Ahora que ya hemos terminado podemos seguir adelante con nuestras vidas.

Mal chasqueó la lengua.

—Todavía no. Además, Davie, lo que acabas de decir, por cierto, dice mucho sobre ti y tu necesidad de superar lo que pasó entre Marty y tú hace un montón de tiempo. Porque, oye, todos lo hemos superado ya. Has perdonado a Jimmy, así que puedes perdonarla a ella también.

—La verdad es que me gustaría que no me llamaras así —murmuré.

—Una pena —dijo Mal, con expresión seria por una vez—. Y ahora,

Marty, cariño, escúchame con atención un momento. Te prometo que te compraré todos los malditos bolsos de Gucci del país si la próxima vez que alguien te intente robar tú sueltas el bolso. ¿De acuerdo? ¿Me estás escuchando?

—Gracias —dijo Ben, todavía estresándose en silencio y haciendo lo que podía por reprimir su ira junto a la pared. No creo que hubiera visto jamás a mi hermano tan alterado. Al menos, no por mi causa. O no desde hacía mucho tiempo—. Un bolso no vale más que tu vida —añadió—. ¿Qué pasa si ese tipo hubiera tenido un cuchillo o una pistola?

—Bueno —respondí, buscando en mi cerebro una respuesta inteligente—. Pero no los tenía.

—Pero podría haberlos tenido. Tienes suerte de estar viva.

—Ben...

—Tu hermano tiene razón —me interrumpió Sam.

Fruncí el ceño un poco más.

—Pensaba que estabas de mi parte.

Primero, el hombretón subió la barbilla, y después cerró lentamente las manos formando puños.

—Martha, como no parece que te hayas dado cuenta, déjame que te diga algo importante. Incluso aunque hayas hecho algo tan asombrosamente estúpido como para que no se me ocurra qué coño debías de estar pensando, siempre he estado de tu parte de todos modos.

Me quedé boquiabierta.

El silencio de la habitación resultaba ensordecedor. Sin embargo, solo duró cosa de un segundo, hasta que Gibby se sacó el pulgar de la boca y gritó:

—¡Coño!

Sam soltó un suspiro.

—Lo siento, Ben. Voy a ver cómo están las cosas por ahí fuera. Disculpa.

Ben asintió con la cabeza.

Más silencio. Sentía los ojos de varias personas clavados en mí. Por suerte, Adam, el bebé roquero, comenzó a rasguear tranquilamente su guitarra. Un momento después, Mal lo acompañó tocando suavemente la

batería.

—Ha sido extraño. —David soltó un gruñido.

—Por supuesto —continuó Mal—, siempre es extraño cuando la tensión sexual no resuelta se derrama de ese modo. Aun así, ya tengo algo de lo que informar a Anne esta noche. Vamos a tener unos buenos cotilleos sobre todos vosotros y después haremos otra ronda o dos de hacer bebés. Tal vez incluso tres, si mi mujer tiene suerte. Y esa chica nació con suerte.

Jimmy apretó los labios.

—Me parece maravilloso que estés planeando empezar una familia. Pero, de verdad, puedo vivir sin actualizaciones diarias sobre tu vida sexual, amigo.

—Pero no tienes por qué hacerlo, Jimbo. Eso es lo bonito del asunto, estoy más que encantado de compartirlo.

Estaba claro que Mal era más que capaz de fastidiar a Jimmy mientras acompañaba la tranquila guitarra de Adam.

Ben me rodeó los hombros con el brazo, con la mirada todavía preocupada.

—¿Te encuentras bien? ¿Fuiste al médico o algo cuando ocurrió?

—Ah, estoy bien —aseguré, algo distraída—. La verdad es que solo es un ojo morado. Me puse un poco de hielo y después un montón de corrector. No pasa nada.

—Si tú lo dices. Perdona por levantar la voz.

Me encogí de hombros.

—Supongo que debería habértelo contado.

—Tienes que aprender a compartir las cosas como hago yo, Marty —dijo Mal—. Por ejemplo, podrías contarnos tus planes respecto a Sam. Saltarle encima o no saltarle encima, esa es la cuestión. ¿Qué es más noble, montárselo con el guardaespaldas o dejarlo anhelando tu atractivo cuerpo de forma indefinida?

—No tenía ni idea de que leyeras a Shakespeare.

—Soy muy culto. Conozco esas mier... cosas —dijo Mal—. Aunque todos habíamos decidido después de que Davie y tú llegarais al límite hace una década que nadie de la familia debía liarse. Así que estarías rompiendo todas las reglas, pequeña rebelde.

Ni de broma iba a responder. De hecho, todos los músculos de mi cuerpo querían agarrar a Gibby y salir corriendo de la habitación, lejos de aquel horroroso tercer grado sobre mi historial y, al parecer, el de Sam. Pero no era capaz de averiguar cómo ejecutar ese plan sin que todo el mundo pensara que estaba huyendo. Lo cual era exactamente lo que quería hacer, por supuesto.

Me mantuve firme y fulminé con la mirada a todo el mundo.

Después de un rato rascándose la cabeza, David dirigió a mí su característico ceño fruncido. Siempre estaba igual.

—¿Cuánto tiempo hace que empezó todo esto, lo tuyo y de Sam?

—No hace falta que suene como si la idea de que alguien esté interesado de verdad en mí fuera tan completamente increíble, David. —Estaba tan furiosa que echaba humo. Hombres. Menudos idiotas—. Y tampoco es asunto tuyo.

—Lo siento —gruñó—. Tan solo estoy sorprendido. ¿No tiene como diez años más que tú?

—Tiene cuarenta y dos. No es que esté para el arrastre.

—Sí, pero... es un tipo estupendo.

—¿Mientras que yo soy lo peor de lo peor que puede ofrecer el género femenino de la humanidad?

—Yo no he dicho eso —replicó él, de mal humor—. No pongas en mi boca palabras que no he dicho. Lo que ocurre es que todos tenemos mucho respeto por ese hombre. Nadie quiere que le hagan daño.

—Para ti los hombres son un poco de usar y tirar, Marty —intervino Mal—. Eres una rompecorazones. Lo único que estamos diciendo es que no le rompas el corazón a Sam. Nadie quiere un guardaespaldas llorón. Eso sería muy triste. Y, posiblemente, peligroso.

—Lo tendré en cuenta —dije—. ¿Podríamos hablar ya de otra cosa?

—Sam y Martha... vaya —dijo Jimmy, en plan distraído.

Junto a mí, Ben hizo un ruidito de asentimiento.

—Liz me dijo hace tiempo que estaba colgado por ella.

Al parecer, ninguno de ellos comprendía lo que significaba que algo no fuera asunto suyo. Apreté los dientes tratando de no fruncir el ceño, porque la cara había comenzado a dolerme. Estúpido ojo morado.

Sin perder el tiempo, Mal se echó atrás su larga melena rubia.

—Ninguno de vosotros tiene ni idea de nada. Sam está con nosotros las veinticuatro horas del día los siete días de la semana, y ni siquiera os dais cuenta de cuándo le pasa algo. Porque, os lo digo en serio, cada vez que ese tipo mira a Marty, desde siempre, sin duda le pasa algo.

—¿De verdad? —pregunté, a mi pesar.

—Oh, sí. Se pone todo tenso, como si le apretaran los calzoncillos o algo. Lo cierto es que es bastante entretenido.

Colocando los dedos como un experto sobre el diapasón, Adam cambió la música a un ritmo más intenso.

—La verdad es que te mira mucho.

—¿Lo veis? —dijo Mal—. Hasta nuestro joven Aarón se ha dado cuenta.

—Me llamo Adam.

—Si tú lo dices. Tal vez. Aunque creo que Aarón sería mejor. Se me da bien arreglarle los nombres a la gente, tú pregúntale a Marty.

Si las miradas mataran, Mal hubiera muerto fulminado bajo la mía. Ahora que lo pienso, lo habría hecho hace unos quince años.

Sobre el regazo de Jimmy, Gibby tenía los ojos cerrados, sin duda amodorrado por las voces familiares y los suaves compases de la música. Supongo que deberíamos habernos dado cuenta de que Gib se había quedado dormido cuando no repitió ninguna palabra malsonante. Y yo llevaba horas tratando de convencerlo para dormir la siesta. Jimmy me superaba como niñera sin proponérselo. Verdaderamente, yo era lo peor.

—Lo llevaré a la cama —dijo Ben, tomándolo con cuidado de los brazos del vocalista.

Deseosa de escapar al fin, lo seguí, contenta de alejarme del arsenal de temas de conversación confusos y complicados. Fuera de la sala de ensayos la casa estaba tranquila y pacífica. Un bálsamo para mis nervios destrozados.

—¿De verdad crees que podría ser representante?

—Creo que podrías ser cualquier cosa que te propusieras —respondió Ben en un volumen bajo. Era bonito por su parte. No tenía ni idea de que tuviera tanta confianza en mí. Sus botas enormes sonaban sobre la alfombra color beis—. No vamos a hablar de Sam, ¿verdad?

—No.

—De acuerdo. Porque es mi empleado y tú eres mi hermana. No es que no me importéis, pero si a vosotros os da igual, prefiero no meterme.

—Yo también preferiría que no te metieras, ya que es personal y no es asunto tuyo.

Mis palabras sonaron más bruscas de lo que pretendía, pero el día no estaba saliendo de acuerdo con mis planes. Tal vez si volvía a esconderme en mi habitación por las noches y no dejaba que Gib se acercara a la sala de ensayos durante el día, funcionaría. Tirarme detrás de un sofá cada vez que Sam entrara no sería sospechoso. Apenas. Tal vez enfrentarme a cosas difíciles no estaba dentro de mi lista de especialidades. Al menos, no en lo que se refería a un hombre en particular.

Se rio con suavidad.

—Venga ya, como si no supieras cómo son todos. Las posibilidades de que se ocupen solo de sus asuntos...

—Estupendo —dije, sombría, subiendo con desgana la escalera—. ¿Crees que decía en serio lo de que siempre estaba de mi parte?

Ben me miró con una mirada casi comprensiva.

—Hermanita, ¿alguna vez has oído a Sam decir algo que no pretendiera decir?

—No.

—Exactamente.

CAPÍTULO 4

—¿Y después?

Solté aire.

—Después, el tren hizo un dibujo.

—¿Y después? —preguntó Gib por enésima vez.

—Eh.. después el tren se fue a nadar a la piscina.

—¿Y después?

—Bueno, después el tren se comió las verduras. Todas. Sin montar un escándalo.

—No. —Arrugó la carita con asco—. ¿Y después?

—Después el tren se fue a dormir porque hacía mucho que le tocaba ya irse a la cama y llevaba más de una hora con la tita Martha dibujando su vida —anuncié—. Fin.

—¡No, no, no!

—Sí, sí, sí —dijo Lizzy, que entró para arropar a su hijo—. Gracias, tita Martha, por un cuento tan estupendo.

Gib solo frunció el ceño. Puede que heredara esa expresión facial en particular de mí, porque lo hacía muy bien. Sin embargo, cuando me agaché para darle un beso en la frente, levantó las manitas y se agarró a mi cuello un momento. Como si de verdad le cayera bien y tal vez agradeciera el estúpido cuento del tren. No es que me emocionara ni nada, porque vaya estupidez.

—Buenas noches, cariño —le dije, dándole un beso de más.

Él ahogó un bostezo.

—Más tlen.

—Mañana —lo atajó Lizzy con su voz firme de madre—. Por ahora ya es suficiente. Dale las gracias a la tita Martha.

—Glacias —dijo él con cansancio.

—Hora de ir a dormir —añadió Liz, dándole su propio beso de buenas noches—. Te quiero.

—Mami...

—Dulces sueños, cielo.

Una lamparita infantil giraba lentamente proyectando cohetes, estrellas y corazones que se movían por las paredes. En un rincón, la caja de juguetes estaba llena de pelotas, camiones, uno o dos bajos infantiles y varios muñecos. Gib y yo habíamos estado recogiendo todo antes y las cosas parecían en orden. A lo mejor no era la peor niñera del mundo.

A pesar de haberme pasado toda la tarde jugando al escondite con Lizzy y Gib, lo cual supuso una distracción magnífica después de la ridícula conversación en la sala de ensayos, estaba completamente despierta. Claro que no podían ser más de las nueve. Se suponía que Gibby tenía que irse a la cama a las ocho, pero el niño se las ingeniaba para retrasarlo lo máximo posible. Sobre todo cuando su padre estaba trabajando en alguna canción con el tío David y no podía darle un beso de buenas noches. Oh, la tristeza. Cuánta tristeza. El niño incluso se las arregló para derramar unas cuantas lágrimas de cocodrilo. Era un artista de la manipulación, y no pude evitar sentirme un poco orgullosa de cuánto esfuerzo invertía en tratar de salirse con la suya. Estaba completamente dedicado a la causa.

—Nunca he oído hablar de un tren que vaya a comprar bolsos de Louis Vuitton —me susurró Lizzy, que me siguió al pasillo tras cerrar la puerta en silencio.

—Todo tren que se precie debe tener un buen bolso.

—Por supuesto que sí. —Se colgó el aparato escuchabebés del cinturón—. ¿Puedo ofrecerte una bebida alcohólica de algún tipo?

—Suena bien.

—¿Sabes? Estaba pensando en ir a nadar. La piscina está climatizada. O

podríamos meternos en el hidromasaje.

Asentí con la cabeza.

—Buena idea. Estoy segura de que me ha roto parte de la espalda por dejarle montar a caballito hoy. Nos vemos allí.

Algo que echaba de menos en Nueva York era pasar tiempo en la playa. Las piscinas en las azoteas y los bares estaban bien, pero no eran Malibú. Claro que Portland tampoco era Malibú, aunque la zona exterior de la casa de Ben y Lizzy tenía un diseño y un paisajismo increíble. Durante el día se podía ver el monte Hood alzándose en la distancia. Pero la noche también era especial. Había una luz tenue oculta entre el follaje y bajo el agua que lo volvía todo de un reluciente azul pálido. Había una fuente ornamentada con forma de larga pared de piedra y cristal a un extremo de la piscina. Incluso la naturaleza cooperaba, con un cielo claro con media luna y estrellas desperdigadas sobre mi cabeza. Hacía una noche preciosa. Una noche pacífica. Y como Ben se había ido a casa de David y Ev antes de que Lizzy volviera a casa, podía estar razonablemente segura de que todavía no habrían tenido ocasión de hablar sobre los acontecimientos de aquel día. Lo de ser representante, que Sam estuviera de mi parte, etcétera. Lizzy me acabaría atosigando al respecto, pero no aquella noche. Gracias a Dios.

Mientras tanto, Lizzy debía de haberse retrasado. Recogí las copas de vino y la botella requerida que había metida en hielo en una mesa de hierro con muchos adornos. No íbamos a estar yendo y viniendo desde el hidromasaje.

Lo extraño era que la bañera de hidromasaje no estaba vacía, y la persona que había en su interior desde luego no era Lizzy.

—Martha —dijo Sam, levantando la cabeza del borde para evaluar mi bikini rojo—. Estás muy guapa.

—Gracias. —Dejé las copas y la botella junto a la bañera—. ¿Esto es una encerrona?

—No por mi parte. —Fruncí el ceño, poniendo mi expresión habitual—. Vengo aquí todas las noches al terminar de entrenar.

—Por supuesto que sí. —Solté un suspiro—. Es algo que sabría Lizzy.

Por un momento, Sam no dijo nada y se quedó con la mirada fija en mi cara como si pudiera leerme. Y probablemente podía.

—La brisa es fresca esta noche, pero el agua está buena y caliente. ¿Te vas a meter?

Asentí con la cabeza y bajé con cuidado los escalones hasta el agua burbujeante, que tal como me había prometido estaba maravillosamente caliente. La sensación era peligrosamente buena.

—¿Qué hay en el cubo? —me preguntó.

Me arrodillé en el escalón para inspeccionar la botella.

—Un puto champán Cristal. Está claro que es una encerrona.

—No dice gran cosa que haya que engañarte para que tengas que pasar tiempo conmigo —dijo, con falsa despreocupación.

—Ya sabes que no es eso.

—¿Seguro? Porque puedo marcharme si quieres.

Con la facilidad fruto de la práctica, descorché el champán, llené las dos copas y le ofrecí una.

—Sam, por favor, ¿podrías quedarte a tomar una copa conmigo?

—Vaya, Martha, me encantaría. —Su enorme mano tomó la delicada copa que le tendía. Todo en ese hombre era sólido, corpulento. No era mi tipo en absoluto. Al lado de Sam, yo sin duda parecía delicada. Aquello sonaba desternillante si se tenían en cuenta la cantidad de hombres que había asustado como para no tener una segunda cita. Me hacía desear saber más de anatomía para poder dar nombre a todos los bultos y protuberancias de sus hombros y brazos. Sus hombros y brazos húmedos y llenos de vapor—. Me estás mirando.

—¿Eh? —pregunté.

—Me estás mirando. Siéntate.

—Oh.

Me senté.

—No hace falta que frunzas el ceño.

—No lo estoy haciendo.

—Lo que tú digas. —Su voz sonaba ahora plácida y feliz. Arrugué más la frente. Con un brazo estirado sobre el borde de la bañera, Sam se llevó la copa a los labios y dio un sorbo. Hizo una mueca—. ¿De verdad te gusta esta mierda?

—Me es indiferente. ¿Por qué, qué bebes tú?

Dio otro sorbo, con mirada pensativa.

—Vino tinto, cerveza, *whisky* americano si me apetece licor.

—Lo de la cerveza y el *whisky* tiene sentido, pero nunca te habría tomado por un aficionado al vino tinto.

—¿No? Es bueno saber que todavía puedo sorprenderte.

—Ah, estás lleno de sorpresas últimamente.

Me quedé mirando al infinito, dando sorbos al champán. Entre él y la vista, lo último era lo que menos posibilidades tenía de meterme en problemas.

—¿Tú crees?

Ni de broma iba a seguir por ahí.

—¿Te das cuenta de que responder a una pregunta con otra pregunta es muy fastidioso?

—¿De verdad? —Lo miré con los ojos entrecerrados, pero él se limitó a reírse—. Tranquila, tranquila, Martha. Todo va bien. Relájate y bébete el champán.

—No me digas lo que tengo que hacer —repliqué, reclinándome y dando otro sorbo.

—¿Cómo ha ido el resto de tu día con Gib?

—Pues bien, la verdad. O sea, me tiró un par de guisantes sin muchas ganas durante la cena. Pero después me pidió a mí en vez de a Liz que le contara un cuento para dormir.

—Te dije que acabaría sintiendo cariño por ti. Tan solo necesitaba un poco de tiempo.

—Sí, supongo. ¿Dónde está tu compañero de piso, Adam? ¿Se ha ido a escribir otra desgarradora balada sobre sexo esporádico?

Sam resopló.

—No. Se ha ido a practicar sexo esporádico, creo. Le suena el móvil a todas horas. No puedo seguirle el ritmo.

—Ah, qué bonito es ser joven, estúpido y guapo.

—Sabes que tú no eres mucho mayor que él. Y, aunque has cometido algunos errores, nunca he pensado que no fueras inteligente —dijo—. Pero

siempre has sido guapa. Y siempre lo serás.

—Gracias. —Desvié la mirada, me tomé lo que me quedaba de champán y volví a llenarme la copa—. Es muy amable por tu parte.

—Los cumplidos siempre te hacían sentir incómoda.

—Para. No lo sabes todo de mí.

—No. Pero pretendo saberlo.

—¿Por qué?

Levanté la mano como para enfatizar la pregunta, y las frías burbujas del champán se deslizaron por mi piel. Era una lástima desperdiciar algo tan bueno, así que lo lamí. No podía haber imaginado cómo se oscureció su mirada mientras me observaba. Madre mía.

Se aclaró la garganta.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres saberlo todo sobre mí?

—Venga ya, Martha, te acabo de decir que eres inteligente. No me hagas ver que me equivocaba.

Me acurruqué en mi rincón del *jacuzzi*, aferrándome a mi bebida. No estaba a la defensiva, tan solo... de acuerdo, sí estaba a la defensiva.

—A lo mejor solo quiero oírte decirlo. Todos los demás parecen tener una jodida opinión sobre nosotros. ¿Quién se iba a imaginar que las estrellas del *rock* podían ser unos malditos cotillas? Todo el tiempo metiendo la nariz en los asuntos de los demás.

—Se preocupan por ti, eso es todo. —Sam dejó la copa a un lado, se puso de pie y se movió para sentarse junto a mí. Muy cerca de mí. Hasta nuestras rodillas se tocaban, en plan íntimo. Después me hizo volver la cabeza tomándome por la barbilla con sus dedos suaves y me obligó a mirarlo—. Déjame ver.

—¿Qué? —Con cuidado, él me quitó la mayor parte del corrector y maquillaje que tenía bajo el ojo derecho. Sus callos se deslizaban por mi piel de una forma que no resultaba desagradable en absoluto—. Puaj. No lo hagas. Está horrible.

—Tan solo déjame verlo.

—A lo mejor tendría que haberme puesto unas gafas de sol grandes a

todas horas y decirle a todo el mundo que estaba de resaca permanente. Seguramente se lo habrían creído.

—Entonces habrías conseguido que Jimmy te llevara a rastras a rehabilitación y se ofreciera a ser tu patrocinador.

—Es verdad —hice una mueca—. Tú fuiste el único de los que estaban ahí hoy que no se enfadó conmigo.

—¿Por aferrarte a tu bolso en lugar de dejar que el ladrón se lo llevara?

—Sí.

Me dedicó una media sonrisa.

—Martha, querida, estaba furioso de cojones. Pero no era ni el momento ni el lugar de entrar en ello con todos los chicos delante.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que... si fueras mía, te habría puesto el trasero rojo por lo que has hecho —dijo como si nada, de forma que daba miedo—. Pensar que un bolso era más importante que tu vida... —Me quedé con los ojos muy abiertos de sorpresa—. ¿Qué clase de tontería es esa?

—Supongo que no soy tan lista como pensabas.

—No. Lo que pasa que no sabes lo mucho que te quieren —me corrigió, acariciándome la mejilla con el pulgar. Aquel hombre me tocaba como si fuera un tesoro. Pero también como si ya fuera suya, y por alguna razón no me veía capaz de llevarle la contraria—. Para ser una mujer con tanto orgullo, Martha, tienes una opinión muy pobre de tu propia valía.

No sabía qué decir al respecto. Y, entonces, cuando de pronto me agarró por la cintura y me subió sobre su regazo, cualquier intento de coherencia por mi parte escapó por completo del *jacuzzi*. ¿Desde cuándo habíamos comenzado a sentarnos uno encima del otro?

—En cualquier caso, tú y yo vamos a empezar a practicar un poco de autodefensa juntos —anunció—. Para que si algo como eso vuelve a ocurrir en el futuro, sepas cómo reaccionar. Sin importar de qué puto diseñador sea el bolso que lleves.

—¿Me estás dando órdenes?

—¿Es que no estás de acuerdo con la idea?

—Bueno, no. Pero podrías habérmelo preguntado en lugar de decirlo de

ese modo.

—Me lo apuntaré en una nota para la próxima vez. Y ahora —dijo—. Creo que querías alguna clase de declaración por mi parte respecto a mis intenciones.

—¿Tus intenciones?

Sam sacó la botella de champán del cubo de hielo y me llenó la boca. Después, sus brazos me rodearon con fuerza antes de que pudiera hacer algún intento de escapar. Aquel hombre sabía exactamente lo que estaba haciendo. Pero si alguna vez un hombre tenía que tener un plan, ese era él.

—Bebe un poco más. Te hará sentir mejor.

—Estoy bien. O estaba bien donde estaba. ¿Qué estoy haciendo sentada sobre tu regazo?

—Nunca te gustó no tener control de una situación.

—Deja de actuar como si supieras lo que se me pasa por la cabeza todo el tiempo. ¡No lo sabes!

Él se rio entre dientes, y el sonido y la vibración de su fuerte pecho contra mi costado fueron demasiado agradables.

—Teniendo en cuenta que te estoy esperando desde hace casi un decenio, creo que tengo una idea bastante buena de lo que pasa dentro de esa preciosa cabeza tuya.

—¿Casi un decenio?

—Ajá. —Tomó un sorbo de mi boca y arrugó la nariz ante el sabor—. No, desde luego no creo que el champán vaya a gustarme de momento. En fin, ¿por dónde íbamos?

—Casi un decenio.

—Cierto. Pues...

—Eso no es posible.

—Pues claro que sí.

Negué con la cabeza. Nadie me había querido durante tanto tiempo, ni por asomo. David y yo apenas habíamos durado la mitad de ese tiempo antes de superarnos el uno al otro y romper de una forma particularmente desastrosa. Aunque, a grandes rasgos, había sido él quien me había superado a mí. Me había dejado muy atrás y básicamente olvidado. O, al menos, eso era lo que

me había parecido en ese momento. Desde entonces había salido con hombres durante un mes o dos como mucho. Después los dejaba antes de que pudieran dejarme ellos a mí, porque más vale prevenir que lamentar y sufrir. Sin embargo, con Sam tenía una extraña sensación de seguridad. Me proporcionaba exactamente la clase de refugio por cuya búsqueda había huido de Nueva York, si era totalmente sincera. La comodidad de los seres queridos, la familia y tal vez incluso los amigos. Cosas que no había tenido durante mucho tiempo. Cosas que no había sido capaz de conseguir por mí misma, lo cual era bastante irritante. Pero el hecho de tal vez necesitar a alguien, de dejarme ser vulnerable...

—Eso no tiene sentido —dije en voz baja.

—¿No?

Negué con la cabeza y di un sorbo a mi champán. No me hacía sentir mejor. Así que, vaya, pues Sam no lo sabía todo.

—Entonces, si esto tiene un decenio de antigüedad, ¿por qué estamos aquí ahora? Después de todo este tiempo.

—Tú siempre has sido solitaria. Independiente.

—Cierto.

—Pero, no sé. Parece que hay algo diferente en ti desde que has vuelto —dijo—. Nunca se me había ocurrido que no eras feliz con tu vida y con cómo iba...

—Sí, pero... ¿diez años?

—No te sacas eso de la cabeza, ¿verdad? Deja que te lo explique —dijo, respirando hondo—. Verás, cuando comencé a trabajar con los chicos, para mí todo era cuestión de trabajo. Mucha gente piensa que esa es la única forma de hacer lo que hago. Dedicación total. Veinticuatro horas al día los siete días de la semana. No piensas siquiera en tener una vida propia, y mucho menos una relación. Lo cual estaba bien a los treinta. Tú todavía estabas herida por lo de Davie, y necesitabas tiempo para recuperarte. Así que lo postergué. Me dije que era lo correcto.

—¿Relacionarte conmigo mientras yo también estaba trabajando para ellos no habría creado un conflicto de intereses o algo?

Levantó uno de sus grandes hombros.

—Posiblemente. Pero estoy seguro de que podríamos haberlo arreglado.

—Ah.

—Entonces te marchaste, te mudaste a Nueva York. Eso fue una golpe para mí, sinceramente.

—¿De verdad?

—Sí. Aunque seguías viniendo de vez en cuando. Además, había conciertos en la costa este, y tú normalmente ibas —dijo—. La cosa es que, cuando estabas por aquí, seguías furiosa. Toda cabreada porque David y Ev estaban juntos, tan felices y enamorados. Así que, evidentemente, seguía sin ser el momento adecuado. Pero no pasa nada. En lo que respecta a ti, ya estaba acostumbrado a tener paciencia.

Me bebí el champán. David me había escrito un álbum entero dedicado al asco que daba. Aunque los dos habíamos tenido nuestros fallos, no podía decir que estuviera equivocado precisamente. Así que, cuanto menos mencionara a mi ex, mejor.

Sam sonrió.

—Sin embargo, ahora las cosas parecen diferentes.

—¿En qué sentido?

—Pues ahora, cuando ves a Dave, solo pareces incómoda y un poco avergonzada por todo este asunto.

Me puse derecha de golpe.

—No, de eso nada.

—¿No? De acuerdo. Entonces, me he equivocado.

—En realidad no piensas eso. Tan solo estás tratando de apaciguarme.

—Esto es lo que yo creo... —Dio otro sorbo a mi copa—. Martha, querida, no voy a discutir contigo sobre mierdas que no importan. —Yo solo pestañeé—. Si me dices que no te preocupa estar cerca de Dave, pues estupendo. Estaré encantado de oírlo —dijo—. Lo único que me importa es que es evidente que ya no sigues colgada de ese tipo.

—Pues claro que no lo estoy.

—Y después está lo otro.

—¿Qué otro?

—La parte en la que no me has chillado para que te suelte ni has intentado

bajarte desde que te puse encima de mí hace unos buenos... oh, yo diría que ya son cuatro o cinco minutos. —Me quedé paralizada—. Es importante, ¿te parece?

—Lo he pensado.

—¿En chillar o en escapar? —preguntó con calma.

—En escapar.

—Pero no lo has hecho. —Me dio un suave beso húmedo en la frente—.

Muy valiente por tu parte, Martha.

—¿Por qué siempre me siento como si fuera una niña con una rabieta cuando estoy contigo?

—Desde luego, yo no pienso en ti como una niña.

—Sí, soy consciente de ello. La tienes muy dura y me la estás clavando en la cadera.

—Como te he dicho, llevo mucho tiempo esperándote. Tú no hagas caso. Dios sabe que yo lo estoy intentando —dijo—. En cuanto a lo otro, te gusta tener una buena rabieta de vez en cuando. Pero me gusta bastante cuando te pones borde. Me ayuda a mantenerme alerta.

Me terminé el champán y sostuve la copa para que me la rellenara.

—Mañana tienes el día libre, ¿verdad? —me preguntó, sirviendo el champán con precisión—. Porque vas a estar de resaca por la mañana como sigas bebiendo.

Me tomé el champán como una señorita.

—Llénamela otra vez.

—Soy tu sirviente en todas las cosas.

—Y una mierda.

—Se te iría esa bonita cabeza tuya del aburrimiento en menos de dos minutos si fuera la clase de hombre que pudieras pisotear. —Se rio entre dientes—. A lo mejor podrías contonearte un poco menos sobre mi polla, a menos que quieras acelerar la cronología de lo que está ocurriendo entre nosotros. Yo estoy dispuesto, así que en realidad solo depende de ti. Tan solo es una advertencia educada.

Me quedé paralizada.

—Espera un momento. ¿La cronología?

—¿Mmm?

—¿De verdad acabas de decir que hay una cronología?

—¿Qué? —preguntó él, aparentemente perplejo.

—A la mierda el rollo del exsoldado alfa grandote de la marina y obseso del control —gruñí—. Lo has hecho, ¿verdad? ¿De verdad has planeado el día exacto que crees que van a pasar cosas entre nosotros?

Ante eso, el hombre pareció dudar por una vez. En realidad, fue inteligente por su parte.

—No me atrevería a dar nada por hecho respecto a ti, mi amor.

—Oh, qué mentiroso eres. Déjame pensar... primero, una cita. Algún lugar agradable, una tarde íntima en un buen restaurante. —Me di unos golpecitos con la uña sobre los labios—. Unos cuantos movimientos románticos, agarrarme un poco la mano, y tal vez miradas profundas y significativas durante la cena. Y después, ¡toma! Sexo.

—Ah, bueno...

—Quiero decir que probablemente, en un mundo ideal, habrías preferido esperar hasta la segunda o tercera cita antes de irnos a la cama. Pero has estado esperando casi diez años, como la erección que me estás clavando en el costado no deja de recordarme. Así que, sí, follaremos después de la primera cita. —Lo saludé con la copa de champán antes de beber un poco más. Tenía la garganta muy seca, y mis niveles de adrenalina altos. Me hacía mucha falta—. Sobre ese mismo momento, tendrás una charla con los chicos para asegurarte de que todos estén al tanto de que tú y yo estamos juntos y a todos les parezca bien. Porque sois todos una manada de machos idiotas bien compenetrados que llevan demasiado tiempo corriendo juntos.

Él tan solo se limitó a mirarme. Aquel hombre tenía una cara de póker excelente. Pero yo sabía ver la verdad...

—Sí, lo más seguro es que vayas a tomar una cerveza con mi hermano para comenzar con el rollo avanzado de estrechar lazos para convertirnos un día en una familia. Después de eso querrás que comencemos a pensar en irnos a vivir juntos y tener nuestra propia casa —continuó. Porque eso es exactamente lo que todos harían. Y podría haber sido agradable ser como todos, pero yo nunca había encajado por completo, por más que lo intentara.

Tratar de ser normal terminaba inevitablemente en desastre—. Después, tras unos... mmm, digamos tres meses, nos iremos de vacaciones a algún sitio bonito como Hawái, y entonces me harás la pregunta. Ya has empezado a ahorrar para el anillo, ¿verdad? Lo más probable es que hasta lo hayas elegido ya. Admítelo, es verdad, ¿a que sí?

Mantenia la boca firmemente cerrada.

—Tú no eres el único que ha estado prestando atención, Sam —añadí—. Como empieces, eres igual que un robot con un palo metido por el trasero, con eso de organizarlo y planearlo todo. Pero yo no soy ni tu trabajo ni una misión de combate, amigo.

—¿Se le puede meter un palo por el trasero a un robot? Aunque supongo que depende del robot, ¿verdad?

—Cállate. Ya sabes lo que quiero decir.

—Entonces, ¿no te gusta Hawái? —preguntó con ligereza.

—No me gusta que me manden.

—Ya veo.

—Si vamos a hacer esto... —dije, y después dejé la copa a un lado y me bajé contoneándome de su regazo. Porque podía contonearme si me salía de las narices. Sus brazos me dejaron ir a regañadientes, y su mirada era tensa y observadora—, y no es más que una posibilidad... entonces, yo estoy al mando.

—Estás al mando —repitió de forma más lenta.

—¿Va a suponer algún problema?

Hizo una pausa.

—En absoluto.

—Esa es la respuesta correcta.

Le estaba bien empleado que lo dejara esperando. Eso sí, parecía una pena desperdiciar una erección tan magnífica. Además, en lo referente a tener contacto piel contra piel con ese hombre, al parecer mis necesidades eran muy apremiantes. Bastante urgentes. Y dado que era mucho más fácil lidiar con las necesidades físicas que con las emocionales, me subí otra vez a su regazo y me senté a horcajadas. Él me agarró por la cintura de inmediato y me sujetó con fuerza en plan protector. Mientras tanto, le acaricié sus

preciosos hombros. Él me recorrió con una mirada hambrienta que me provocó un cosquilleo en el coño. Apenas habíamos empezado y ya me tenía alterada. Sin lugar a dudas, aquel hombre tenía habilidades. Siempre era bueno saber por adelantado que no estabas perdiendo el tiempo.

—Y también se acabó toda esa tontería de la cronología —dije, y mi respiración sonó un poco más entrecortada de lo que me habría gustado.

—Tú te pones arriba. Comprendido.

—Bien. —Asentí con la cabeza, frotándome contra él. Toda la parte baja de mi cuerpo se tensó de necesidad, y la sensación era increíble de veras. Era mucho más seguro estar caliente que tratar de lidiar con asuntos del corazón —. Te estoy utilizando con fines sexuales, y eso es todo lo que va a pasar entre nosotros ahora mismo.

Levantó las cejas.

—¿Me estás usando con fines sexuales?

—Sí.

—Ah.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —pregunté.

—Bueno... siempre me alegra poder ser de ayuda. Cuando tú estés lista.

Clavando un poquito las uñas en su nuca, incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Es un reto eso que estoy oyendo, Sam?

—Martha, mi amor. —Su sonrisa era de puro depredador—. Puedes apostar a que sí.

CAPÍTULO 5

No soy de las que se dejan vencer, así que le metí la mano por la parte delantera de su ancho bañador y le agarré la polla. La piel caliente y la carne dura me ocupaba toda la mano. Mientras tanto, su mirada de ojos caídos permanecía clavada en mi rostro, haciendo sin duda lo posible por leerme. Pero yo estaba al mando. Él no. Y quitarme la parte de abajo del bikini y sentarme en él lo demostraba más que de sobra.

—Ma-Martha —tartamudeó, clavando los dedos en mis caderas casi con tanta fuerza como para dejarme moretones. Cerró los ojos con fuerza—. Joder.

Aquel hombre era grande. Más grueso de lo que esperaba. Sin duda hacía falta contonearse un poco. Jadeé, lo agarré del cuello con fuerza y presioné la mejilla contra la suya. Poco a poco, lo hice entrar en mí. También necesitaba un periodo de adaptación. Menuda mierda.

—Tan solo dame un momento.

—¿Que te dé un momento? —Cambió su forma de agarrarme, rodeándome con sus fuertes brazos—. Creo que me acabas de matar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿No se te ha pasado por la cabeza advertirme de alguna forma?

—¿Que te haya agarrado el pene no te ha parecido señal de que algo iba a pasar?

Su risa sonó desde la profundidad de su pecho, brutalmente baja y áspera.

Sus manos me acariciaron la espalda con firmeza, calmándome. Puede que hubiera un atisbo de posesión en su forma de tocarme, o puede que no. No lo sé. Tenía otras cosas en mi mente en ese momento. Como averiguar cómo hacer para respirar y que mi corazón siguiera latiendo con su enorme polla dentro de mí.

—Supongo que debería haber preguntado sobre la protección y tal —dije.

—Eso habría sido inteligente. —Más risas—. Estoy sano. Me hago pruebas habitualmente.

—Sí, yo igual, habitualmente. Siempre lo hago, te lo prometo.

—Lo sé. De lo contrario no te habría dejado agarrarme la polla sin una larga conversación primero.

—Entonces, ¿de qué demonios te estás quejando ahora? —Apoyé la cabeza sobre su hombro y me puse cómoda. Para ser un hombre tan duro, era increíblemente cómodo—. De verdad, Sam. Y que luego hablen de señales contradictorias.

—A la mayoría de las mujeres les gusta hacer un poco de preliminares, eso es todo.

—Ah, eso.

—Ni siquiera nos hemos besado. —Me pasó los labios por el cuello, cálidos y seductores. Me mordisqueó y me recorrió la piel con la lengua, encendiendo cada maldito nervio en mi interior—. Aunque no es que me queje.

—Hazlo otra vez.

Me obedeció y yo moví las caderas, elevándome y bajando un poquito. No había prisa, y poner a prueba su resistencia me atraía. Tiró de los lazos de la parte superior de mi bikini y desató el nudo. Enseguida me quedé tan desnuda de pecho como él, con los pezones erizados rozando sus duros pectorales y el vello de su pecho. Me pareció interesante darme cuenta de que, en cuanto a sensaciones, el pelo en el pecho había estado muy infravalorado. La mayoría de los chicos con los que había follado se afeitaban o se hacían la cera. Pero aquello era mucho más agradable.

Me puso una mano sobre un seno mientras la otra me sujetaba la nuca. Mucho mejor para guiar mi boca hasta la suya. No fue un primer beso formal.

Claro que supongo que ya estábamos probablemente muy lejos de esa etapa. Sus labios firmes presionaron con fuerza los míos, y su lengua húmeda se deslizó al interior de mi boca. Me besó con diez años de hambre y anhelo. Puede que yo lo supiera desde hacía tanto tiempo, pero le respondí de la misma manera. Nos poseímos el uno al otro. Nuestras bocas se fusionaron y nuestras manos se unieron.

Cuando terminó de amasar mi pecho, su mano se deslizó hacia el lugar donde estábamos unidos. Con la yema del pulgar me rodeó el clítoris, atormentándome y haciendo que todo se hiciera mucho más urgente.

—Eso es —murmuró.

Lo cabalgué con más fuerza, introduciéndome todo su grosor. Con él tocándome, prolongar las cosas ya no era una opción. Era evidente que alguien le había dado a ese hombre un mapa de mi cuerpo. O simplemente es que era así de bueno. En cualquier caso, mi vagina se tensó a su alrededor. Todo en mí se volvió imposiblemente tenso, y entonces, ¡bum! Una explosión orgásmica. Fue como si hubiera un Big Bang otra vez. Me corrí más fuerte que nunca antes en mi vida. Tenía el cuerpo tembloroso, con todos los músculos estremeciéndose. Todas las benditas hormonas me recorrieron por dentro y me enviaron al cielo.

—Dios. —Sujetándome las caderas con fuerza, me golpeó contra él una y otra vez. Hasta que, finalmente, él también se corrió—. Martha.

Si no hubiera estado ocupada mordiéndole el hombro, tal vez le habría respondido. Pero lo dudaba. Tenía la mente en blanco, y cada parte de mí estaba flotando y al mismo tiempo parecía extrañamente pesada del desfallecimiento. Era posible que no fuera capaz de bajar jamás. Su cuerpo temblaba, frotando la pelvis contra mí. Estábamos pegados el uno al otro, sin un milímetro de espacio entre nosotros. Mis brazos lo rodeaban por el cuello con fuerza. Posiblemente ahogándolo. Pero, la verdad, esos eran los riesgos de hacer que una mujer tuviera un orgasmo tan fuerte.

Y con tanta facilidad. Joder.

La próxima vez, le haría currárselo más. Probar un par de posiciones diferentes y ponerlo a prueba de verdad. Sí, eso es. Utilizar a Sam con fines sexuales podría ser la mejor idea que había tenido en toda mi vida. O tal vez

la peor, teniendo en cuenta lo tremendamente adictivo que podría volverse el sexo con él. Tal vez debería respirar hondo antes de ponerme ya a planear mentalmente el siguiente encuentro.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó, con sus hábiles dedos masajeándome la espalda y frotándome el cuello.

—En nada —mentí—. Ni siquiera se te ocurrió preguntarme si tomaba anticonceptivos.

Él se encogió de hombros.

—Un bebé no estaría mal. Después de todo, yo no voy a ser más joven.

—No puedes haber dicho eso. —Me senté más erguida, espantada. Tardé un momento en desenredarme de él y otro más en encontrar la parte superior de mi bikini—. Un bebé... No me jodas, Sam.

—¿Es demasiado? —Su sonrisa era leve pero traviesa. Muy traviesa—. Creo que serías una madre maravillosa. Mira lo buena que eres con Gib.

—Tomo anticonceptivos, muchas gracias.

—Pues claro que sí. Tan solo era una idea. Pero en la cronología sigue estando dentro de un año o así.

Teniendo en cuenta los esfuerzos que estaba haciendo por fulminarlo con la mirada, su expresión magnánima era irritante de narices. Mientras él se volvía a poner el bañador, yo me concentré en colocarme bien el bikini. Porque sería maravilloso que alguien mirara por la ventana y me viera medio desnuda. Totalmente maravilloso. Tal vez tener relaciones sexuales casi en público en el *jacuzzi* de mi hermano no había sido la mejor idea del mundo. Sobre todo porque había hecho que Sam empezara a hablar de niños, nada más y nada menos. Aunque el orgasmo había sido increíble.

—Tranquila, Martha —dijo—. Tan solo estoy de broma. Por supuesto que no estás lista para hablar de hijos... todavía.

Me quedé con la boca abierta de verdad esa vez.

—Te he dicho que solo te estaba utilizando con fines sexuales.

—Y eso has hecho.

—Eso es. Solo sexo.

—De acuerdo, entonces.

Se puso las manos por detrás de la cabeza, tan tranquilo. No distraerme

por cómo su postura hacía que sus músculos se marcaran fue más difícil de lo que debería. Sobre todo teniendo en cuenta lo enfadada que estaba. Di gracias a Dios por el champán. Tomé la copa, que estaba enfrente, en un lugar seguro y bien lejos de él. Ningún hombre había parecido disfrutar tanto al molestarme. Aunque no solo me había molestado. Me había cabreado con todas sus ganas, y después se había recostado para aplaudir mientras yo echaba humo. Para que luego digan que la edad te da sabiduría. La gente está muy equivocada.

—Cómo te gusta remover la mierda —gruñí.

—Lo siento, amor.

—Deja de llamarme así —repliqué—. Y si alguna vez vuelves a repetir esa bobada de tener hijos, no voy a volver a follar contigo jamás.

—Eso sería muy triste. Pensaba que para ser la primera vez no lo habíamos hecho tan mal.

Se hizo un silencio entre nosotros. Las estrellas centelleaban. Di unos sorbos a mi champán y traté de volver a encontrar mi felicidad postorgásmica.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor?

—Sé que sí.

—Mmm.

Cruzó el *jacuzzi* chapoteando y se detuvo cuando mi mano extendida le golpeó el pecho.

—¿No tengo permitido mostrarte afecto después del sexo?

—A. Me gusta tener mi espacio. B. Me has cabreado.

Sin embargo, en lugar de retroceder, permaneció allí acariciándome la mano y jugando con mis dedos. Los mismos que lo mantenían a raya. Qué hombre tan ridículo, comportándose de pronto como si fuéramos una pareja o algo así. O eso, o era muy decidido.

Su mirada era suave cuando la dirigió a mí, demasiado cálida.

—Como te he dicho, llevo mucho tiempo esperándote. Estaba ansioso. La próxima vez será mucho mejor, te lo prometo.

Algo mucho mejor podría matarme. En cualquier caso, me parecía una idea atractiva.

—Lo pensaré.

—Hazlo, sí.

—Ahora me voy a ir a la cama. Sola.

Y, aunque subir por el borde de un *jacuzzi* empotrado con un bikini tal vez no fuera la salida más elegante, desde luego era la más conveniente. Con lo efusivo que se sentía Sam, probablemente querría que nos diéramos un abrazo, lo cual sería engañoso para las partes involucradas. No era eso lo que éramos. Fuera lo que fuese exactamente.

—Buenas noches, amor —dijo contento. Al parecer no se dejaba amedrentar.

—Deja de llamarme así —siseé, recogiendo los restos de la botella de Cristal por el camino. Sería una pena desperdiciarla, y necesitaba algo que me calmara.

Detrás de mí, él se rio entre dientes, divirtiéndose un montón. Menudo imbécil. Como muestra de gran madurez y elegancia, no le presté atención y me largué a toda prisa. Tenía el mal presentimiento de que tal vez no fuera yo quien ganara en un enfrentamiento verbal. Tal vez toda la información, las emociones y el sexo me habían nublado el cerebro. Al día siguiente sería capaz de manejar mejor las cosas. Con una perspectiva más inteligente.

Dentro de casa, a Lizzy no se la veía por ninguna parte. Una segunda botella de Cristal esperaba en mi mesita de noche, junto a unas cuantas velas para dar luz ambiental. Probablemente creyera que nos había preparado un gran nidito de amor a Sam y a mí. Como si eso fuera posible. Ya hablaría con esa maquinadora más tarde.

Y no me quedé despierta durante horas, con el ceño fruncido mirando al techo mientras pensaba en él. Eso hubiese sido estúpido. Sin embargo, por alguna razón el sueño no llegaba. Pero seguro que no tenía nada que ver con él. Porque, fueran cuales fuesen los planes originales de Sam, tan solo nos estábamos utilizando el uno al otro con fines sexuales. Por lo tanto, no podía haber ninguna razón para que yo me asustara por su charla sobre una relación. Era solo sexo. Nada más. Nada menos. Solo sexo muy bueno. Al parecer, mejor del que habíamos tenido esa noche, y eso que había sido bueno de narices. Aunque tal vez solo presumía. Sin embargo, como mi

hermano había dicho, Sam no era de los que decían cosas que no pretendían decir.

Mmm.

Dado que no podía dormir, bebí un poco más de champán, ¿por qué no? Desgraciadamente, fue entonces cuando ocurrió lo malo.

—He oído que vieron a alguien saliendo a escondidas de la casa de la piscina esta madrugada. —El baterista sonrió. Lo más probable era que la encargada de la casa me hubiera delatado. Por alguna razón, pensaba que Mal era un encanto—. Trabajas rápido, Marty. Buena chica.

Jimmy simplemente parecía divertido ante la noticia. Sin embargo, David y Ben me lanzaron miradas de asombro. Qué hipócritas. Como si ninguno de ellos hubiera copulado en toda la historia del espacio y el tiempo. Mi hermano incluso había dejado infamemente embarazada a la cuñada de entonces veintiún años de Mal. Aquello había causado toda clase de problemas entre el grupo y su cohorte de seguidores. Sam y yo apenas éramos una noticia en comparación con ese escándalo.

Con tres niños de menos de tres años correteando por allí, decirle a ese hombre que se fuera a la mierda quedaba descartado. Por desgracia. Sin embargo, le dirigí una sonrisa llena de dientes afilados.

—Vaya, gracias, Malcolm. Ya sabes cuánto aprecio tu opinión sobre estas cosas.

Gibby, junto a las gemelas de Jimmy y Lena, estaban construyendo torres de bloques tan deprisa que no era capaz de seguirles el ritmo. El poder creativo y destructor de los niños pequeños era impresionante. Y también la cantidad de espacio por la que eran capaces de esparcir sus juguetes. Me senté en el suelo, cerca de ellos, haciendo lo posible por contenerlos en un rincón de la habitación. Pero, madre mía, yo no era rival para su euforia absoluta. Había bloques por todas partes.

Como el grupo estaba dando los últimos retoques a algunas canciones nuevas, todos estaban presentes. Incluso Adam había estado por allí,

haciendo las veces de chico de los recados y de encargado de transportar y montar el equipo. Afinaba las guitarras e iba a buscar las cosas, todo mientras evitaba mi mirada siempre que era posible. Me venía bien. Cuanto menos se dijera sobre la noche anterior, mejor. Al menos, Sam había estado ocupado organizando la seguridad para un concierto benéfico de la semana siguiente y todavía no había aparecido.

Pero, por supuesto, Mal todavía no había terminado ni de lejos.

—Pobre Adam. ¿Pudiste dormir algo siquiera? ¿Son delgadas las paredes de la casa de amor de la piscina?

Adam solo me dedicó una mirada de preocupación.

—Yo no he dicho nada.

Ay, Dios.

—¿Que no has dicho nada sobre qué exactamente? —preguntó Mal, haciendo girar una baqueta en una mano—. No estarás ocultándonos nada, ¿verdad? —El chico se quedó paralizado—. No se puede ocultar nada a los compañeros de grupo. Eso no mola.

Él frunció el ceño.

—Yo actúo solo.

—Sí —asintió Mal—. Pero yo voy a tocar en tu álbum con mi nuevo y estupendo nombre secreto, Baquetas McGee. Es ingenioso, ¿verdad?

—Es lo más estúpido que he oído jamás. —Ben ni se molestó en levantar la mirada desde donde se encontraba tomando notas en un cuaderno de papel—. Vas a tocar sin créditos, como hemos decidido. No quiero que le quiten ninguna atención a Adam. Es su álbum de presentación.

—Muy bien, lo que tú digas. Pero sigue teniendo que decirnos lo que sabe. —Dado que los dos tenían más o menos la misma altura, Mal no podía cernirse sobre el chico. Pero, desde luego, lo intentó. Presión de grupo en todo su esplendor—. ¿Marty es de las que gritan? ¿Le gusta hacer ruidos de animales de granja en la cama? O, si no, ¿le dijo cosas desagradables durante el sexo e hizo llorar a Sam? Venga, ¿qué pasó? Puedes contármelo.

Mis manos se cerraron formando puños.

—Mal...

—¿Qué? No —tartamudeó Adam—. Tan solo... O sea, ni siquiera es para

tanto... tan solo fue un accidente.

—Ni una palabra más. —Por lo general, la violencia no era lo mío. Pero me entraron ganas de darle un puñetazo a alguien—. Lo digo en serio.

Ben negó con la cabeza.

David parecía algo confuso.

Jimmy tenía ahora una enorme sonrisa.

—¿Qué has hecho?

—Nada —mentí con demasiada vehemencia—. ¡No ha pasado nada!

—Adam, muchacho. —Mal seguía haciendo girar la baqueta de forma amenazadora—. No me hagas utilizar las baquetas de la muerte contra ti. No es una forma agradable de morir.

Los niños se rieron y aplaudieron ante la exhibición del idiota del baterista. Como si necesitara que lo animaran. Pero la mirada de Adam no dejaba de pasar de Mal a mí, tratando de decidir la ira de cuál de los dos sería más fuerte y terrorífica. Y, como era Mal quien estaba más cerca, perdí yo.

—Tan solo se equivocó de habitación, eso es todo —Balbució el muchacho al fin—. Pensó que mi cuarto era el de Sam y entró un poco borracha, a trompicones.

Bajé la cabeza y me cubrí la cara. De modo que me perdí a Sam entrando a zancadas en la habitación y valorando la situación en un instante. O tal vez había oído nuestras voces.

La carcajada de hiena de Mal se oyó en toda la enorme habitación.

—Ay. Dios. Mío. Pobre cosita inocente, teniendo que enfrentarte así a la lujuria de Marty, solito y en la oscuridad. ¿Pasaste mucho miedo? Sé que yo lo habría pasado. Cuéntame más.

Sam soltó un suspiro y se agachó detrás de mí. Lo que debería haber sido un consuelo no sirvió de nada, dado que se lo tuvo que decir por fuerza.

—Entonces, le dio una palmada en el trasero y le dijo que era hora de darse un revolcón. Sin embargo, por suerte yo la había oído entrar en el edificio y pude intervenir.

—¿Qué hiciste, Sam? ¿Qué hiciste?

—Cargué con la señorita ligeramente embriagada en cuestión sobre la espalda y le dije al joven Adam que se volviera a dormir y que yo me

encargaría de la situación —dijo Sam, a quien ahora odiaba oficialmente. Por desgracia para mí, era un antiguo oficial del ejército en la marina, así que, cuando traté de clavarle el codo, él tan solo me lo sujetó y me dirigió una sonrisa—. Lo siento, amor. Pero me temo que esta historia iba a salir a la luz de todos modos. Sobre todo cuando Adam abrió la boca y Malcolm se enteró. Será mejor que lo sepan ya, se echen unas risas y después sigan adelante con sus vidas.

—¿Cómo has podido hacerlo? —gruñí.

—Todo va a salir bien.

—No van a dejar que me olvide jamás de esto.

Mi hermano negó con la cabeza, murmurando algo sobre no querer ni necesitar saber nada de mi vida sexual. Yo tampoco había querido que él ni ninguno de los demás lo supiera. Y ni siquiera era capaz de obligarme a ver la expresión de David. Pero, mientras que Jimmy tuvo los buenos modales de al menos apartar la cabeza para reírse, Mal estaba directamente llorando de risa.

—La verdad es que no —dijo—. Vamos a tocarte las narices con esto por siempre jamás.

—No, no vais a hacerlo —replicó Sam tranquilamente—. Porque, como lo hagáis, os voy a hacer daño por accidente alguna vez, cuando menos lo esperéis.

—¿Va-vas a hacerme daño?

—Sí.

—¿Estamos hablando de algo malo, en plan sangre y tal? —preguntó Mal—. ¿O solo un poco malo, tipo pisarme los dedos o algo así? Porque probablemente eso merecería la pena.

—Lo primero.

Ante eso, la alegría de Mal desapareció.

—Dios mío, qué duro. De todos modos, no entiendo cómo podrías hacerlo por accidente.

—Tú no te preocupes. Ya encontraré la manera.

—No va a funcionar jamás. Somos intocables. Nos protege un guardaespaldas de la hostia. Ya sabes a quién me refiero, ¿cómo se llamaba?

Échame una mano.

—Me pagáis para que os proteja de otra gente —gruñó el guardaespaldas—. No de mí mismo. Y no me gusta que nadie cabree a mi mujer, ¿lo entiendes? —Mis hombros se tensaron ante sus palabras—. Pues entonces, ya está, no se va a volver a mencionar esto jamás. —Sam me puso una mano sobre el hombro y me lo frotó ligeramente—. Todos cometemos errores. Ya es momento de pasar página.

—Pues esto no mola. No creo que me guste que Marty y tú os hayáis liado después de todo —dijo Mal, con las comisuras de los labios ligeramente hacia abajo—. Todavía voy a contarle a Anne todo lo que pasó anoche, y no vas a poder evitarlo, porque es la monda. Después de todo, supongo que lo dejaré estar. Pero solo porque soy un ser humano maravillosamente comprensivo, y no porque me hayas amenazado con hacerme daño físico.

—Gracias, Malcolm. Sabía que podíamos confiar en tu discreción.

Hubo varias gargantas aclarándose, y al final se acabaron ocupando de sus propios asuntos otra vez. Sam, sin embargo, se quedó agachado junto a mí.

—Estás manchada de rotulador.

—Gib decidió que quería dibujarme encima —le expliqué—. Para hacerme tatuajes como los que tienen su padre y sus amigos.

Sam se inclinó para inspeccionar el trabajo artístico.

—Es una idea interesante. Aunque tu cara ya es lo suficientemente bonita sin lo que quiera que se supone que es esto.

—Al parecer, es un tractor. No me puedo creer que se lo hayas dicho. —Me frotó los hombros tratando de calmarme, pero fracasó de forma miserable—. Cualquiera podría haber cometido el mismo error. Ni siquiera me había emborrachado tanto. Es solo que estaba muy oscuro y no quería despertar a nadie. ¿Cómo iba a saber yo que le estaba dando una palmada al trasero equivocado?

Sam sonrió con actitud comprensiva. Si había algún atisbo de diversión en su mirada, decidí no hacerle caso. Al menos por esa vez.

—Se suponía que esto que ha pasado entre nosotros iba a ser secreto —dije—. Privado.

—¿Alguna vez has sabido de algo que sucediera cerca de todos estos y

siguiera siendo privado?

Me limité a fruncir el ceño.

Comenzó a sonar la música, y los niños jugaban, y mi mente era un maldito desastre. Pero Sam esperó con tanta paciencia como siempre. Fuéramos lo que fuésemos, aquel no era el lugar para hablarlo. Aunque tampoco tenía muchas ganas de discutir la situación entre nosotros. Después de todo, no tenía nada de malo ser amigos con derechos.

—No estás avergonzada de mí, ¿verdad? —me preguntó.

—No —dije, algo molesta—. No es eso, en absoluto. Lo que ocurre es que... Dijiste que yo era tu mujer. ¿A qué vino eso?

—Ah, tan solo estaba utilizando términos que entendieran para asegurarme de que no te mortificaran. —Apartó las palabras con un gesto, como si no fueran más que un insecto molesto—. No es nada.

Solo que en parte sí lo era. Pero ya había habido suficiente drama durante el día sin que yo estallara. Contrariamente a la opinión popular, yo no pretendía ser el centro de atención. A las tipas de mi clase lo que nos gusta es salirnos con la nuestra. Pero eso no significa que tenga que salirme con la mía con todo el puto mundo mirando. Una pequeña diferencia, pero importante en mi vida.

Al menos, Gibby y las gemelas habían estado demasiado ocupados jugando como para prestar atención y aprender alguna palabra inapropiada. Eso suponía un pequeño alivio.

—Deja de enfurruñarte, amor. Todo está bien.

Di un suspiro, me tranquilicé y relajé la expresión cabreada que debía de tener en la cara. Ni siquiera era capaz de enfadarme con él por el apelativo cariñoso, aunque logré murmurar un:

—Deja de llamarme así.

—Perdona.

—Respiré hondo.

—Y no estoy avergonzada de ti. Jamás estaría avergonzada de ti. Es una idea absurda.

—Hostia puta —dijo Mal, acabando la canción con un toque de percusión y señalándonos con una baqueta—. Oye, ¿habéis visto eso? Es como si fuera

un domesticador de Marthas. Podría haber jurado que iba a explotar, pero Sam ha conseguido calmarla como si nada. Ni siquiera tú eras capaz de hacer eso, Davie.

—Malcolm —advirtió Sam, serio.

—Lo siento, lo siento. Me estoy ocupando de mis asuntos.

—Ya está bien por hoy —sentenció Ben—. ¿Podemos volver al trabajo ya?

Sam me dio un beso en la cabeza. Delante de todo el mundo. Noté las miradas de curiosidad sobre nosotros, pero no podía parecer indiferente. Aquella sí que era una situación que se me escapaba de las manos. Y ni siquiera habían pasado veinticuatro horas desde que habíamos tenido esa especie de discusión sobre nuestra pseudorrelación. Las cosas estaban ocurriendo demasiado deprisa. Lo único que había querido era subirme encima de él y utilizarlo como mi juguete sexual personal. Dios, como para hablar de complicaciones. A lo mejor deberíamos bajar un poco el ritmo.

—Estamos bien, ¿verdad? —le pregunté—. Quiero decir que si todavía somos amigos.

—Pues claro que sí. Ahora hasta sabes cuál es mi habitación, para cuando te sientas con ganas. —Su pulgar rozó el dibujo de Gib. Después dirigió una mueca rápida a mi moratón, que ya se estaba desvaneciendo—. Tengo que volver al trabajo. ¿Nos vemos después?

Entonces Ziggy entró y lo llamó para que lo acompañara a encargarse de algo. No pudo haber mejor momento. No sabía qué responder.

CAPÍTULO 6

El primer problema con Sam era que, cada vez que me acercaba a sopesar la posibilidad de que tal vez hubiera un «nosotros», hacía algo para asustarme. El segundo era que se negaba a jugar siguiendo las reglas. Mis reglas.

—Acordamos que yo estaría al mando. Pero no me siento como si lo estuviera —jadeé, golpeando el saco de boxeo con las manos cuidadosamente protegidas. Liz y Ben se habían llevado a Gib para ver la última película infantil. Incluso Adam había salido aquella noche. Teníamos la casa para nosotros solos, pero Sam había decidido que debíamos pasar el rato en el gimnasio—. Como me parta una uña, no me va a hacer ninguna gracia.

Situado detrás del saco, Sam lo mantuvo firme.

—No les va a pasar nada a tus uñas. Pero no tendría mucho sentido que estuvieras al mando durante tus clases de autodefensa, ¿verdad?

—Supongo que no.

—No pongas morritos. Ya te pondrás al mando después.

—No estoy poniendo morritos. —Golpeé el saco sin mucho entusiasmo con los puños haciendo un movimiento tipo «uno, dos».—. ¿Va a ser igual que cuando supuestamente estaba yo a cargo pero tú me sacaste a rastras de mi habitación para venir a hacer esto?

—No te saqué a rastras de tu habitación. Después de todo, tampoco es que estuvieras ahí dentro escondiéndote de mí, ¿verdad?

—No —le mentí—. Tengo los brazos cansados. Los hombros también me

duelen.

—Lo has hecho muy bien. —Sonrió y me dio la vuelta para masajearme la espalda. Era algo que se le daba excepcionalmente bien—. ¿Cuáles eran los tres puntos de ataque?

—Ojos, garganta y entrepierna.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer con el bolso?

—Dejar que el ladrón lo coja sin enfrentarme a él.

—Buena chica.

Estaba de espaldas a él, de modo que no podía verme el ceño fruncido.

—No es porque valorara el bolso más que mi vida, ¿sabes? Es solo que era mío. Tienes que luchar por lo que es tuyo en este mundo si no quieres que la gente te pisotee.

—Buen argumento.

Hubo un silencio.

—¿Pero...?

Más silencio. Y, entonces:

—¿Alguna vez has leído algo de Miyamoto Musashi?

—¿Debería haberlo hecho?

—Es un poeta guerrero del siglo diecisiete. Un samurái.

—Ah, ese Miyamoto Musashi. Sí, por supuesto que sí. Tengo todas sus obras arriba, en mi maleta.

Él no hizo caso de mi sarcasmo y continuó con el masaje. Y, al parecer, también con la lección de historia.

—Hay algo de debate sobre si Musashi fue el mejor espadachín de todos los tiempos. Pero lo que nadie cuestiona es su juicio. Estudiaba a sus rivales durante años y los desafiaba solo cuando estaba bien preparado, sin permitir nunca que su ambición nublara su elección. Porque una mala decisión de oponente o de momento y podría morir.

—Hay alguna lección en todo esto, lo sé.

—Si uno de los mejores guerreros de todos los tiempos necesitaba tiempo para aprender a elegir sus peleas, entonces tal vez tú también puedas.

Solté un suspiro.

—De acuerdo. Mensaje recibido. —Clavó los pulgares en un punto

particularmente necesitado en mi cuello y solté un gruñido de placer—. ¿Por qué no hiciste esto anoche, en la casa de la piscina?

—Porque estabas borracha y necesitabas dormir la mona.

—Eso es lo que más me irrita de que Adam abriera la boca y lo contara. Ni siquiera pasó nada después —dije—. Ni hubo polvo ni hubo nada, Sam.

Se rio entre dientes mientras sus hábiles dedos bajaban por uno de mis brazos trabajándome los músculos doloridos. Por supuesto, aquello requería que se pegara a mi espalda. Se me puso la piel de gallina a lo largo de la columna vertebral. Ojalá la sensación de su cuerpo contra el mío no fuera tan buena... Hacía que resistirme a él resultara casi imposible.

—¿De dónde viene toda esta tensión? —me preguntó mientras me frotaba la muñeca antes de pasar a la palma de la mano, quitándome la cinta mientras tanto—. ¿Has tenido un día duro, mi amor?

—Vas a insistir en llamarme así sin importar todas las veces que te pida que no lo hagas, ¿verdad?

—Lo siento. Es que se me escapa. ¿De verdad te molesta tanto?

Me encogí de hombros, sin ganas de responder, o tal vez incapaz de hacerlo. No lo sé. Su boca húmeda me provocó en el cuello mientras me masajeaba con los dedos antes de pasar al otro brazo. Me mordisqueó los sensibles lóbulos. Me provocaba un cosquilleo enorme.

—Estoy sudada.

—Me gustas sudada —dijo con voz más baja de lo habitual. El tipo estaba sin duda caliente, como daba a entender su polla, que se estaba endureciendo contra mi trasero. Hacía que fuera imposible no apretarme contra él. Los músculos de sus brazos se flexionaron, abrazándome más fuerte mientras continuaba con el masaje. No tenía ninguna duda de la habilidad multitarea de Sam—. Siento haberme resistido a ti anoche.

—Tú y tu fastidiosa moralidad. Aunque probablemente fuera lo correcto, con lo borracha que estaba. —Solté un suspiro y eché la mano atrás para acariciarle el pelo incipiente que tenía en la parte posterior de la cabeza, afeitada, y los gruesos músculos de su cuello. Aproveché cada oportunidad que tuve para tocarlo y apretarlo. Sinceramente, la reacción de mi propio cuerpo al suyo era una locura. Ya me estaba doliendo todo por dentro por la

necesidad, como si llevara años sin tener relaciones sexuales—. De todos modos —dije—, tal vez yo debería resistirme a ti del mismo modo.

—Lo cierto es que no quieres hacer eso, amor. —Parecía muy seguro de sí mismo—. Nos divertimos demasiado juntos cuando nos portamos bien.

—Tal vez.

—Sin duda. Me gusta tu sujetador deportivo.

—No es nada del otro mundo.

—Tal vez no —dijo—. Pero la mujer que lo lleva sí.

—Qué bien te ha quedado, Sam. Estoy impresionada. ¿Esa puerta tiene cerradura?

—Las mentes brillantes piensan igual. Ya la cerré cuando entramos. —Trazó una línea de besos por el lateral de mi cuello y deslizó una mano bajo la cinturilla de mis pantalones cortos. Puede que tuviera los dedos muy gordos, pero desde luego eran diestros. Primero me cubrió el pubis con la mano, toqueteando los labios con suavidad—. Tienes un coño muy dulce, amor. Qué suerte tengo de ser el hombre que puede jugar con él.

Sonreí.

—¿Dulce? ¿Y tú cómo lo sabes? Si ni siquiera lo has probado.

—La verdad es que en eso tienes toda la razón.

Me levantó con sus fuertes brazos y me dejó tumbada sobre un banco de ejercicios o como quiera que se llamen esas cosas. Me bajó los pantalones cortos y la ropa interior. Las zapatillas eran un incordio para sacarme la ropa, así que también tenía que quitármelas. Haciendo un ruidito que sonaba a gruñido impaciente, Sam se ocupó de ellas y de los calcetines, y después de la ropa. Lo tiró todo de cualquier manera por encima del hombro. Nunca había visto a un hombre con tanta prisa por llegar a mí. Al final solo me quedé con el sujetador puesto. Se arrodilló en el extremo del banco, me separó las piernas con las manos y se detuvo.

Se detuvo, mierda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, estirando el cuello para ver.

—No quiero correr.

—Bueno, pues yo sí.

—Shh, tranquilízate. —Me acarició la parte externa de los muslos y me

colocó las piernas con suavidad sobre sus anchos hombros. Y, mientras tanto, se quedó mirando fijamente mi vagina como si estuviera embelesado o algo así—. Eres preciosa, Martha. Cada parte de ti. Quiero que te sientas adorada.

Ah.

—Gracias. —Me besó el interior del muslo, pero no avanzó más—. ¿No podrías sacarle una foto con el móvil y ya lo adoras luego?

—Qué idea tan maravillosa. También haré eso.

Solté un gruñido.

—Sam...

Sonrió rápidamente, bajó la cabeza y me lamió la parte central. Dios. Arqueeé la espalda y cerré los ojos. Ya estaba mojada cuando había comenzado a tocarme, pero ahora estaba empapada. Clavó los dedos en mi carne, manteniendo mis piernas separadas para poder alimentarse. Porque aquel hombre me devoraba como si se muriera de hambre. No podía haber otra descripción. Algunos tipos solo te daban un lametón o dos y después pasaban a la siguiente puta tarea de la noche, como si ya hubieran marcado la casilla del chico bueno y hubieran conseguido su recompensa. Pero Sam no era así. Él lamía, acariciaba y en definitiva me volvía loca. Si toda la parte superior de su cuerpo acababa llena de mis fluidos no me sorprendería lo más mínimo.

Era evidente que a ese hombre le encantaba comérselo a una mujer.

Bueno, al menos, a esta mujer.

Arrastraba la lengua, escarbaba, la movía en círculo y la deslizaba por encima y alrededor de las partes pertinentes de mi anatomía. Como si necesitara aprenderme por dentro y por fuera para algún examen que tuviera más tarde. Sin lugar a dudas, lo habría aprobado con la máxima puntuación. El primer orgasmo me golpeó con fuerza y me dejó temblando de pies a cabeza. El segundo me atravesó como una oleada de éxtasis. Olvidados quedaban los masajes para la relajación total del cuerpo y los músculos. A menos que fueran los masajes que me hacía la lengua de Sam en el coño. Cualquier día firmarí encantada por uno de esos.

—Y eres especialmente hermosa —dijo con una sonrisa, secándose la cara con la mano— justo después de correrte.

Me quedé tumbada en el banco, todavía retorciéndome, observándolo mientras se quitaba la camiseta y los pantalones cortos. Menuda vista. Su polla, dura como una piedra, apuntaba al techo cuan larga era. Y la deseaba, de verdad que lo hacía. Pero había un pequeño problema.

—No estoy segura de que pueda moverme.

—Deja que te ayude. —Me levantó del banco con tanto cuidado que rodearlo con las piernas simplemente parecía de buena educación—. ¿Te parece bien contra la pared? El banco no está a buena altura, y el suelo es un poco áspero aquí. No me gustaría que la moqueta te hiciera daño en tu delicada piel.

—La pared está bien.

—Excelente.

Con la espalda contra la fría superficie plana, colocó la polla entre nosotros y situó su ancho y enorme glande contra mi abertura. Esta vez hubo menos necesidad de contoneo, dado lo húmeda que estaba. Comenzó a entrar, haciéndome caer lentamente sobre mí. Dios, la sensación de estar llena, todo él dentro. Veinticuatro horas eran demasiadas sin eso. Presioné mis labios contra los suyos, besándolo profundamente y con ansia. No había necesidad de jugar. No había preocupación sobre si me quería pegada a su piel, toda sudorosa.

Sam me conocía y me deseaba. Pero cuánto lo haría daba un poco de miedo, la verdad.

Flexionando las caderas, me folló una y otra vez. Cada embestida, perfectamente calculada, me dejaba sin aliento y hacía que me explotara la cabeza. Tensó los dedos sobre mi trasero y los clavó para mantenerme en mi sitio. Me tenía firme contra la maldita pared. Pero no dejaba de cambiar de postura de forma sutil, como buscando algo. No me di cuenta de qué hasta que golpeó algo dentro de mi coño que hizo que todo mi cuerpo se tensara.

—Ahí vamos —dijo.

—Madre mía. No sabía que los soldados follaran así.

—No seas tonta. —Me sonrió—. Esos son los del ejército. Yo soy de la marina.

Después se dispuso a follarme hasta dejarme sin palabras. Una y otra vez,

golpeó ese lugar perfecto y me hizo volar más alto con cada embestida. Me aferré a él, esforzándome por respirar, con el cuerpo y el corazón descontrolados. En cuanto a mi cerebro, era como una papilla. Más rápido y más fuerte, me folló contra la pared taladrándome el punto G. No se detuvo hasta que volví a correrme, gritando un nombre. El nombre de alguien. No vamos a entrar en ello. No importaba. Sus caderas me golpearon y enterró la polla profundamente mientras se corría con un gemido. Sí. A pesar de todas sus palabras melosas y bonitas, se corrió gimiendo. Puro romance.

Por esto es por lo que la gente no debería dejarse llevar por las emociones y tal. Incluso aunque el sexo resultara ser demencialmente bueno. Las hormonas pueden obligarte a hacer estupideces, como gritar el nombre de la gente con la que probablemente solo deberías tener una amistad. O amistad con derechos como mucho. Porque, una vez comenzabas a descontrolarte, las cosas se ponían complicadas. Cuando estabas alterada y sentías un millón de cosas, incluido el sentirte tremendamente frágil.

—Has gritado mi nombre —dijo, casi sorprendido. El muy idiota.

—¿Debería haber gritado el nombre de otro? —Y, aunque mis pulmones y mi corazón podrían haberse esforzado por relajarse, tenía el cuerpo rígido—. Bájame.

Él lo hizo de forma prudente pero tierna.

—Martha, ¿en qué estás pensando?

—¿Por qué siempre me preguntas eso después del sexo? —contesté con brusquedad, recogiendo mi ropa—. Es innecesario. El sentido del sexo es no tener que pensar. —Durante un momento solo hubo silencio—. ¿Qué? —pregunté, brusca otra vez.

—¿Esto es porque has dicho mi nombre?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces, ¿es por la intimidad en general?

Me encogí.

—¿En serio?

A saber dónde habían acabado mis bragas. Sin duda, al día siguiente las

encontraría la persona menos adecuada y me enfrentaría a otra sarta de humillaciones. Me puse los pantalones cortos y me encargué de recoger los zapatos y los calcetines. Podía volver descalza a mi habitación. Tampoco importaba...

Mientras tanto, él se quedó ahí, con el trasero al aire y los brazos cruzados, observándome.

—¿Qué? —pregunté, poniéndome a cuatro patas en el suelo para tratar de encontrar las malditas bragas. Mierda. Habían desaparecido. Y Sam tenía toda la razón con lo del suelo, me habría destrozado la espalda, las manos o las rodillas. Por supuesto, que fuera bueno y se preocupara solo servía para empeorar las cosas—. ¿Es que no te vas a vestir? ¿Y por qué me estás mirando de ese modo?

—¿De qué modo te estoy mirando exactamente?

—Con la cara inexpresiva, pero con los ojos cabreados. Es la mirada que tienes cuando estás enfadado pero fingiendo, como si estuvieras tratando de ocultarlo.

—Bueno, Martha —dijo, e hizo una pausa para recoger sus pantalones y ponérselos—. Te estaba mirando de ese modo porque acabamos de tener un encuentro sexual maravilloso y, antes de que pueda recuperar el aliento, de pronto te estás comportando como una zorra furiosa. Lo que me pregunto es por qué.

—¿Por qué te estás molestando conmigo o por qué estoy siendo una zorra? —pregunté, levantándome otra vez—. Porque tengo una reputación bien conocida de ser una zorra, así que no creo que eso vaya a cambiar pronto. Y, en cuanto a lo otro, hay una respuesta muy simple. Podemos parar y ya está. Hemos echado un par de buenos polvos. Podríamos terminar ahora que estamos en lo mejor, ¿verdad? —Él se limitó a pestañear—. ¿Qué? ¿Qué pasa ahora?

—¿De verdad te da tanto miedo sentir algo por mí? —Apreté la mandíbula, pero eso no ayudaba. Y tampoco quedarme mirando al estúpido suelo—. Venga ya —dijo, con voz más suave—. Mírame. —Y, por supuesto, así lo hice. Dios sabe por qué—. Dime lo que te pasa.

Bajé los hombros.

—No encuentro las bragas.

Él soltó aire y miró a su alrededor para inspeccionar la habitación. A continuación se acercó a una colección de mancuernas y agarró mi tanga negro con el dedo índice. Por supuesto, las había encontrado de inmediato. Le tendí la mano para que me las diera, pero Sam me acercó más a él.

—¿Qué más te pasa? —me preguntó.

Y las palabras estaban ahí, pero ser capaz de pronunciarlas de verdad...

Me rodeó con los brazos y me abrazó con cuidado. Como si yo fuera algo delicado que se pudiera romper. Como si ya hubiera grietas en mí.

—Puedes contármelo, amor. No pasa nada.

Mi garganta se tensó, y los ojos me dolían.

—La última vez que hice estupideces como gritar el nombre de alguien durante el sexo y ponerme demasiado emotiva, todo salió mal. Yo hice que todo saliera mal.

—¿Dave y tú? —Asentí con la cabeza, apretando la mejilla contra su pecho—. Pero eso fue hace mucho tiempo —me recordó—. Creo que ahora eres un poco más sabia, ¿no te parece?

—No.

Me frotó la espalda y me besó la cabeza. Dios, era muy bueno en esas cosas, y yo no. Mis brazos se aferraron a él.

—Martha, sin importar de quién fuera la culpa, sé que saliste herida la última vez. Y puedo decirte con total seguridad que yo no voy a hacerte daño. Eso no va a suceder. Pero solo si puedes decidir que vale la pena correr el riesgo.

—Yo tampoco quiero hacerte daño.

Odiaba esa idea. Era un hombre muy bueno, y aquello se estaba complicando con demasiada rapidez.

—Pues no lo hagas —dijo—. Es así de fácil.

Resoplé y respiré hondo.

—De verdad, Sam. Apenas han pasado veinticuatro horas. ¿Cómo es posible que las cosas se hayan complicado tanto en tan poco tiempo? Es una locura.

Sin mediar palabra, él me agarró y me sentó sobre su regazo, en el banco.

—En realidad, no. Creo que llevamos mucho tiempo bailando el uno alrededor del otro. Cuando por fin hemos tenido algo, estaba destinado a ser... bueno...

—Sí, supongo.

—Un poco más complicado de lo que pretendías, ¿mmm?

—Podríamos decir que sí.

—¿De verdad quieres que paremos y ya está?

—No. —Apoyé la cabeza sobre su hombro, poniéndome cómoda. No me estaba escondiendo. Era algo distinto a eso.

—De acuerdo, entonces.

—De acuerdo, entonces —repetí, imitando su voz profunda—. Eres un mentiroso, siempre fingiendo que todo te parece bien. «Tú estás al mando, Martha». «Lo que tú digas, Martha».

—Soy tu sirviente en todas las cosas, amor —dijo, y la sonrisa era evidente en su voz—. Tan solo intento ayudarte un poco de vez en cuando, eso es todo.

—Sí, claro —suspiré—. No te estoy utilizando solo con fines sexuales. No sé lo que es esto, pero... en fin.

—Bueno, desde luego me alegra oír que eres capaz de admitirlo. Incluso aunque nos estés describiendo con un «en fin».

—Cállate —gruñí.

Él solo se rio. El muy cabrón.

CAPÍTULO 7

—No puedes decirlo en serio.

Sam sonrió con suficiencia, con la mirada fija en la carretera. Estaba muy guapo con sus *jeans* azules, una camiseta gris y su cazadora de cuero negro. Aunque, para ser justos, siempre conseguía que casi todo pareciera sexi. A pesar de mis mejores esfuerzos, había llegado a darme cuenta de que así eran las cosas entre él y yo. El efecto que tenía ese hombre en mí se había incrementado triste y firmemente durante los últimos días que habíamos estado acostándonos. Siempre en la casa de la piscina, no en mi habitación. A Gibby le encantaba sorprenderme despertándome temprano, y ningún niño necesitaba ver tanta piel a una edad tan temprana. Cualquiera pensaría que el hecho de estar follando como conejos habría calmado un poco las cosas, saciado la sed, por así decirlo. Pero no. El deseo hacia Sam era como un zumbido constante bajo mi piel, un calor que se extendía por mi cuerpo ante un simple pensamiento de él o el sonido de su nombre. Era tan malo como una canción cursi de amor. Todo era bastante perturbador. Y, sin embargo...

—Lizzy, no —dije, dándome la vuelta en el asiento del copiloto para fulminarla con la mirada.

—Martha, sí. —Se echó el pelo hacia atrás y se supervisó el maquillaje en un espejo de bolsillo. Después, apoyó el brazo en el asiento de niño vacío que había a su lado—. Esto va a pasar. O sea, ya te lo he dicho, vamos a salir a tomar unas copas. ¿No es eso lo que he dicho, Sam?

—Eso es exactamente lo que ha dicho, señora Nicholson —respondió él, obediente.

Ahugué un grito.

—No te atrevas a ponerte de su parte.

—Lo siento, amor.

—Sois muy atractivos los dos juntos. —Lizzy sonrió—. ¿Lo había dicho ya? Porque es verdad, sois absolutamente adorables.

—Cállate —gruñí.

La mujer soltó un suspiro de felicidad desde el asiento trasero.

—En cualquier caso, como estaba diciendo, ya es demasiado tarde para echarnos atrás. Ya les he dicho que venías. No querrás que parezca que tienes miedo de ellas o algo así, ¿verdad? La grandiosa y malvada Martha, asustada de tomar unas copas con las esposas.

—Eres una pedazo de...

El agente ejecutivo de protección se rio entre dientes, divertido. Hasta que me sorprendió fulminándolo con la mirada por el rabillo del ojo.

—Lo siento. Se me ha escapado.

—Parece que te pasas gran parte de esta relación pidiendo disculpas, Sam —señaló Lizzy—. ¿No acabará siendo un problema para vosotros en un futuro?

Él se lamió los finos labios.

—Ya estoy en paz con ese hecho, señora Nicholson. Después de todo, cualquier relación tiene sus compromisos.

—Me parece bien.

—Os odio. A los dos.

Me quedé mirando las luces del centro de Portland. Enfadada pero resignada. Aunque sobre todo enfadada. La parte resignada era solo la guarnición, y vaya, sí que sabía amarga.

—Cuántas emociones negativas —dijo Lizzy, y chasqueó la lengua—. No es bueno para ti, Martha.

—Lo que no es bueno para mí es que me mientan y manipulen. Ya sabes perfectamente que lo último que me apetece hacer en el puto mundo es ir a tomar unas copas allí.

—Por eso es por lo que me parece que es el momento de hacer una especie de... sanación, ¿sabes? —Asintió con la cabeza, como si fuera muy sabia—. Sacar toda la historia negativa y enfrentarte a ella. Creo que, después de esta noche, te vas a sentir mucho mejor. ¿A ti no te lo parece, Sam?

Él hizo una mueca.

—Preferiría no tener que expresar mi opinión en esta ocasión en concreto, si no te importa.

—Por supuesto.

En ocasiones como aquella habría estado bien hablar más de un idioma, porque maldecir en mi lengua materna no era suficiente. Mi cuñada se merecía llevarse palos en el trasero al menos en tres o cuatro idiomas diferentes.

El deportivo de lujo aparcó junto a la acera y Sam examinó el flujo de peatones y tráfico. Fuera de noche o de día, el Pearl District era un destino popular con todos sus bares y tiendas.

—Pues aquí estamos —dijo Sam, completamente calmado y tranquilo. Como siempre—. Os abro la puerta.

Pero yo abrí la mía, y Lizzy hizo lo mismo.

—Estamos bien, Sam. Tranquilo.

Tenía una arruga en la frente cuando nos encontramos con él en la acera. Sin embargo, pudo abrirnos la puerta del edificio tras introducir un código de seguridad. Aquello pareció hacerlo más feliz.

—Estás muy guapa esta noche —dijo en voz baja mientras pasaba junto a él—. Ese vestido es... digamos únicamente que concentrarse en el trabajo podría ser un poco más difícil de lo habitual.

Le dediqué una sonrisa.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

En los ascensores permanecimos en silencio. Era un bonito edificio de apartamentos. Tenía pinta de caro, con una fachada estilo *art déco* y un vestíbulo de mármol blanco. Con sistema de seguridad de última generación, sin duda alguna. Más o menos lo que era de esperar teniendo en cuenta que tanto David como Mal vivían allí. En el ascensor, Sam acercó su mano a la mía y me dio un ligero apretón en los dedos, húmedos. Sí, estaba nerviosa.

Pero ¿quién no lo estaría? Traté de sonreír, pero no funcionó del todo. Teniendo en cuenta que era una noche que probablemente estaría muy alta en mi lista de diez situaciones infernales en las que había caído, apreciaba el hecho de que no me dijera que todo iba a salir bien.

—¿Alguna vez has estado en casa de David y Ev? —me preguntó Liz.

Puse cara larga.

—Mira, no me jodas. ¿Ni siquiera vamos a ir a la de tu hermana?

—Ay, deja de preocuparte, ¿quieres?

La frente de Sam se arrugó, preocupado. Nos miró a una y a otra.

—No pasa nada —me obligué a decir entre dientes—. Estoy segura de que todo va a ir bien.

Su sonrisa tampoco parecía muy convincente.

—Esa es mi chica.

El pasillo terminaba con una puerta a cada extremo. Tuve una extraña sensación en el estómago, de pánico, mientras la percepción de ir caminando hacia mi perdición crecía cada vez más. No. Todo iba a salir bien. No podía mostrar miedo ni nada de eso.

Ev nos abrió la puerta con una enorme sonrisa y el pelo rubio moviéndose al compás de sus tetas. Madre mía, cómo se movían. David había pasado de la noche al día con su tipo de mujer al reemplazarme por ella. También es cierto que habíamos roto hacía años y bla, bla, bla. Pero él había sido mi primer novio. Mi primer todo. Me sentía con derecho a tener mi propia opinión.

—Liz, Sam, Martha —dijo, y su sonrisa solo pareció algo tensa al final—. Bienvenidos, pasad. Lena y Anne ya han llegado.

Sam asintió con la cabeza.

—Señora Ferris.

Los suelos eran de madera y estaban pintados de un negro brillante, y las paredes de un blanco reluciente. El contraste quedaba muy bien. Había una mesa de comedor de madera oscura y un enorme sofá de cuero blanco con cojines color aceituna. Muy bonito. Sobre una mesita de café baja había cerveza de importación y un par de botellas de vino en cubos de hielo.

—Servíos vosotros mismos —dijo Ev, plantando el trasero en el sofá—.

¿No vas a esconderte en la cocina por una vez, Sam? Es muy amable por tu parte.

—No estarás preocupado por envenenarte con los estrógenos, ¿verdad? —preguntó la mujer de Jimmy, Lena. Pelo oscuro, gafas, guapa. Aunque la verdad es que todas eran guapas. Llevaba una camiseta de color rojo fuerte, *jeans* negros rasgados y un par de botas tachonadas de Louboutin por las que habría matado.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo si no les importa que esté por aquí.

Sam sonrió y ocupó su puesto de centinela en la esquina. Probablemente porque estaba preocupado porque yo abriera la boca y dijera algo incorrecto. O tal vez tan solo estaba preocupado por mí en general.

—Tú no informes de nada a los hombres y estaremos bien.

Sam resopló.

—No os preocupéis.

—Apenas es capaz de tolerar a los chicos —dijo Ev—. Nosotras somos sus verdaderas favoritas. ¿Verdad, Sam?

—Ha conseguido ver a través de mi fachada cuidadosamente construida, señora Ferris.

—Bienvenida otra vez a la ciudad, Martha.

Anne estaba sentada con una botella de agua en la mano. Nuestros caminos tan solo se habían cruzado una o dos veces, pero la hermana de Lizzy y esposa de Mal parecía ser justo lo contrario a la personalidad ruidosa y dolorosamente provocativa del baterista. Aquella mujer era tranquila, pensativa, amante de los libros y esas cosas. También diferente por completo de su hermana, un poco malvada.

—Gracias. —Asentí con la cabeza, tensa, sentada en el extremo más alejado del sofá—. Me alegro de haber vuelto.

—He oído que a Gibby le encanta tenerte ahí.

—Dios, sí —dijo Lizzy, tendiéndome una copa de vino y formando con la boca la palabra «tranquila». Yo le lancé una mirada envenenada—. Ahora mismo la tita Martha es incluso más popular que los Supercachorros.

—Por favor, no menciones a esos putos perros. —Lena soltó un suspiro—. Las niñas quieren ver esa serie a todas horas. Nos están volviendo locos.

—¿Debería cantarte la increíble canción del amigo especial de los Supercachorros?

Lizzy dejó la boca abierta, como una amenaza clara y presente.

—Eso depende. ¿Es tu forma de suplicar el dulce alivio de la muerte?

—Yo la contendré por ti —me ofrecí.

—Muchas gracias. —Lena se inclinó por encima del sofá y chocó su botella de cerveza contra mi copa—. No lo hagas, Liz. Te estás enfrentando al mismo tiempo a una madre y a una niñera que están al límite por culpa de esos chuchos buenazos tan simpáticos.

Liz le dedicó una sonrisa.

—Sí, yo también los odio.

—¿Tan malo es? —preguntó Anne con la nariz arrugada.

—Tú espera y verás. Los niños pequeños se obsesionan con las cosas más que un asesino en serie.

—Anne abrió mucho los ojos.

—¿Recordáis cuando no encontrábamos al señor Elefante y se negó a dormir durante dos días? —Liz negó con la cabeza—. Todavía resuenan en mi cabeza los lloriqueos lastimeros y esos gritos capaces de romper cristales.

—Los niños son lo mejor —confirmó Lena.

—No te puedes ni imaginar siquiera el amor que puedes sentir hasta que tienes tu propio hijo.

—Porque Dios sabe que te van a poner a prueba.

Liz y Lena levantaron sus copas para brindar la una con la otra. Y, tras haber pasado ya bastante tiempo cerca de niños pequeños, podía empatizar con ellas. La verdad es que sí. Pero, al mismo tiempo, no dejaba de mirar a Evelyn, relajada con una cerveza. Dios santo, qué situación tan incómoda. Si estaban esperando a que me relajara, bien podría meter una pajita en una de las botellas de vino y comenzar a beber. Porque eso es lo que haría falta. Después de esto, Lizzy no iba a recibir ni carbón por Navidad. Tal vez brócoli. O, no, mejor un conjunto horroroso por el que fingiría estar muy emocionada e insistiría para que lo luciera en algún lugar público. No era mala idea.

—Y bueno —dijo Ev—. ¿La vida de quién diseccionamos primero?

Anne sonrió.

—¡Sí! ¡Quiero cotilleos, señoritas!

—Martha tiene noticias. —La mirada de Lyzzy mostraba un deleite algo malicioso—. Ha estado muy ocupada.

—La verdad es que tienes muchas ganas de morir —dije, lanzando una mirada muy expresiva a Sam. Este, mientras tanto, permanecía mirando con tranquilidad a la nada. Era evidente que no estaba prestando atención a la conversación en absoluto. Gracias a Dios. Y la verdad era que me sentía mejor teniéndolo cerca, maldita sea.

—Deja tranquilos a Sam y a Martha —la reprendió Ev—. Ya sabes cómo es cuando empiezas con alguien... es especial. Lo más probable es que quieran guardárselo para ellos.

Lizzy puso los ojos en blanco de forma dramática.

—Pooooor favor. ¡Pero si te fuiste derechita al teléfono a llamar a tu mejor amiga Lauren para darle todos los detalles jugosos cuando David y tú os liasteis al fin! Me lo dijo.

—Pues claro que no.

—Mentirosa. Desembucha, Martha.

Ev negó con la cabeza.

—Liz, ya se siente lo bastante incómoda solo por estar aquí.

Hubo un silencio denso, pesado y vergonzoso de narices. Notaba todas las miradas de curiosidad y las incómodas de reojo. Las mujeres eran tan malas como los putos hombres. Juré por Dios que el conjunto de Lizzy iba a ser la cosa más horrible de toda la creación por hacerme aguantar eso.

—Pues vamos a encargarnos de eso, porque no salgo lo suficiente como para que esta noche sea incómoda y una mierda. Lena se sentó, tomó el cuchillo del plato de queso y golpeó su copa con él—. Este es el primer descanso que he tenido desde hace una eternidad de enseñar a las niñas a ir solas al baño y recoger juguetes, y diría que Martha y Lizzy se encuentran en una situación parecida.

—El tiempo de adultos es muy valioso —asintió Liz—. Aunque me está encantando haber vuelto a la universidad.

—Sí, yo quiero saberlo todo sobre eso —dijo Ev, entusiasmada—. Te juro

que el cerebro se me queda en modo camarera si no abro un libro con frecuencia.

—¿Cómo va la segunda cafetería que has comprado?

—Muy bien. —Ev sonrió ampliamente—. Pero primero tenemos que ocuparnos de esto. Tienes razón, Lena. —Oh, no. Tras respirar hondo, Ev se dirigió directamente a mí—. Martha, el pasado es el pasado, y preferiría que toda esa mierda se quedara allí, olvidada, ¿sabes lo que quiero decir? O sea, la vida es muy corta. Yo voto por dejarlo correr, ¿de acuerdo?

Me quedé boquiabierta.

—Eh. ¿De acuerdo?

—Estupendo. —Asintió con la cabeza—. ¿Qué viene ahora?

—¿Así de fácil? —pregunté, pues necesitaba estar segura.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué debería ser difícil? David y yo somos felices. Al parecer, tú has seguido adelante con Sam. Supongo que no tienes ningún plan malvado para arruinar mi relación ni nada, ¿verdad?

—No —respondí con sinceridad—. Ninguno.

—Exactamente. Ya has dejado eso atrás. Y, de todos modos, todo ocurrió hace muchos años.

Miré a Sam, que asintió con la cabeza en señal de apoyo.

—Perfecto.

—¿No quieres que me disculpe ni nada por el estilo? —pregunté, inclinando la cabeza a un lado.

—No lo sé —respondió ella, y arrugó los labios—. ¿Lo harías en serio?

Aquella pregunta requería una seria consideración. En lo más profundo de mi ser no albergaba verdadero odio hacia esa mujer. Si acaso, una sensación persistente de vergüenza cubría esos recuerdos. Hacía años había intentado que ella y su nuevo marido rompieran. Que él hubiera sido una vez mi novio de toda la vida no importaba. En realidad no. Sin lugar a dudas, había sido una crueldad hacer algo así. Y, sin embargo, estaba permitiéndome entrar en su casa.

Dudaba mucho de que yo me portara tan bien si la situación fuera a la inversa.

—No éramos amigas en ese momento, así que no te debía nada — respondí, escogiendo mis palabras con cuidado—. Pero sí que me arrepiento de tratar de arruinar tu felicidad con David, si eso cuenta para algo.

—De acuerdo. Puedo vivir con eso.

—Viva —dijo Liz en voz baja.

Salvo que entonces pensé en ello un poco más. Aquella era mi oportunidad de librarme de esa situación por completo. Podía sentir cómo Sam se había tensado en la esquina. Cómo me observaba de forma cuidadosa. Aunque no iba a fustigarme para hacerlo feliz, me parecía una estupidez no tragarme mi orgullo aunque fuera un poco y admitir mis errores pasados. Había regresado en busca de una familia. De la sensación de pertenecer a un sitio. Tal vez aquello fuera una parte de eso.

Tomé una decisión.

—No, mira... fue una putada lo que te hice. Dudo muchísimo de que alguna vez vayamos a ser grandes amigas ni nada por el estilo. Pero me pasé mucho, y lo siento.

Ev se quedó en silencio, sorprendida.

—Gracias, Martha. Te perdono.

Hecho. Tomé un sorbo de vino.

—Esto es precioso. —Lena se limpió una lágrima falsa del ojo, con mucho dramatismo—. Os estáis uniendo de forma consciente, y me siento como si debiera haber violines o algo así. Y pétalos de rosas cayendo del techo.

Ev le lanzó un cojín, y el vino de la mujer se derramó por el borde de la copa. No pude evitar sonreír. Había sido un buen golpe. Y, enfrente de mí, hasta yo podía admitir que la expresión de estar muy satisfecha consigo misma de Lizzy probablemente estuviera bien merecida. Así que yo no le tiré nada. Tal vez ni siquiera le regalara el equivalente en vestuario a estiércol de vaca por Navidad. Tal vez. A lo mejor tener amigas mujeres que fueran más que simples conocidas no era la peor cosa del mundo.

—Entonces, ¿ahora sois amigas? —preguntó Anne, que parecía ligeramente asombrada.

—Pues claro —respondió Ev—. ¿Por qué no? Y ahora, ¿por qué no hablamos del hecho de que Anne esté bebiendo solo agua? Ese es el asunto

del que quiero hablar a continuación.

—Ooooh. —Lena se rio entre dientes—. No me había dado ni cuenta. Madre mía.

—Creo que mejor me iré a esperar a la cocina —dijo Sam, marchándose de allí. Pero no antes de lanzarme una mirada llena de orgullo. Acomodándome más en mi asiento, lo vi irse con una sonrisa.

CAPÍTULO 8

—¡No, no, no!

—¡Sí, sí, sí! —grité yo también, porque era así de madura—. Solo un trocito muy pequeñito de zanahoria y después podrás comerte una cucharada de espaguetis. Ese era el trato.

Gibby se rio y negó con la cabeza, encantado con nuestro juego. Mientras tanto, Ben estaba sentado frente a nosotros, sonriendo. Probablemente porque no era él quien tenía que convencer al niño para que comiera algo sano. En cuanto a las batallas de voluntad, las horas de las comidas eran estupendas. Para Gib, no para mí. Por lo general, yo perdía. Aunque había descubierto que, si confiscaba el plato y la comida al principio, salía menos comida volando por ahí. Algo bueno para todas las personas involucradas, pero sobre todo para mí.

—Te has estado portando muy bien durante toda la mañana. —Negué con la cabeza—. Esto es muy triste. Vas a hacer que la tita Martha ponga cara triste. Espero que estés muy orgulloso de ti mismo, jovencito.

Gibby dio una palmada.

—¡Sí!

—Por supuesto que lo estás.

—Eso lo ha heredado de ti. —Ben sonrió sobre su taza de café—. A veces también le salen cuernecitos en la cabeza. Todo le viene de ti, hermanita.

—Sigue soñando. Es hijo tuyo hasta la médula.

—Cariño, cómete el trozo de zanahoria —dijo él, dirigiendo la atención de nuevo hacia su hijo—. Venga, los conejos comen zanahorias.

—¿Cobejos? —preguntó Gib desde su trona, interesado de repente.

Asentí con la cabeza.

—Y los conejos saltan que es una locura. ¡Pueden saltar muy alto! Tú quieres molar tanto como un conejo, ¿verdad?

Tras pensárselo un momento, el niño abrió la boca. No perdí ni un segundo en meterle el trozo de zanahoria. Todo un éxito.

—Una vez dicho esto... —continué con la parte adulta de la conversación —, tu mujer también es malvada de la hostia.

—Hostia —murmuró Gib, con la boca llena de papilla naranja.

Ben y yo hicimos una mueca, pero después nos encogimos de hombros. Ya había copiado cosas peores anteriormente. Teniendo en cuenta que vivía rodeado de estrellas del *rock* la mitad del tiempo, era increíble que el crío no se pavoneara ni soltara tacos en cinco idiomas diferentes.

—Yo no tuve nada que ver con que Liz te llevara a casa de David y Ev anoche —dijo Ben—. Aunque he oído que salió todo bien.

—Al parecer, a los treinta años soy incluso capaz de tener pequeños actos esporádicos de madurez. ¿Quién se lo podría haber imaginado?

—Bien por ti.

—Bah. Lo que tú digas. —Él se limitó a sonreír—. ¿Cómo está yendo lo de las canciones de Adam?

—Bien, bien. Ese chico tiene potencial, te lo digo en serio.

—Te creo. Lo he oído, y estoy segura de que harás un trabajo estupendo con el álbum.

—Gracias. Además, no somos los únicos que pensamos que va a llegar a algún sitio —dijo—. Ahora mismo está teniendo una reunión con Adrián junto a la piscina.

Pestañeeé.

—Espera. ¿Has dejado a Adam solo con Adrián?

Él me miró, pestañeando.

—¿Por qué no debería?

—¿Porque Adam es joven, estúpido e inocente, y Adrián le hará firmar

para ceder toda su vida y sus derechos en menos de dos segundos? —Solté la cuchara y me limpié las manos con un trapo—. Mierda, Ben. ¿Cómo has podido?

—Mierda —dijo Gib.

—Cuida de tu hijo mientras yo me ocupo del otro niño —le ordené, poniéndome de pie y dirigiéndome hacia el pasillo.

—Tiene veinticinco años. Puede cuidar de sí mismo.

—Sí, seguro.

En ese punto, eché a correr. Solo Dios sabía de qué habría convencido Adrián al chico a esas alturas. Servidumbre musical durante toda la vida y un encargo que haría llorar a un hombre adulto. Y, por supuesto, Adrián se había vestido para matar, con un traje gris y una de sus ridículas cadenas feas y pesadas de oro alrededor del cuello. Aquello no le sentaba nada bien.

Adam se estaba rascando la cabeza mirando fijamente el montón de papeles que había sobre la mesa.

—Yo solo quiero tocar mi música, ¿sabes?

—Pues claro que sí —dijo Adrián, pasándole un bolígrafo al muchacho.

—¡Para! —grité, y aparté una de las lujosas sillas que había junto a Adam—. No firmes ni un maldito papel, idiota.

—Martha. —La sonrisa amable de Adrián se volvió feroz—. Qué alegría verte. ¿Hay algún problema?

—Adam, mírame. —El tiempo que había pasado ocupándome de un niño pequeño no había sido desperdiciado en absoluto—. Los chicos tienen sus propios abogados que revisan cualquier cosa que Adrián les presenta, y nunca aceptan su primera oferta cuando llega el momento del contrato. ¿Me has entendido?

La risa del representante sonó al mismo tiempo forzada y falsa.

—Pero esta es una situación diferente. Adam apenas está empezando y, sinceramente, tiene suerte de que siquiera me...

Levanté la mano.

—Cállate. Ya has tenido oportunidad de hablar. Ahora es mi turno.

—Bueno, ¿pues qué piensas tú que debería hacer? —preguntó Adam con un fuerte suspiro.

—Puede que esta sea la primera oferta que has recibido, pero no va a ser la única.

—Puede.

Miré hacia el cielo. De verdad...

—Sin duda no va a ser la única. Tienes talento. ¿Por qué te crees que ha tomado un vuelo desde Los Ángeles para impresionarte con toda esta pantomima?

Adrián se llevó la mano a la gruesa cadena, fingiendo indignación. O tal vez fuera real. Yo qué sé. Desde luego, sus dientes y su bronceado no lo eran ni de coña. Unas carillas blancas que daban miedo y una piel anaranjada con los que estaba claro que no había nacido. Uf.

—Quien te incite a firmar algo sin pedir consejo legal es alguien con quien no deberías trabajar.

—Estaba intentando ahorrarle dinero al muchacho —aseguró Adrián.

—Pero un hombre de negocios sin escrúpulos cargueo que daban búpulos con este cargo podría tratar de engancharlo con una oferta ridícula de la que se arrepentiría a los cinco minutos. ¿No te parece?

Adam frunció los labios.

—Mierda. Ahora no sé qué hacer.

—Ben te prestará a su abogado. No te preocupes. —Le di unas palmaditas en el brazo al pobre muchacho—. Entiendo que te parezca emocionante y una buena oportunidad. Pero nunca puedes lanzarte de lleno sin saber qué estás firmando exactamente. Nunca. ¿Me has entendido?

Él bajó la barbilla en señal de asentimiento.

—¿De verdad vas a aceptar el consejo de una mujer que lleva una camiseta llena de dibujos de perros y espaguetis en el pelo? —farfulló Adrián.

Solté un gruñido y agaché la cabeza.

—Pensaba que me lo había quitado todo. Adam, ¿podrías ayudarme?

—Claro. —Comenzó a escarbar entre los mechones de pelo. Ah, el glamur—. Y son Supercachorros, no perros. A ver si te enteras.

—¿No podrías ser tú mi representante? —me preguntó Adam, todavía ocupado con mi pelo. Los dedos de los guitarristas eran muy útiles a veces—.

Das miedo, como él, pero de una forma que puedo manejar. O sea, puedo hablar contigo sin quedarme confuso de cojones y ponerme nervioso por todo. Además, esos festivales que recomendaste el otro día serían todos perfectos. Si me los pudieras conseguir.

—¿Sabes? Seguro que puedo.

Me sonrió.

—Eso sería estupendo. Ah, creo que te he quitado todos los espaguetis. Pero tienes un poco de salsa que vas a tenerte que lavar.

—Gracias —dije—. Mira, en realidad no he pensado muy en serio en lo de ser tu representante. Pero deja que lo piense bien, ¿de acuerdo?

Al otro lado de la mesa, la cara de Adrián se había vuelto de un desagradable tono púrpura.

—¿Quieres que Martha sea tu representante? ¿Es que te has vuelto loco? Pero si es secretaria, por amor de Dios.

—Asistente personal ejecutiva, muchas gracias —dije con brusquedad—. Y con muchísima experiencia. Así que si te piensas que si durante los años que trabajé con el grupo no estaba al tanto de todo lo que hacían los chicos para asegurarme de que no les estafaban y engañaban, te estás mintiendo a ti mismo.

—¿Qué estás insinuando exactamente?

—Anda, no te pongas contencioso —le dije—. Eres un representante magnífico, Adrián, no lo voy a negar. Pero no necesariamente el que mejor se ajusta a cada artista. Ningún representante podría serlo. —Las cejas del hombre formaron una sola línea plana de cabreo—. Haga lo que haga Adam, necesita tomarse su tiempo para asegurarse de que está bien informado sobre sus responsabilidades y las consecuencias de cualquier contrato que firme. —Crucé los brazos—. ¿No estás de acuerdo, Adrián?

—Bu-bueno, por supuesto que nadie quiere aprovecharse de él.

—Pues claro que no.

—Bien. De acuerdo —dijo Adam, y soltó aire con fuerza—. Lo leeré todo, pediré consejo legal, y después volveré a ponerme en contacto contigo.

Adam solo soltó un gruñido. Quedaba claro que no estaba muy contento.

Yo, sin embargo, sonreí con deleite, y Adam parecía mucho más relajado.

Hacer buenas acciones no daba tanto asco como había creído. Además, tal vez fuera una buena representante. Sin duda tenía que pensar muy seriamente en esa idea.

Los problemas relacionados con posiblemente salir (o lo que estuviéramos haciendo) con un guardaespaldas quedaron muy claros cuatro días más tarde. Cuatro días en los cuales no vi a Sam. Ni una sola vez.

Los rumores sobre el nuevo álbum estaban descontrolándose. Y los paparazis habían empezado a seguir a los miembros del grupo y a sus parejas tratando de conseguir cotilleos. Para empeorar aún más las cosas, un antiguo amor de Jimmy, una importante actriz de Hollywood, acababa de anunciar su compromiso. Así que querían una declaración del cantante también sobre ese asunto.

Un paparazi demasiado entusiasta en concreto había sido una verdadera pesadilla. El hombre era un fanático de su trabajo, si agarrar repetidamente a David por la parte posterior de la camiseta y pasar por delante de los automóviles para tratar de conseguir una foto eran indicativos de ello. Como estaban muy dispersos tratando de vigilar al fotógrafo/acosador que todavía acechaba, hubo más seguridad a bordo. Las cosas se pusieron intensas.

Era algo que yo podría haber superado sin problemas si Sam no hubiera desaparecido por completo. Aparte de un mensaje. Un maldito mensaje.

—¿Y después qué? —preguntó una de las gemelas de Jimmy y Lena. No estoy segura de cuál de las dos. Nunca era capaz de acertar con sus nombres.

Yo, los niños y un baterista idiota estábamos sentados otra vez entre una amplia colección de juguetes en un rincón de la sala de ensayos del grupo. Mientras tanto, Ben y Jimmy estaban ocupados dentro del estudio. David se había sentado en uno de los sofás, con una guitarra sobre su regazo y papel y un bolígrafo a su lado. Estaba perdido en su pequeño mundo, lo cual solía ocurrir cuando escribía canciones.

Dado que las casas de los miembros del grupo eran de los pocos lugares seguros que visitar, todos habíamos estado pasando bastante tiempo juntos.

Por mí estaba bien. Los mantenía a todos felices y ocupados jugando juntos. A los niños y a los músicos.

Gib se sacó el pulgar de la boca.

—Pwada.

—Eso es —dije, y le choqué los cinco por su excelencia—. Entonces, el equipo de los Superperritos se puso sus gafas de sol de nueva temporada de Prada y salieron corriendo hacia la puesta de sol para brincar o jugar, lo que sea. Sabiendo que con sus increíbles consejos de estilismo y su adecuada misión de rescate de vidas los hámsteres vivirían todos felices para ver un día más. Fin.

La gemela que había preguntado me miró pestañeando. Supongo que todavía no estaba acostumbrada a mi forma de contar cuentos.

—Tengo que admitirlo —dijo Lean mientras revisaba su cámara de última generación, sin duda mirando las fotos—. Estaba un poco preocupada cuando el hámster no era capaz de decidir qué *jeans* debía comprar.

—Los pantalones de campana han sido una decisión atrevida, pero creo que van a volver pronto —asentí—. Harry el hámster va hacerse famoso.

Mal asintió con la cabeza mientras terminaba de hacer una trencita en la cabeza de una de las gemelas.

—Tu cuento me ha tenido a punto de caerme de la silla, Marty. Lo cual no es fácil, teniendo en cuenta que estoy sentado en el suelo. De acuerdo, otro peinado listo. ¡A ver esos aplausos para el tío Mal! —Los tres niños se pusieron a dar palmas—. Eme-a-ele es el mejor. Sí que lo es. —El baterista tenía toda una rutina de aplausos, con movimientos de las manos y demás—. ¡Viva el tío Mal!

Lena negó con la cabeza.

—Martha, ven a ver esta. Creo que podría ser una buena imagen para la cubierta.

—Voy.

Me levanté de un salto.

—¿Puedo dejar ya de mirar la pared de forma algo melancólica pero significativa? —preguntó Adam.

—No, quédate ahí —le ordenó Lena—. La luz es perfecta.

Además de decidirme a ser la representante de Adam (con Sam perdido en combate, había tenido mucho tiempo para pensarlo a fondo), había hecho el papel de su estilista ese día. Mal se había ofrecido, pero preferimos dejarlo experimentar con los niños. De ahí que todos los menores de tres años llevaran aquella selección de peinados alocados. La segunda gemela tenía un conato de cresta, y Gib llevaba los pelos de punta. Ambos llevaban un montón de productos para el pelo. Que Lizzy y Ben se encargaran del baño esa noche. A mi sobrino le gustaba aullar como una banshee cada vez que llegaba la hora del baño. No iba a ofrecerme voluntaria ni de broma.

—Qué bonita —dije, mirando la foto.

—La pared no saldrá, pero ¿ves lo que quería decir con lo de la luz?

Asentí con la cabeza.

—Las sombras quedan muy bien. Es muy emotiva.

—Me siento como un idiota —murmuró Adam, con su camiseta negra y sus *jeans* gastados. Habíamos clavado el atuendo. Le sentaba muy bien con su pelo revuelto y su figura larguirucha.

—Y también lo pareces —dijo Mal—, así que no te preocupes.

Dave se rio entre dientes.

—Acostúmbrate. Las sesiones de fotos son incómodas de narices. ¿Recordáis cuando trataron de ponerme esos pantalones rojos con lentejuelas?

—Fue muy especial. Aunque mi favorito era el traje de tela escocesa.

—La verdad es que a mí no me importó ponérmelo.

—Davie, eres peor que un pavo real.

—Buenas noches, damas y caballeros. —Una voz familiar entró en la habitación—. Y niños, claro. —Levanté la cabeza de golpe, entrecerrando los ojos. Sam se detuvo en seco—. Mi amor, me alegra verte. ¿Algo va mal?

—Me alegra verte —dije, abandonando la cámara y dirigiéndome directamente hacia el guardaespaldas—. Es sorprendente verte, incluso.

—¿Qué pasa con ese tono de voz?

—Adivina.

—Estás muy, muy enfadada.

Me rodeó la cintura con un brazo. No se lo aparté; al menos, no de

momento.

—Cuatro días, Sam. Cuatro días sin apenas una pu... —Bajé la mirada justo a tiempo para ver a Gibby aferrándose a mi pierna—. Puñetera palabra.

—Sam, Sam, Sam.

El niño sonrió y se estiró para dar unos golpes en los pantalones de vestir del hombretón. Un hombretón metido en un marrón muy gordo.

—Hola, Gibby. —Sam sonrió y soltó aire—. Martha, he estado ocupado en casa de Jim y Lena. Te mandé un mensaje para decírtelo.

—Un solo mensaje. Eso es lo único que has sido capaz de hacer.

Movió la nuez.

—Ah... —Yo no dije nada—. Debería haber hecho al menos el esfuerzo de llamarte. Tienes razón.

—Sigue, sigue —lo animé. Todavía no estaba sonriendo.

—Es posible que sea un poco adicto al trabajo. Y, bueno, hemos estado muy ocupados... y, eh...

Recorrió la habitación con la mirada, buscando inspiración o suplicando ayuda de los demás adultos. Qué agradable tener a todo el mundo presenciando otro momento dramático.

—¿Puedo recordarte que me dijiste que trabajar veinticuatro horas los siete días de la semana ya no te atraía? —dije—. ¿Que querías hacer tiempo para tener algo más en tu vida? ¿Como una relación, tal vez? —Abrió ligeramente la boca, pero no dijo nada—. Si las cosas se empiezan tal como uno quiere que continúen, ¿desaparecer sin apenas decir una palabra en cuatro días te parece a ti una relación?

—Sí, desde luego que debería haberme esforzado por mantenerme en contacto contigo. —Se lamió los labios—. Ha sido un error. Ahora me doy cuenta.

—¿Y la siguiente vez que haya una emergencia? ¿Te llamaré? No me sirve —dije, apartándome de él.

—Amor...

—Si quieres que me meta de lleno en esto, entonces vas a tener que hacer un esfuerzo por estar ahí. Siempre van a salir cosas que requieran tu atención. Lo entiendo. —Traté de alisarle un poco el pelo a Gibby. No funcionó, pero

me calmo un poco—. Pero no puedes hablarme de matrimonio y de tener hijos, incluso aunque sea de broma, y después desaparecer durante días.

—No estaba de broma —replicó Sam, con la voz baja y seria.

—¿Matrimonio e hijos? —Los globos oculares de David parecían enormes—. ¿En serio?

Sam hizo un sonido con la garganta.

—Sí, Dave. La quiero. ¿Hay algún problema?

Madre mía. Me quedé como paralizada.

—No. Lo que ocurre es que... no —contestó David—. ¿Vosotros dos? De acuerdo. Eh, no es asunto mío en absoluto. Lo siento, yo...

—Deja ya de hablar, hombre —sugirió Mal sabiamente.

—Sí.

Poniéndome las manos sobre la cara, Sam frunció el ceño.

—Amor, lo siento. Tienes razón, la he cagado con esto, y es verdad que quería dejar de trabajar a todas horas y de no tener vida. Como tú estás al mando, dime cómo puedo arreglarlo y lo haré.

—¿Que Marty está al mando? —preguntó Mal, que parecía asombrado—. Oye, ¿en serio?

—Shh —siseó Lena.

Intenté no hacerles caso mientras Sam seguía de pie ante mí, aguardando. Porque yo estaba al mando. Al menos, por ahora. Tenía que pensar un poco.

—No quiero dirigir tu vida, pero sí quiero ser parte de ella. Eso lo sé. Y también sé que si sigues haciendo el mismo trabajo que estás haciendo ahora, al ritmo que lo estás haciendo, esto va a seguir ocurriendo.

Asintió con la cabeza.

—¿Quieres que me plantee retirarme?

—No —contesté, negando ligeramente con la cabeza—. Eres como yo, creo. Sin algo con lo que mantener el cerebro ocupado, poco a poco te acabarías volviendo loco.

—Probablemente.

—Sin duda alguna.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó—. ¿Es el momento de pensar en un cambio de vocación?

—Pero eres bueno en esto, y disfrutas haciéndolo. Joder, eres el mejor.

—Joder —repitió Gibby, todavía aferrado a mi pierna.

—Entonces, lo que había pensado es esto: ¿y si empezaras a encargarte tú del negocio? —pregunté, dando vueltas al problema dentro de mi cabeza—. ¿Y si en lugar de ser el tipo que está en la entrada a todas horas, fueras la persona que está en la oficina encargándose de todo y solo en el sitio una parte del tiempo?

La mirada de Sam era de conjetura.

—¿Sabes...? Creo que no es mala idea. —Sonreí—. Podría comenzar con mi propia empresa de seguridad. —Me dio un beso dulce en los labios—. Por eso estás tú al mando, amor. Cerebro y belleza... son una mezcla letal.

Mal se aclaró la garganta.

—Siento interrumpir, pero... Mal, oye, seguirías trabajando para nosotros, ¿verdad?

—Trabajaría con vosotros, Malcolm, como contratista. Y os cobraría una tarifa muy generosa.

—Una tarifa razonable —le corregí—. No nos pasemos.

—Mmm —dijo el baterista—. Entonces, de acuerdo. Continúad.

—Cuando no estés ocupada con Adam, ¿tal vez podrías ayudarme a mí? —me preguntó Sam—. Poner las cosas en marcha va a ser un poco complicado.

—¿De verdad? ¿Quieres que esté involucrada?

—Sin duda alguna.

Sonreí.

—Estaría encantada de hacerlo.

—No habrá más desapariciones, te lo prometo —dijo, dándome un beso otra vez. Más profundo y más intenso esta vez. Y aun así, sin aplastar al niño pequeño que seguía aferrado a mí. Me besó como si me echara de menos incluso más de lo que yo lo había echado de menos a él. Porque claro que lo había hecho. Maldita sea. Tal vez las cosas fueran a salir bien después de todo.

Cuando al fin nos separamos para tomar aire, la sonrisa seguía en mi cara.

—Has dicho que me quieres.

—¿Por qué si no te iba a llamar «amor»? —Me devolvió la sonrisa—. Ni siquiera estás flipando por ello, sorprendentemente.

Me encogí de hombros.

—Eh. Con todo el tiempo que he tenido para pensar bien las cosas, me he dado cuenta de que no habría estado ni la mitad de cabreada porque hubieras desaparecido en combate si realmente no hubiera algo significativo entre nosotros.

—Vaya, pues eso es muy valiente por tu parte, amor.

—Gracias. Eso pensaba.

EPÍLOGO

—Llegamos tarde —jadeé, apoyada en el escritorio de mi despacho—. Date prisa.

—Tú llegabas tarde. Yo tan solo he venido a buscarte. Entonces vi cómo estabas vestida.

Sam movió las caderas y, madre mía. Vi las estrellas. Estrellas enormes, relucientes y parpadeantes. Con mi vestido subido hasta la cintura, su polla seguía golpeándome, con fuerza, volviéndome completamente loca. Estaba tensa por dentro y me temblaban las piernas.

—Eso es, amor —dijo—. Ya casi estás.

—¡Joder, Sam!

El hombre en cuestión gimió y logró dar un par de embestidas más antes de caer al otro lado del precipicio detrás de mí. Ese dulce letargo combinado con un increíble subidón químico llenó mi cuerpo e hizo que me resultara difícil moverme. Con los pulmones subiendo y bajando y el corazón acelerado, me quedé ahí, medio tumbada y medio de pie. Madre mía. Qué manera de estrenar el despacho de nuestra nueva casa. No había nada como un orgasmo rápido para prepararte para una fiesta.

—¿Sigues viva, amor? —me preguntó, poniéndome las bragas otra vez en su sitio y alisándome la falda. Aquel hombre era bueno con las manos en todo tipo de cosas útiles.

—Ajá.

—Todo el mundo está esperando abajo —dijo.

—Lo sé, lo sé. Lo que pasa es que tenía unos correos urgentes que responder y Adam está... en fin, siendo Adam.

—Ese chico está un poco descontrolado desde que ha alcanzado el éxito.

Fruncí el ceño y me enderecé despacio.

—Es un eufemismo. Pero Ziggy lo tiene vigilado, así que nuestro prodigio del rocanrol no se debería meter en muchos problemas... esta noche, al menos.

—Déjame ver. —Me puso de cara a él para revisar mi maquillaje y mi pelo—. Sigues perfecta.

—Sí, pero también me dices lo mismo cuando me levanto y tengo el pelo hecho un desastre y mal aliento.

—No es culpa mía que seas tan guapa.

—Eres increíblemente bueno para mi ego.

—En lo que respecta a ti, vivo para servir.

Llevó mi mano izquierda hasta sus labios y le dirigió una sonrisa a la piedra de tamaño monstruoso que llevaba en el anillo del dedo. Porque más grande siempre es mejor.

—Te quiero —susurré.

—Yo también te quiero. ¿Por qué estamos susurrando?

Me reí.

—No tengo ni idea. Vamos a hacer esto.

El negocio de Sam llevaba en marcha casi seis meses, y era un éxito absoluto. Los dos le habíamos echado un montón de horas por el camino, pero había merecido la pena. Resultó que tenía un don para entrenar a nuevos agentes de protección ejecutiva y para encargarse de las cosas en general. Nuestro equipo seguía siendo pequeño por el momento, pero tenía mucha demanda. Aunque la familia de Stage Dive nos mantenía ocupados. Y también Adam, por supuesto.

En cuanto a mí, entre el éxito de la noche a la mañana de Adam, encontrar nuestra propia casa y ayudar a Sam a poner las cosas en marcha, había estado bastante ocupada. No había habido tiempo para ir a Hawái, ni a ninguna parte, ya que estamos. Así que hacía cosa de un mes, había informado a mi

hombre, grande, fuerte y tan comprensivo, de que era el momento de una buena joya, y él había cumplido. Vaya si había cumplido. No tenía ni idea de cuándo tendríamos tiempo para planear una boda. Tal vez nos ciñéramos a la tradición del grupo y fuéramos a casarnos a Las Vegas.

En la planta de abajo, todo el grupo estaba reunido. Jimmy y Ben les echaban un ojo a los niños, jugando, mientras Lena y Lizzy se ponían al día con unas cervezas. La caja de juguetes de Gib que había en un rincón había sido una de nuestras primeras inversiones, porque tener a un niño de tres años aburrido corriendo por tu casa son ganas de buscar problemas. Tener a tres de ellos sin nada con qué jugar sería una pesadilla. Y, aunque yo ya no era la niñera de Gib, él seguía viniendo de visita una vez a la semana para quedarse a dormir, de modo que sus padres pudieran tener un poco de tiempo para ellos. Y también para que Gib, Sam y yo pudiéramos tener tiempo para estrechar lazos, claro.

Ev y David estaban preparando *pizzas* en la cocina. Solo Dios sabría lo que les pondrían. Desde aquellas *pizzas* de nuestras noches de chicas había aprendido a dejar que la mujer simplemente hiciera lo que quisiera. Había hecho falta una conversación algo tensa entre nosotras sobre el brócoli y el calabacín. Porque, sinceramente, ¿quién le pone esas cosas a una *pizza*? De verdad, lo digo en serio. Sigue dándome vueltas en la cabeza. Pero decidí que, mientras tuviera *pepperoni*, lo dejaría correr. Así que sí, todavía podíamos tener nuestros piques ocasionales por alguna tontería, pero en general todo salía siempre bien. Tal vez fuera por la edad, la sabiduría, o por estar jodidamente quemadas por nuestros respectivos trabajos como para molestarnos en estresarnos, ¿quién sabe? Ev y yo estábamos en paz. Incluso David y yo nos llevábamos bien.

Anne disfrutaba de la fiesta de inauguración de la casa sentada en el sofá de gamuza gris, haciendo lo posible por relajarse. Algo que probablemente no fuera tan sencillo, dado que Mal siempre estaba tamborileando suavemente con los dedos sobre su enorme barriga de embarazada. Sus niveles de tolerancia eran muy superiores a los míos en todos los sentidos. Por lo que a mí respectaba, Anne era una santa, y la ropa de bebé de diseño que tenía guardada esperando para regalarle era demasiado bonita como para

expresarlo con palabras. Muy bien por su parte que me diera otra razón para salir de compras. Sin embargo, las dos mujeres con las que realmente había estrechado lazos eran Lena y Lizzy. Las dos eran algo malvadas y sarcásticas, dos cualidades que apreciaba enormemente. Y, si necesitaba algo, ellas estaban ahí para mí. Al igual que yo estaba ahí para ellas. Porque las relaciones eran por completo algo que consistía en dar y recibir.

Puede que hubiera tardado un poco en aprenderlo, pero la familia y los amigos importaban. La familia, los amigos y mi hombre. Y nuestra casa.

—Estás sonriendo —dijo Sam, rodeándome la cintura con el brazo mientras permanecíamos al pie de las escaleras.

—Eso es porque estoy feliz.

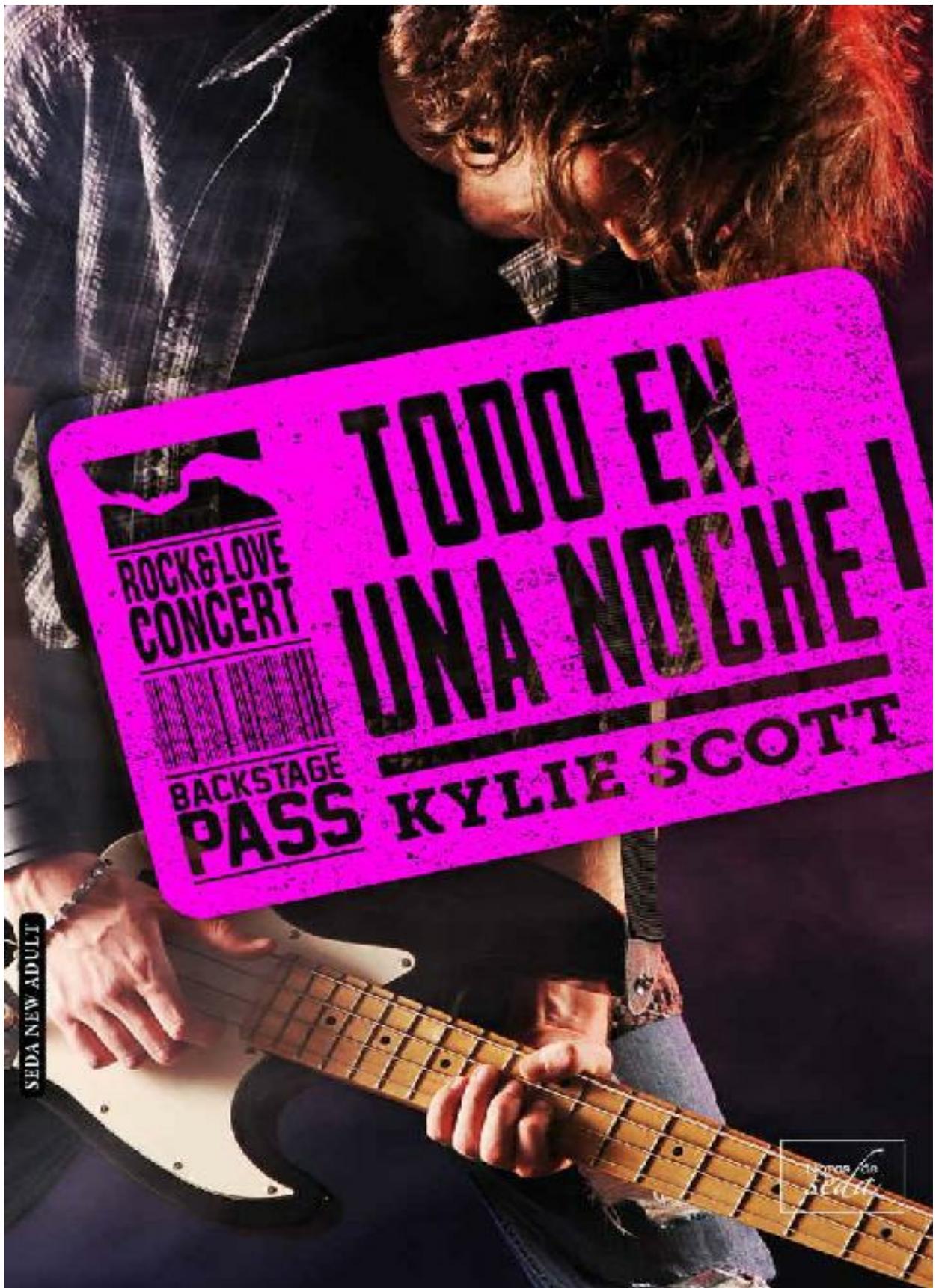
—¿Oh? ¿Y eso por qué? —preguntó él, fingiendo ignorancia.

Me encogí de hombros, apretándome más a él. Resultó que era una mimosa, después de todo.

—Porque la vida es bonita.

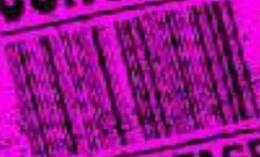
—Me alegro, mi amor. De verdad que me alegro —dijo—. Bienvenida a casa.

FIN



SEDA NEW ADULT

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

TODO EN
UNA NOCHE I

KYLIE SCOTT

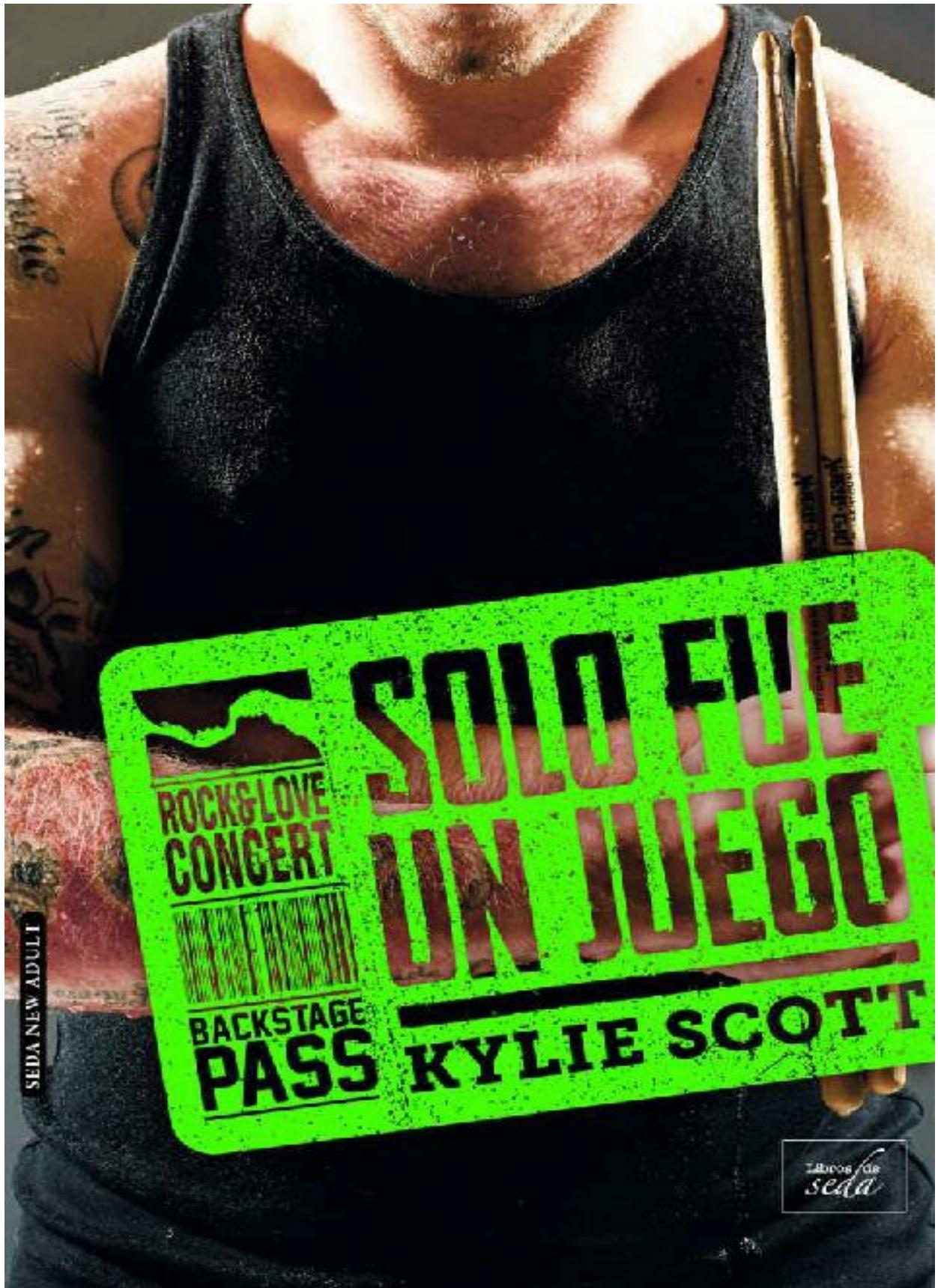


TODO EN UNA NOCHE

Casada sin preaviso: ¿y él es una estrella de la música?

Los planes de Evelyn Thomas para celebrar su veintiún cumpleaños en Las Vegas eran increíbles. Lo más. Pero en ellos no estaba despertar en el suelo de un cuarto de baño con una resaca peor que la peste negra y junto a un atractivo desconocido tatuado, además de con un diamante en el dedo anular que hubiera asustado al mismísimo King Kong. Si al menos pudiera recordar cómo sucedió todo...

Una cosa está clara: amanecer casada con una estrella del *rock* promete ser duro.



SEDA NEW ADULT I

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SOLO EN
UN JUEGO
KYLIE SCOTT

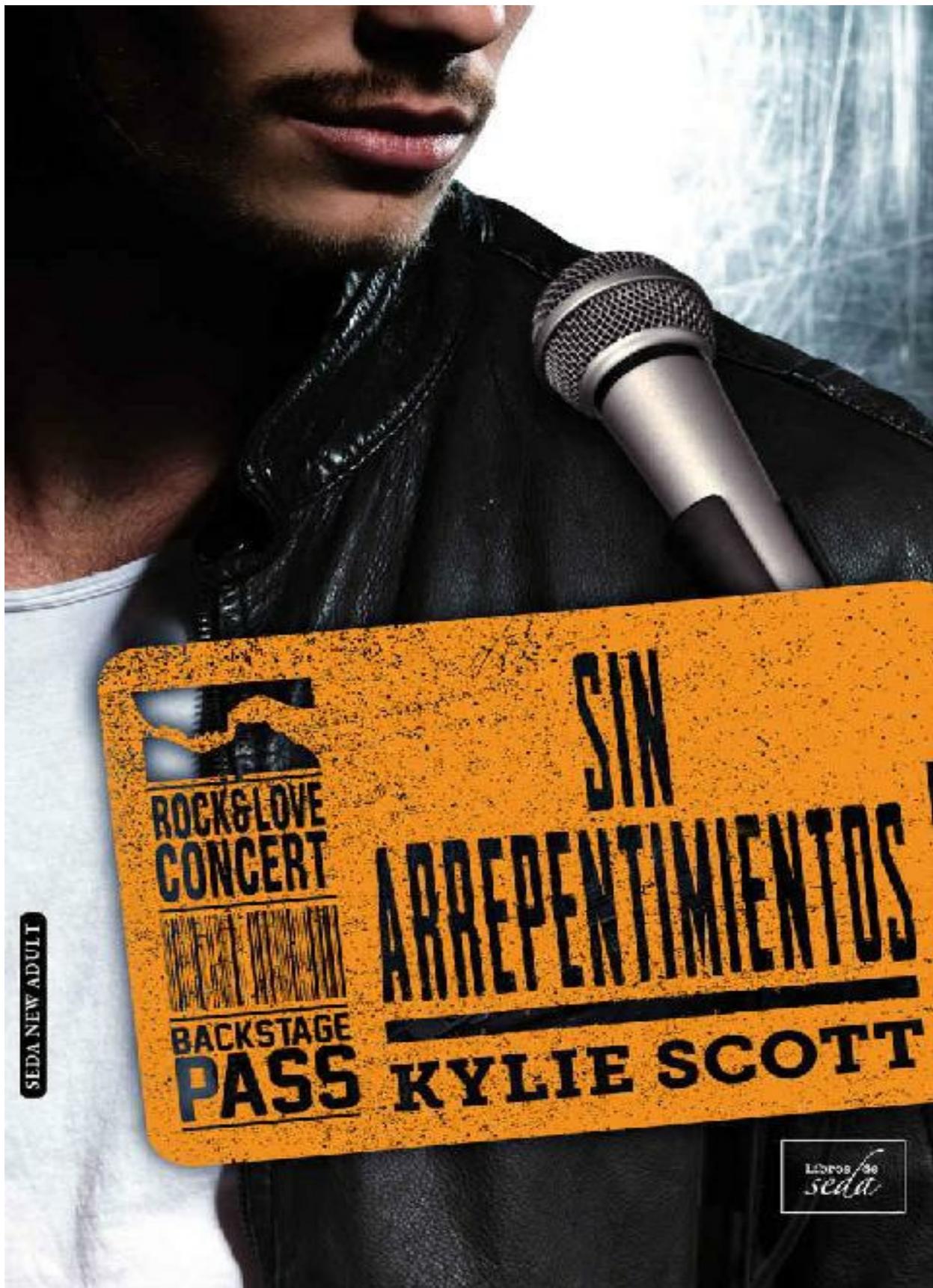


SOLO FUE UN JUEGO

¿Puede un acuerdo de conveniencia entre una buena chica y un chico malo de los Stage Dive salir bien?

Mal Ericson, el batería de Stage Dive, necesita limpiar su imagen y rápido, aunque solo sea durante un tiempo. Y para conseguirlo, nada mejor que llevar del brazo a una buena chica que le haga el trabajo. Lo que no espera es que este arreglo temporal se convierta en algo permanente.

Anne Rollins nunca pensó que conocería a una estrella del *rock* como las que colgaban de las paredes de su habitación... y mucho menos en esas circunstancias. Anne está mal de dinero. Muy mal. Pero eso de aceptar que le paguen para interpretar el papel de la novia buena que sale con el batería de un grupo no puede acabar bien. ¿O tal vez sí?



SEDA NEW ADULT

ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

SIN
ARREPENTIMIENTOS
KYLIE SCOTT

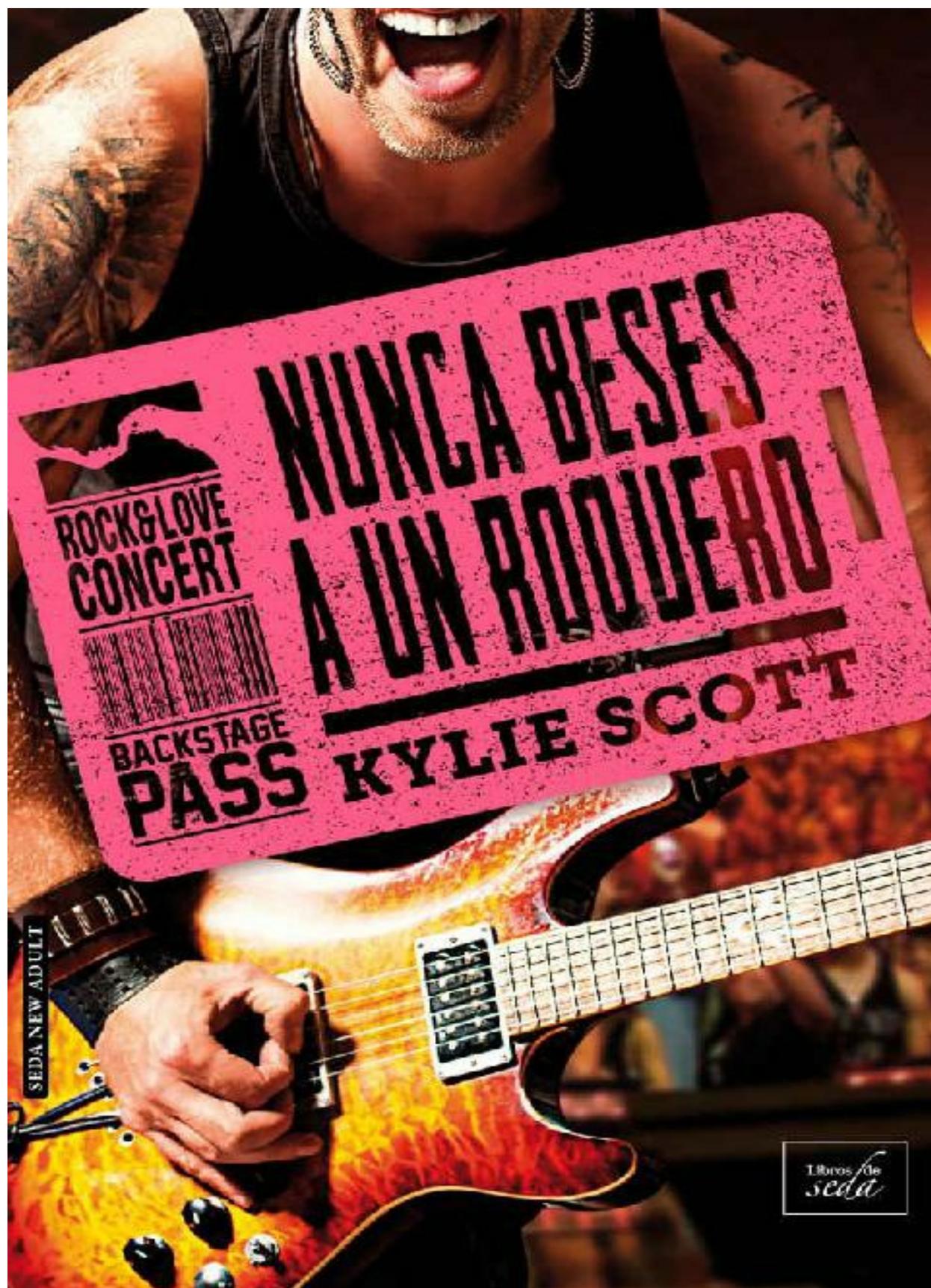
Libros de
seda

SIN ARREPENTIMIENTOS

¿Y si ella fuera realmente la chica de tus sueños? ¿La dejarías escapar?

Jimmy, el cantante de los Stage Dive, está acostumbrado a conseguir lo que quiere y cuando quiere, ya sean drogas, alcohol o chicas. No obstante, un pequeño desastre que surge en forma de accidente le obliga a recapacitar: tendrá que replantearse la vida, ir a rehabilitación, y ahí conocerá a Lena, la nueva asistente que se encargará de evitarle problemas.

A Lena no le apetece la basura que puede ofrecerle el roquero sexi, y tiene muy claro que su relación con él será meramente profesional. Pero la química entre ambos le pide otra cosa... Sin embargo, cuando él va demasiado lejos, ella se marcha y es entonces cuando Jimmy se da cuenta de que, tal vez, haya perdido lo mejor que le había pasado nunca.



ROCK & LOVE
CONCERT



BACKSTAGE
PASS

NUNCA BESES A UN ROCKERO

KYLIE SCOTT

SEDA NEW ADULT

Libros de
se da

NUNCA BESES A UN ROQUERO

Una noche de desliz con una estrella de la música unirá sus destinos. ¿Llevará eso a que sus corazones se unan también?

Positivo. Dos rayitas en un test de embarazo y la vida de Lizzy Rollins cambiará para siempre. Solo por un error, uno de los grandes, cometido en Las Vegas con Ben Nicholson, el irresistible y sexi bajo del grupo Stage Dive. Pero ¿qué pasa si Ben es el único hombre capaz de hacer que se sienta segura, querida y al mismo tiempo le hace perder el control? Lizzy sabe que el roquero no busca nada serio, solo pasar un buen rato, y no importa cuánto ella desee que eso no sea así.

Ben sabe que Lizzy está fuera de su alcance. Es la hermana pequeña de su mejor amigo, así que no importa lo fuerte que sea la química entre ellos, ni lo dulce que sea ella. Se resistirá. Pero cuando se ve forzado a sacarla de un lío en Las Vegas, es incapaz de controlar su deseo. Las consecuencias de ese desliz van a unirles, pero... ¿para siempre?

NEW ADULT

UNA JOYA

KYLIE SCOTT

Libros de
seda

UNA JOYA

A la atractiva encargada de una librería *hipster* le choca ver la enorme lista de libros que ha seleccionado un cliente, todos sobre sexo. Él, arrogante, experimentado y muy seguro de sus encantos, inicia un divertido «duelo» verbal con ella para intentar seducirla. La chica se mantiene indiferente hasta que es ella quien lo reta a él a que le muestre los atributos de los que tanto presume. En la trastienda de la librería la pareja nos regala un final excitante e inesperado.